LA MUJER HONRADA

LA SEÑORA DE LOPEZ

NOVELA SOCIAL

POR

EDUARDO LOPEZ BAGO

La moral moderna consiste en buscar las causas de los males sociales, analizándolos y sometiéndolos á la observacion y el experimento.

CLÁUDIO BERNARD.

MADRID

JUAN MUÑOZ Y COMPAÑÍA, EDITORES

Administracion: Espada, 11, bajo.

apurado para explicar el motivo de aquella sonrisa. Inmóvil, ante su mujer y su hija, se estaba embruteciendo.

Por último, despues de un gran rato, como quien tiene una idea luminosa, pudo decir de pronto, con voz desentonada, llena de notas falsas, de gritos guturales desafinados:

—Si te parece, se llamará... se llamará... ¡caramba!... ahora no se me ocurre...

La parida se apiadó.

—Rita. Como su abuela.

—Tienes razon. Como mi madre.

Y se le saltaron las lágrimas. ¿Por qué? Tampoco lo sabia.

Rita resultó al año una niña ni bonita ni fea Ninguna de sus facciones era incorrecta, pero se agrupaban de tal suerte, que el conjunto carecia de expresion. Estaban en la línea media entre lo simpático y lo antipático, equidistantes de la repulsion y del agrado. Inspiraba indiferencia. No se distinguia por la travesura, ni por la quietud. Jugaba con juicio como si el juego fuese para ella una ocupacion, una tarea propia de la edad. Cuando su madre se cansaba de oirla charlar y reir, de verla moverse, le decia. «Calla si puedes.» Y podia. Silenciosa é inmóvil estábase obediente á la consigna, hasta que uno de los

dos, el marido ó la mujer, se alarmaban. «¿Te has quedado muda? ¡Dios mio! ¿Si estará mala? Tiene la mirada triste. ¿Te duele algo, hija? ¿Por qué no juegas?» Jugaba. «Nuestra niña es muy obediente,» comentó el matrimonio. Lo era. Todo lo hacia como las muñecas que se mueven por resorte. No pareció engendrada ni concebida. Dijérase que de veras la encargaron á París, al mismo tiempo que la canastilla y que la habian comprado en una tienda. Un verdadero mecanismo humano.

La casa era pequeña, pero suficiente para el matrimonio, la niña y una criada, que á la vez llenaba los oficios de niñera. Esta dormia en una alcoba de paredes blanqueadas, un cuarto estrecho y oscuro, sin ventilacion, al lado de la cocina. Siempre olia mal allí dentro, á todas las traspiraciones de un cuerpo poco limpio, á todos los abandonos á que se entregaba el de la záfia servidora durante el sueño, que era profundo, lleno de ronquidos, un modelo de descanso bien aprovechado por la pobre muchacha, que caia en su cama rendida siempre por el exceso de trabajo á que la condenaban sus dos naturalezas de cocinera y niñera. Ganaba antes del parto un salario de dos duros. Tuvo diez reales de aumento por su nuevo oficio. Estaba contenta.

cuando subian el recibo del casero, nada más que diez duros, que abren, sin embargo, gran brecha en el mísero puñado de monedas entre las cuales siempre hay escondida, como una traicion, alguna falsa.

Fué providencial el nacimiento de Rita para evitar que sobreviniese la indiferencia. Resultó gráfico calificar á la niña como *fruto de bendicion*. Juan Lopez García, auxiliar del Tribunal de Cuentas, y su esposa doña María Rodriguez de Lopez, así lo creyeron desde el primer síntoma de embarazo. Ahora tenian otros entretenimientos sérios y ocupaciones más provechosas que las de darse besos y hacer tonterías que, mientras la madre estuviese criando, habia prohibido el médico de una manera terminante «á ménos que no tuvieran bastante con uno y quisieran verse obligados á tomar ama.» «¡Qué lástima!—exclamó el padre.—Ahora que la cama ya es nuestra.» Pero no protestó. La resignacion, hermosa virtud, caracterizaba á aquel matrimonio. Habia que ajustarse al sueldo, economizarlo todo, ahorrar el ama, porque ningun auxiliar del Tribunal de Cuentas puede echar las suyas tan mal, suponiendo que á Júpiter le bastaron diez mil reales para caer sobre una hembra, convertido en lluvia de oro. No. Quinientos duros no dan

más que para las primeras gotas. Con esto habia que conformarse.

Fueron felices, no obstante, y quizás por razon de aquellos obstáculos. El empleado ascendió de resultas de una vacante ocurrida por defuncion. Los destinos del Tribunal pueden considerarse como inamovibles, y esto en España es equivalente á una canongía. Allí no dejan cesante á ninguno, el ascender es lento; pero lo que se tiene, poco ó mucho, no sólo asegura el presente, sino que se cuenta para el porvenir. Tuvo Juan Lopez tres mil pesetas y exclamó al dar la noticia á su mujer: «¡Bien dicen que cada hijo trae un pan debajo del brazo!» Buena falta les estaba haciendo, porque si era verdad que la niña gastaba todavía poco, aumento de gasto era á la postre, y aquel padrino de bautizo corria pareja con el de boda, porque si las camas doradas del uno resultaron cosa fantástica, inverosímiles fueron tambien los abriguitos, los zapatos de cabritilla blanca y los sombreros que prometia el otro para cuando la niña se vistiera de corto. Ellos, y nada más que ellos, tuvieron que hacer las compras necesarias.

Rita á los doce meses andaba ya, cuya precocidad dejó admirada á toda la gente del vecindario; comia con la mano izquierda, llevándose la

Juan Lopez se sintió halagado. Llegó á creer sériamente en estas lisonjas, y por las mañanas, al levantarse, cuando se lavaba, miraba en el espejo su imágen, estudiaba el modelado de su frente, la expresion de sus ojos, y se tuvo al fin por un alma no comprendida.

Alimentaba su mujer estos engaños.

—Mira. Es preciso adecentarnos un poco. Viene gente y ya ves tú, no tenemos la casa con arreglo á nuestra posicion, á lo que somos. Escucha, eso del esparto es una preocupacion como otra cualquiera. El fieltro anda ahora tan barato como la estera. Nos hace falta una consola con piedra de mármol para la sala y un espejo. Luego la madera curvada es muy bonita; pero no se usa más que para comedores. Una sillería de reps, me parece que no pido rasos ni damascos, de reps únicamente haria muy bien, y segun dicen es eterna.

Y á nuestro auxiliar no le parecian disparatados los proyectos de su mujer. Al contrario, llegó á escuchar sin sorpresa esta proposicion:

—Mira Juan, ¿por qué no te metes en política?

A lo que Juan contestó:—Ya lo habia pensado.—Y de este modo empezaron sus malandanzas.

II.

La Sra. D.ª María Rodriguez de Lopez, era una mujer de veintidos años, casada á los veintiuno, española, y más que española, madrileña por el nacimiento, carácter y costumbres. Pasó su juventud en verano, y por la noche, sentada en las sillas del Prado, logrando hacerse conocer de las aguadoras por su gran consumo de merengues y agua con azucarillos; en primavera iba por las mañanas al Retiro, donde robaba flores y jugaba al raton y al gato; en otoño su paseo favorito eran los jardinillos de Recoletos, y frecuentaba en invierno unas cuantas tertulias de confianza, amenizadas por el juego de la lotería de cartones, apuntando los números con cristales y pagando con garbanzos (100 garbanzos un real). En una de estas reuniones, á las que acudia con su madre, conoció á D. Juan Lopez, que tambien apuntaba por aquel tiempo, y las bolas tuvieron la

los sábados á la del cuello; limpiar los huesos, antojábasele refinamiento y afeminacion, impropios del sexo varonil, del cual tenia concebida una idea que debe correr como válida y aceptable entre los conductores de los carros de limpieza pública y sus respectivas mujeres.

Vió á Mariquita, y como queda registrado en los anales de esta verídica historia, se enamoró de la muchacha; por una gradacion de impresiones, que conviene analizar con detenimiento. En primer lugar, porque la Srta. Rodriguez era gruesecilla, á juzgar por lo que se le pegaba la ropa al cuerpo, y sobre todo, á los brazos y á los pechos, ciñendo redondeces apetitosas. Del estado de las carnes, dedujo Juan el de la salud, y corroboró esta idea afirmándola para *in eternum* algunas noches despues de aquella en que hicieron el *ambo*, porque en una de esas adorables confidencias de los enamorados, como la jóven se mostrase inquieta y moviéndose en la silla, Juan preguntó la causa, y ella, acercándose, le dijo en secreto candorosamente y casi al oido, «que *no podia parar*, porque la picaban mucho los sabañones.» «¿dónde los tienes?» preguntó el novio con el natural acento misericordioso. «En los piés.» Quedó convencido, porque despues de confesion tan explícita, ¿qué más prueba? Sí. Estaba

sana ó mentia la sabiduria popular en sus adagios. Los sabañones son salud. Estaba gorda y sana y no era fea. Al contrario, á nuestro empleado del Tribunal de Cuentas antojósele preciosísima. En este punto, habia pasion que perturba el juicio, pero no ceguedad, porque á fé de inteligente, María Rodriguez, créame el lector, era bonita.

Fuertemente morena de cútis, ojos grandes y rasgados, húmedos y brillantes, de pupilas negrísimas, ojeras, nariz de fosas muy abiertas, de movibles cartílagos acusadores de sensualidad, frente como tostada por el rayo solar de la pasion, megillas entonadas de color, boca fresca y proporcionada, de manera que no resultase grande para la sonrisa, ni pequeña para el beso; mucho pelo, tan negro, que daba reflejos azulados, tan abundante que la pesaba; de buena estatura, sin ser alta; viva de imaginacion, maliciosa en el hablar y más todavía en sus pausas y silencios, llenos de picardía y de guiños, casi masónicos, con sus amigas.

Vestia en la época de los calores, trajes color de rosa, y en invierno, es decir, hacia tres inviernos, uno de lana vino de Burdeos, ó más técnicamente calificado por la moda, era su verdadero color el de *fresas espachurradas (fraises ecrasées)*. Muy

probabilidad de ascenso, inverosimilitud de cesantía. Teniendo órden y economía se podia vivir; para la casa ocho duros, diez á lo sumo. Quedaban treinta; «dos personas solas no se los comen,» observó la novia. «Ya lo creo; con diez reales os tratareis muy bien, y hasta cabe el chocolate. (Esto lo dijo la madre). El presupuesto de comida estaba cubierto. Todavía sobran quince duros, que son: dos para la criada, que comerá las sobras; cuatro pesetas el aguador, siete el carbonero, contando á dos quintales por mes, y contando con lo que importe lo que no se pueda lavar en casa, habia un resto de media onza para calzado, para vestir, para divertirse ó para guardarlo. «Esto ya sé yo que no sucederá nunca, porque los jóvenes son siempre muy despilfarrados,» terminó la suegra futura con su más doctoral acento.

Y la que sentenciaba así, cogió 2.000 reales, de 6.000 que tenia ahorrados en el primer cajon de la cómoda, y se los gastó de un tiron en el ajuar de Mariquita. El novio, como ya hemos visto, puso la casa, y á los cuatro dias de la boda iba la madre á verlos, se complacia en analizar el órden que en el nuevo hogar reinaba, y enorgulleciéndose al encontrarlos tan juiciosos, cuando otras madres le preguntaban, daba su informe:

«Son felices. Se quieren como si llevaran tres ó cuatro años de cariño. Lo hacen todo naturalmente, sin exageraciones ni extrañezas, como si en su vida hubieran hecho otra cosa.»

Eran felices, cierto. Habian nacido y pertenecian á esa raza, á la de los que deben serlo, más todavía, á la de los que son. La existencia no resultaba problema de ningun género. Era una cosa maciza, cuyo gran tamaño no les asustaba como á los soñadores, porque la cogian, y la partian en trozos iguales, dos, uno para cada uno. «Este es el mio, y este es el tuyo; tienen que durar veinticuatro horas; no se parte más hasta mañana.» Dijérase que la tenian con lo que se compraba por mayor para que cundiese más, y guardado bajo llave como el tocino en la despensa. No sabian en qué latitud geográfica estaria situado el *valle de lágrimas,* hácia el cual se pide á la Vírgen que vuelva sus ojos, y contemple á los que en él están desterrados, gimiendo y llorando.

Pero ninguna dicha, ni siquiera la más legítima, puede serlo de un modo completo y duradero. El nacimiento de Rita los llevó al extremo de goce, y ya en la cúspide, tenia que empezar la jornada de descenso.

Marcados quedan sus comienzos en las aspiraciones nuevas del matrimonio. Entraron en la

locuáz en casa, con su marido y cortísima de génio, llena de rubores y muda en la calle y con los extraños; él tenia bigote negro, pelo naturalmente rizado, moreno de cútis, varonilmente pronunciadas todas las facciones, mayor estatura que la de su mujer, aun siendo ésta, como ya he dicho, una buena moza, anchas espaldas, robustez, brazos con músculos de luchador, sério el rostro, reposado el ademan, inquieta en cambio la imaginacion y alegrado el pensamiento como de hombre satisfecho con su suerte. Eran, en fin, dos hermosos ejemplares de la raza humana, que diria un zoólogo. La niña, un ángel.

En la casa no se trataban con nadie, mejor dicho, nadie se trataba con ellos. ¡Unos horteras! Culcúlese si es posible que intimen con *gente así*, los funcionarios públicos. Sabíase que él se llamaba Ayuso de apellido. «¡Ayuso!—exclamaba Lopez, el futuro gobernador.—Apellido á propósito para la muestra de una tienda de cintas y botones.» El nombre de la mujer era Consuelo, y la niña se bautizó bajo la vulgarísima advocacion de San José. La llamaban Pepita. Y luego se enteraron, por razones de vecindad y curiosidades femeninas, de una porcion de horrores. Como si no fuera bastante que Ricardo Ayuso no vistiese nunca más que de americana y hongo,

como quien dice, de chaqueta, vivian como jornaleros, sin criada. La mujer iba á la compra, hacia la comida, fregaba los platos, barria, limpiaba, llevaba un trajin de béstia de carga, que se aumentó con el cuidado de la niña. No amueblaron ni siquiera con la famosísima madera curvada, sino con sillas de Vitoria, mesas de pino, cómodas y armarios antiquísimos de caoba, buenos y fuertes, pero del año de la nanita. Por de contado, nada de alfombras; estera. La chimenea del gabinete no la encendieron jamás. Se calentaban con orujo, ¡ponian brasero! Luego una porcion de *ordinarieces* y *cursilerías*. Iban al teatro una vez á la semana, los jueves; pero nada de Opera, Español ni Comedia; para sus gustos no se habian hecho los coliseos de primer órden: Lara, Eslava, Variedades, eran sus favoritos. Los teatros por horas, en los que tomaban butacas para la primera y segunda funcion, y á las once ya estaban de regreso. Todo lo que hacia los domingos el matrimonio, era para excitar el sistema nervioso de las personas ménos delicadas. En lugar de pasear á su mujer por la Castellana, íbase con ella sabe Dios á qué sitio *cursi*, muy temprano, cuando todavía *no estaba bien visto*, y ¡de qué manera! de *chaqueta*, él, por supuesto, como siempre; ella con la niña en brazos, y, sin embargo,

todos los Negociados habidos y por haber, con los mismos doce mil reales, más veinticinco duros mensuales de gratificacion. ¿Quién permutó con él? Tambien lo dijo la suegra. Un tonto que empezó á frecuentar el trato de nuestros personajes, y á quien ellos llamaban siempre, no por su apellido Morán, no el Sr. Morán, sino *el de la permuta*.

Porque es lo que Juan Lopez calculaba:

—Como los quinientos de la gratificacion son sin descuento, vengo á tener diez y ocho mil reales al año. He ascendido en sueldo y en categoría. Por seguros que fueran mis doce mil antiguos, tiene razon mi suegra. Morán es un tonto.

Y á la verdad, que si no lo era, lo parecia, porque, no solamente permutó, sino que la repeticion, cada vez más frecuente de sus visitas, eran prueba indudable de un absurdo, de que se consideraba en deuda de gratitud, despues de haber cambiado cuatro mil quinientas pesetas por tres mil. ¡Tonto de capirote!

Llevaba siempre juguetes ó dulces á la niña, á Rita. Cuando los dos esposos estaban comiendo, se presentaba algunas noches y los sorprendia. «¡Hola, compañero?—exclamaba Lopez.—¿Usted por aquí tan temprano? ¿Qué ocurre?»—«Adios, Sr. de Morán, añadia la esposa, tendiéndole indolentemente su mano. ¿Quiere Vd. acompañarnos? é indicaba un sitio, y hasta hacia el ademan de coger el tirador de la campanilla para que la criada viniese á poner otro cubierto.—«No, gracias,» y con una transicion de tono: «he venido á estas horas para que tenga tiempo de vestirse mi señora doña María.—«¿Como, otro palco?»—«¡Psh! me los regalan mis amigos los actores. Ya saben Vds.»

Se apresuraba el servicio. Terminábase la comida en un periquete. «¡Oh! Sr. de Morán, gracias, muchas gracias.»—«Yo soy el que tiene que darlas.» La de Lopez se levantaba, corria á encerrarse en el gabinete, tardaba un cuarto de hora á lo sumo en salir acicalada y hecha un brazo de mar. Traje de seda (el de boda que todavía estaba en muy buen uso), los pendientes, el medio aderezo que le regaló su marido, el abanico bueno de nácar, el reloj con la leontina de oro (tenia otro mejor, pero no podia llevarlo porque estaba en el Monte), peinado de rizos y flequillo sobre la frente; desde este momento y durante toda la noche, la hermosísima morena considerábase la mujer más dichosa de la creacion. Se presentaba en el comedor triunfalmente, enviando al Sr. de Morán una sonrisa en pago de su dicha. El aspirante á político la miraba es-

risa. «Puesta, yo, ¡puesta mi mujer! ¡y usted! Ya nos hemos enredado.» El maestro de juego se mordia los lábios.

Algunas noches era la tertulia más numerosa. Subian los inquilinos del segundo; llegaba *doña Dolores*, es decir, la mismísima suegra de la que hasta este punto he venido relatando hechos y dichos, sin acordarme del santo de su nombre, y entonces no era preciso jugar á nada para distraerse. Estaba allí Morán, que sabia la vida y milagros de *todo Madrid*, y la contaba con especial gracejo. Los concurrentes escuchaban con verdadera avidez. Preferian, sobre todo, el relato de las aventuras en que figuraban como heroinas las duquesas, las gentes del gran mundo, cuyos escándalos tenian dejos de elegancia; cuyas porquerías estaban disimuladas con perfumes costosísimos, encerradas en palacios, y se hacian sobre las armas nobiliarias ó sobre el monton de oro acumulado por un banquero, tendiéndose en ellos las mujeres panza arriba, y levantándose las faldas de terciopelo ó raso para dejar ver las pantorrillas y los muslos. Morán no tenia precio contando, ora los amores del primer matador de toros con una marquesa, ya los escándalos producidos recientemente por una mujer recien casada con el hijo de un general, que se quejó en la prensa, ante los

tribunales de justicia, y apeló hasta el Papa, declarando que su marido no pagaba el débito en el lecho conyugal, acusándole públicamente de impotencia, y confesándose por ende lujuriosa sin empacho alguno, como una prostituta; ya, por último, el otro escándalo dado por un maridojugador, que, habiendo sufrido enorme pérdida en el Casino, acudió al pretendiente de su mujer, y concertó con este el alquiler de la hembra propia, por espacio de un año, mediante cantidad estipulada y cobrada al recibir el cuerpo.

Todos los concurrentes escuchaban con atencion profunda. Era una curiosidad insaciable la de aquellos empleadillos de corto sueldo. Gustaban y paladeaban, como verdaderos gastrónomos, los trozos de carne cruda, que estaban deliciosos, servidos en aquella salsa picante, aristocrática. Mirábanse unos á otros y á Morán con cierta admiracion, considerándole casi como de naturaleza divina, y desde luego superior á la suya, por conocer estos misterios y tener tan buenas relaciones y trato con la *high-life*. Los deslumbraba.

Una noche el éxito fué mucho mayor. Llegó á su colmo el triunfo y la apoteósis de *el de la permuta*. Se presentó correctamente vestido de etiqueta.

—¡Calle! ¿A dónde bueno con ese traje?—le preguntó el Sr. de Lopez.

drid. «Vengo,—le dijo,—á proponerle á Vd. un cambio.» El tirador le escuchó. Morán hablaba el francés correctamente. El maestro de esgrima no podia expresarse, sino con mucha dificultad, en castellano. El cambio era éste: «Vd. me enseña la esgrima, cosa que deseo, y yo le doy lecciones de nuestro idioma, cosa que necesita.» Aceptado el convenio, ambos quedaron satisfechos. Acudia pocas veces á las invitaciones de los primogénitos de casa grande. No queria convites. Gustábale en las fondas que se estipulara el pago á escote, y él no se contaba en ninguna francachela, más que á primero de mes, al cobrar su paga; suponian muchos que además del sueldo disfrutaba de alguna renta; el sueldo y su ingénio únicamente; no tenia más; un vividor sí, pero de buena especie, ordenado hasta en la orgía; económico en la crápula.

Por precision, por necesidad, porque no era así su naturaleza. Al contrario. Era un hambriento de placeres costosos, que jamás pudo satisfacerse hasta la hartura, y por estos medios iba engañando sus hambres. Odiaba á la sociedad, y más que á la sociedad á la Providencia por sus grandes equivocaciones. El Gran Arquitecto del Universo le parecia más torpe que un peon de albañil. En él estaba el ejemplo y la demostracion palmaria de

los errores divinos. Pudiendo ser feliz, era un desdichado que fingia la carcajada. Culpable Dios, y si Dios no existe, los hombres. Inocente él, porque bastante hacia con reglamentar aquellos irresistibles impulsos de sus nervios y de su sangre, aquellas aspiraciones locas, hácia las cosas soñadas. El, tal como estaba constituido, formado, nació para otra vida y otros destinos; su figura de Antinoo, la delicadeza de sus sentidos, el refinamiento de sus gustos, todo servia para el fausto, para la fortuna, para la felicidad. Sus manos blancas, como las de una señorita, pequeñas, pero fuertes, eran buenas para acariciar los cuerpos desnudos de las cortesanas, para regir los caballos de pura sangre, para verter en las copas los generosos vinos, para tirar montones de oro sobre las mesas de juego; sus ojos no eran como los del Sr. Lopez, útiles para el oficio de mirar, sino ojos de artista que sabian ver, en las curvas de la carne, y en las del mármol, los colores que se recreaban en los lienzos de Rubens y del Ticiano, y ante cada aspecto nuevo de los campos, se enamoraba del grupo de árboles, del accidente de terreno, del curso de agua que culebreaba entre la yerba: «aquí hay un paisaje,» exclamaba, y se detenia como un pintor echando de ménos el lienzo y la paleta. Sus oidos apreciaban

Los otros 12.000 mondos y lirondos eran seguros.

«¡Trato hecho!» ¡Oh! *¡El de la permuta!* Los señores de Lopez eran locos, y lo creian tonto de capirote. ¡El! ¡un epicúreo!

IV.

María Rodriguez de Lopez, ó *Mariquita*, como en el trato familiar la llamaban, á pesar de su estado y en razon de los veintidos años que se contaban por su partida de bautismo, andaba un tantico mal humorada y mohina en el hogar, desde la célebre noche en que Morán se presentó como trasfigurado en traje de etiqueta. A las preguntas de su madre y á las de su marido, contestaba siempre con la misma evasiva: «¿Qué tienes?» «Yo no sé, dejarme, son los nervios.» Y como en efecto, era nerviosa, esta explicacion satisfizo. Pero algunas veces se mostró agresiva con Juan, buscando la riña, pegando á Rita por cualquier cosa, cerrando las puertas de golpe y porrazo, negándose á comer so pretexto de inapetencia, echándose en brazos de su madre, y ocultando allí su rostro, acometíala una comezon

allí dejé mis medidas.» «¡Pero eso será carísimo!» «Al contrario, más barato. Por eso lo tomo.» María se enteró perfectamente. Habia que encargarlo á los grandes almacenes de *Le Printemps*. «Pero ¿y las medidas?» «Se envian desde aquí, y aquí tambien se eligen las telas. Yo traeré á Vds. mañana mismo un catálogo, con muestrario y figurines.» Y á la noche siguiente, con el catálogo á la vista, se discutió largo rato. Eligieron. Quedaron maravillados. Un pantalon, chaleco y levita, un *terno* completo, elegantísimo, costaba, pagados portes, derechos de Aduana, puesto á domicilio, cuarenta duros. Por este mismo traje, en una sastrería de fama, llevarian sesenta duros lo ménos. «No hay que vacilar, encargarlo enseguida.» Examinaron los figurines de señora. Tambien, tambien resultaba una ganga. Luego en el *Printemps* hay de todo, ropa blanca, sombreros, corbatas, calzado, juguetes, alhajas, muebles. «Aquello es un mundo,» comentó Morán, y con ese motivo habló de la capital francesa, de las costumbres parisienses de Mabille, de los boulevares, de las *cocottes* del bosque de Bolonia, de la Exposicion Universal que se verificó cuando él estuvo. Produjo asombro con su narracion. Hubo veces que dudaron de su veracidad cuando hablaba de los prodigios que se ven en el llamado

cerebro de Europa. «Ese, el *Printemps*, realiza de venta un millon diario.» «¡Imposible!» «El tránsito en las calles principales es tal, sobre todo es tan exhorbitante el número de carruajes, que nunca es fácil, como aquí, cruzar de una acera á otra; de vez en cuando la policía hace que se detengan para que los de á pié logren su objeto. Yo estuve una vez esperando un cuarto de hora, y desistí porque me hubieran atropellado irremisiblemente.» No le creian; pero continuaron las preguntas. Hay cosas que allí suceden, y que yo no puedo contar más que á los hombres, y ahora están escuchando algunas señoritas.» Ese fué mayor incentivo. «Se irán, se irán un momento al gabinete,»—dijo la de Lopez. «¿Y ustedes?» «Nosotras es distinto. Somos casadas,»—terminó con tono muy resuelto. Se fueron. Morán refirió hechos estupendos, disfrazando lo posible las crudezas de palabra; contó *lo que le pasó á un amigo suyo* con una cancanista. Los oyentes sonreian maliciosamente. «Con que un *amigo*, ¿eh?» «No, no, juro á Vds. que no era yo.» Mariquita se mordió los lábios de una manera tan cruenta, que el dolor la hizo palidecer. «Basta, tiene usted razon. Ni las casadas podemos oir eso. Que vengan las muchachas.» Lo dijo secamente, y conservó durante el resto de la velada un gesto

tertulia. «Dignas de una princesa, — elogió Morán,—y de Vd.» Una amiga íntima la preguntó: «¿Cuándo vas á estrenarlas?» La señora de Lopez, envolviéndolas de nuevo en el paquete, bajó los ojos para contestar: «¡Sabe Dios! ¡Allá veremos!»

Habíase establecido ya la separacion de camas. El linfático Lopez empezaba á resignarse con su suerte, cuando de pronto, una noche, cesaron las *rarezas* de su mujer. Acababa de apagar la luz, y la oyó suspirar. «¿Qué tienes? ¿Estás mala? ¿Qué te duele? ¿Enciendo?» «No, no.» Alarmado rechazó las sábanas, púsose en pié de un salto, y á oscuras, se acercó al lecho de Mariquita. «¿Qué te pasa? ¡dímelo! ¿qué te pasa?» Y sollozando, en voz baja la mujer, se lo dijo: «Que no te ocupas de mí para nada. Que ya no me quieres, Juan.» ¡Oh! por mucha linfa que se tenga, á veces, no se resiste la sacudida eléctrica; hay la diferencia de que lo que mataria de impresion á unos, á otros no hace más que producirles un movimiento y alterar un poco el pulso. «¡Ah! ¡con que era eso!» Y con todo reposo se tendió al lado de su mujer, y hasta que estuvo tendido no la abrazó. «¡Tonta! yo soy el mismo de siempre. Tú sí que habias cambiado.» Volvió á ser feliz mucho más que antes, si se atiende al goce de los sentidos. Recuperaba á su mujer, pero su mujer,

como carne de hembra, perfeccionada á maravilla. Era el mismo cuerpo, pero se extremecia más nerviosamente; tenia para el placer vibraciones más poderosas; luego, los cinco duros del primer mes estaban muy bien gastados. Juan no pudo contenerse y se lo dijo: «¡María, hueles á gloria!» Ella, envanecida en la oscuridad y haciendo ostentacion de sus nuevas costumbres de limpieza, no ponia límites al beso. Donde él quisiera, estaba perfumada de piés á cabeza.

Por la mañana, al levantarse tuvo una exigencia. «Escucha; si te parece, esta noche no jugaremos. El tresillo me cansa.» «¿Y qué hacer? Morán vendrá como siempre.» «Pues mira, no recibirle; dirá la muchacha que hemos salido. Hoy no viene nadie más que él.» «Nos vamos á aburrir.» «No lo creas.» Y se acercó, le dijo al oido un secreto. Decididamente, Mariquita no era la misma. Trasformacion hasta en eso. Hasta en lo que nunca tuvo. Coquetería, monadas, cosas que no la enseñó nadie, pero que las mujeres aprenden con el diablo para hacer enloquecer á los hombres. El mismo manjar servido en salsa más picante. El marido llegó á sentirse sobrecogido. «Lo que tú quieras, pero reflexiona que se trata de un buen amigo. Si sospecha lo cierto, que no queremos recibirle, se puede enfadar.»

el mármol de la mesa de noche, puesta entre las dos camas, y cada cual delante de la suya empezaron á desnudarse. La mujer quedó pronto en enaguas. Luego desató las cintas que sujetaban aquellas almidonadas blancuras, y las enaguas, resbalando, cayeron. Era una gallardía hermosísima; los brazos y el escote desnudos; no llevaba puestos más que la camisa y el corsé. Resaltaba su piel morena, con tonos cálidos incitantes. El funcionario público estaba en calzoncillos, aún no se habia quitado las botas. Tenia los piés enormes. Mirábala extasiado, acordándose de la noche anterior. ¡Las nueve y media! ¡A las seis habian comido! ¡Más de tres horas! ¿Quién dijo miedo?

María lo rechazó dulcemente; andando con los piés descalzos, detúvose de pronto y quedó inmóvil ante la cuna; miraba á su hija. «Déjame ahora, ¡mira eso!» El Sr. Lopez miró, pero sin apartar el brazo con que rodeaba el talle de su mujer. Esta, complaciéndose en la cabeza de la niña dormida, se inclinó: «¡Qué ángel tenemos, Juan, Dios nos lo conserve!» «A propósito,—exclamó el hombre, por decir algo,—¡hay que vacunarla!» Mariquita se desasió, y corriendo esta vez. «Me he quedado helada;» destapó las sábanas, tendióse en el lecho con delicia, y desde allí, descubriendo nada más que un poco la cabeza, aconsejó á la figura cómica que continuaba en calzoncillos, en el mismo lugar en que la dejara: «Anda, hombre, acuéstate tambien. No te vaya á pasar lo que á mí. Estás cogiendo frio.» «Voy. Tienes razon.» Y sentándose muy en el borde para no hacer un hoyo en los colchones, porque luego le molestaria, se descalzó, cosa que le hizo sufrir un poco; al quitarse la bota del pié derecho no pudo contener un grito. «¿Qué es eso?» «Lo de siempre, el maldito callo; yo no sé cuándo acabará de crecer. El sábado que me tengan preparada agua caliente, como todas las semanas. Lo que es de este sábado no pasa; lo cortaré cuando salga del agua que lo reblandece.» Empezó la explicacion de estas minuciosidades fuera de la cama, y la terminó ya tendido. Pero de repente se incorporó. «Ya no me acordaba.» Se puso de rodillas mirando á la cabecera, donde habia un crucifijo en la pared. Levantó la mano derecha á la altura de la frente: «Por-la-señal-de-la-santa-cruz-Dios-nuestro-líbranos-Señor-de-nuestros-ene-migos;» (cada guion indica el corte y separacion con que pronunció las palabras y el movimiento á que se entregaba el brazo, yendo de arriba á abajo, de derecha á izquierda, ni muy deprisa ni muy despacio). Hecho

Llegó por fin el domingo. La hermosa morena, al volver de misa, mostróse con mayores rarezas de carácter. «Esta tarde saldremos de paseo.» Propuso el empleado de la Secretaría particular. «No, no. Tengo jaqueca.» «Jaqueca; tú no has padecido nunca eso.» «Pues la tengo. Lo que debes hacer es salir tú; te llevas á la niña.» «Mujer, ¡yo!» «Es decir, te vas con la muchacha; que se vista, que se ponga el delantal blanco, y os vais.» «No quiero que te quedes sola.» «Si no es más que jaqueca. Dormiré la siesta á ver si se me pasa.» Luego, á la media hora, cuando ya estaban dispuestos para salir, varió de resoluciones. «No, no. La niña no sale. No quiero que se separe de mí; sal tú solo. Mi hija se queda conmigo.» Y empezó á desnudarla. Rita, que estaba consentida en el paseo, á pesar de su docilidad, lloraba. «Calla, tonta, calla. Te compraré un merengue. Jugaremos á las comiditas.» Péro continuó el llanto. «¿Te quieres callar? ¿Sí ó nó?» Levantó la mano airadamente; la pegó un bofeton. Rita se aterró. Era la primera vez que su madre se dejaba llevar á tal extremo. Calló con esfuerzos supremos, dictados por el miedo á la voluntad de llorar, conteniendo el grito, ahogando los sollozos. El padre estaba indignado, pero optó por encoger los hombros. La señora de Lopez se

conmovió, se arrepintió de lo hecho, dando una gran voz. «Te he hecho daño ¡ángel mio! soy una mala madre.» Y la levantó en brazos, sentóse con ella, la cubrió de besos. «Perdona á mamá, perdónala; toma, con esta mano ha sido. Pégame tú tambien.» Juan se puso el sombrero y salió sin despedirse. A los locos hay que dejarlos. Iba á contárselo todo á su suegra, segun era su decision en las circunstancias más difíciles. Doña Dolores no supo aconsejar más que una sola cosa. «Llama á un médico. Yo no vuelvo á meterme en vuestros asuntos. Los dos me ocultais la verdad.» Juan protestó: «Yo no. Ella es la que se empeña en negarlo. Ya sabe Vd. que yo se lo pregunté.» «Pues no te quepa duda, si es de buena fé, se equivoca; si de mala, á mí no me engaña. Tu mujer está embarazada, y eso, con los pocos recursos que teneis todavía, te lo dije, y lo repito, es un disparate.» Suegra y yerno pasearon juntos; estuvieron en Recoletos, siguiendo por la Castellana hasta el Hipódromo. Un paseo larguísimo. A la vuelta, el marido de Mariquita, no sabiendo cómo remunerar á la madre por la consulta, creyó justísimo convidarla á comer. «Véngase Vd. Como domingo, esta noche habrá gente.» La suegra aceptó.

¡La verdad! Aquella suegra y aquel yerno se

con nosotras. Eso hacen los maridos buenos.» Tuvo que intervenir doña Dolores para que los comienzos de riña no pasaran más adelante. Rita declaró que se habia divertido mucho, y esto fué lo más eficaz para disipar el enojo. Luego al saber María que su madre se quedaba á comer, recobró el contento. «Voy á decir á la muchacha que ponga algun extraordinario.»

Sentáronse á la mesa más temprano que de costumbre, porque iba á venir gente, y no convenia que los pillaran comiendo. Pero despues de la sopa, la señora de Lopez empezó á mostrarse intranquila. Declaró que no tenia apetito; se consagró á dar de comer á su hija, á pesar de que Rita ya comia sola, y de vez en cuando miraba el reloj á hurtadillas. Contestaba distraidamente á las preguntas de su madre y como enojándose de sostener una conversacion. De pronto, en medio de uno de aquellos silencios en que los tres quedaban, sonó un campanillazo. María soltó el tenedor, mejor dicho, hubo de caérsele de las manos, y no pudo contener un grito nervioso como un chillido estridente. «¡Ay Jesús!»—¿Qué tienes, qué te pasa? preguntaron los otros dos. «Nada; esa campanilla que me ha asustado.»—«Será Morán,» dijo el marido.—Ella hizo un movimiento de cabeza para confirmar esta adivinacion. Es-

taba arrebatada de color, palpitantes la sienes, casi temblando; no podia hablar. La criada habia recibido ya la contraórden desde por la mañana. Abrióse la puerta.—«¿Están?»—«Sí, señor,»—¡Gracias á Dios!» y Morán entró. Ibase hácia la sala. «Aquí. Estamos aquí.» «Que pase al comedor,» gritó D. Juan Lopez alegremente, y cuando le vió presentarse en el umbral: «¡Caramba, qué elegancias! ¡Otra vez de frac!»—«Vengo sólo por un momento. Esta noche canta la Patti. Voy al Real. Estaré con Vds. hasta la hora de la funcion;» díjolo con mucha frialdad; saludó con gran cortesia. El marido lanzó á su mujer una mirada de reproche, una mirada que expresó su pensamiento. «¿Lo ves? Está resentido. Tú tienes la culpa.» Pero la señora de Lopez no pudo interpretarla ni verla. Tenia los ojos bajos, y el color encendido de las megillas habíase sustituido ahora con una inmensa palidez. «¿Cómo está Vd., María?»—preguntaba Morán, saludando.—«Muy bien, señor de Morán,» y casi no se oyeron las palabras. Pronto se repuso. Estrecháronse las manos. «Tomará Vd. café con nosotros.» Doña Dolores saludó *al de la permuta* como á un sér inferior, que entre otros privilegios, tenia el de conocer á los empresarios de teatro para poder pagar con localidades de favor sus deudas de gratitud.

—«Pero mujer, ya irá la muchacha,» aconsejó Lopez.—No; voy yo.—«Pues yo me retiro,» declaró Morán. Y ya tendia su mano derecha, cuando sintió que la izquierda se la estrechaban con fuerza prodigiosa. No volvió la cabeza; no se manifestó sorprendido. «Y despues de todo, exclamó, tengo pereza. Ir ahora hasta el Real es una caminata. Lo he pensado mejor. Me quedo.» —«Esta noche, por estar mi madre aquí, en lugar de charlar, jugaremos,» agregó Mariquita. Y salió, como habia dicho, para abrir la puerta. En el pasillo notó tanta confusion en sus impresiones, que no sabia si reir ó llorar. Lo que predominaba era un sentimiento de temor, de susto de sí misma. ¿Cómo habia tenido aquella audacia?

A las diez, en el reducido comedor no cabia más gente. Morán, en el mejor sitio de la mesa, teniendo á su derecha á la señora de Lopez y á su izquierda al marido de ésta, estaba entre el matrimonio como una cuña. A la luz de la lámpara brillaba vistosamente la bien planchada pechera de la camisa. Era la admiracion de las mujeres. Se jugaba. No á la lotería, no. Morán se opuso. «Nada de números. Venga una baraja. Yo tallo un duro.» «¡Qué escándalo!» gritaron las señoras. «Bien, perfectamente dicho,» contestaron los hombres, echándoselas de calaveras, cosa para

la cual debian presentársele muy pocas ocasiones, á juzgar por el apresuramiento con que aquella la aprovecharon. La muchacha se llevó el duro á la tienda para que lo cambiaran en cuartos. «Bueno,—habia ordenado el dueño de la casa,—vaya por el monte, pero no se permite apuntar mucho. La mayor *postura* de veinte céntimos.» «Y es demasiado,—contestó la suegra,—son Vds. unos locos. Yo no he traido dinero; apuntaré de boquilla.»

¿Para qué describir aquello? Lo vulgar, lo nimio, lo insignificante, con cualquiera de estos calificativos basta para comprender la escena en conjunto. Todos los grajos, tratando de arrancar plumas al pavo real. Morán perdiendo un duro céntimo á céntimo, ganando un corazon latido á latido. Queda reseñado.

Cuando se despidieron los tertulianos, marido y mujer miráronse con extremada complacencia. «¿Has visto?—exclamó Lopez;—he ganado cuatro pesetas, yo solo. Si no me quisieras tanto, creeria en el refrán.» Se acercó para abrazarla. Le rechazó dulcemente: «Quita, tonto, acostémonos.» «Sí, sí, hasta mañana. A estas horas estaré yo en casa del conde de San Marciano. Mañana es el gran dia.» Y la mujer repitió: «Cierto, Mañana es el gran dia.»

tia inocente en otro concepto. Tambien tuvo la culpa que su temperamento y el de Lopez no habian podido *casarse*, á pesar de la bendicion del cura. Ella no sabia nada de temperamentos. Decia únicamente: «Juan y yo no congeniamos.» Y así como de sí misma comentaba: «Yo soy muy *fuguillas*.» Llegó á definir de este modo á su marido: «Se le pasea el alma por el cuerpo.»

Luego el amor sueña y se finge muchas cosas, y todas quiere verlas realizadas, porque si no está el matrimonio para eso, para que se realicen los sueños de amor, ¿para qué está? ¡Para perpetuar la especie, para cumplir los fines de la reproduccion! Eso es grande; pero sin el amor de por medio, con toda su grandeza, es sencillamente bestial, una porquería. Pensar así no es romanticismo, á lo ménos á la señora de Lopez antojábasele muy corriente y llano, ajustado al sentido comun. Pues bien; los séres que aman se forman un programa de la vida. «Nuestros dias serán de tal modo, y de tal otro nuestras noches.» Y aquí empezaba la hermosa morena á justificarse. En dias y noches se habia llevado chasco. El señor D. Juan Lopez y García no tenia naturaleza humana, sino en razon á que la humanidad necesita tener empleados. Vino á la tierra en su tiempo y sazon, cuando en la tierra hubo Gobiernos hasta

en las tríbus salvajes. Aprendió á leer, escribir y contar, lo preciso para llenar la mision que trajo. Cubrió una vacante.

Tal era el futuro ministro, que profetizó doña Dolores. Mucho vaciló Mariquita para dejarse llevar de aquel convencimiento. Pero ya no era posible duda de ningun género en este punto. ¡Qué desencanto el de la noche de boda! «Mira, vidita, nos levantaremos á las nueve, porque á las diez tengo yo que almorzar para estar á las once en la oficina.» Esto, dicho al acostarse, al tenderse junto á ella, que en el ámplio lecho, temblando, le esperaba con todos los sustos y extrañezas de la virginidad, y con todas las impaciencias tambien, con una ansiedad curiosa, que la obligó á encoger las piernas y cruzar los brazos, á estar así bajo las sábanas, procurando ocupar el menor sitio posible, *hecha una pelota*. Si ella soñaba, él dormia, despues de cumplir sus gustos, mejor que nunca, á pierna suelta. Era de aquellos á quienes el matrimonio engorda. ¡Esclavo del amor! Nunca. Esclavo de la higiene y de las horas de oficina. Ya lo hemos visto.

Y aquel hombre á la noche siguiente iba á presentarse de frac en casa de los condes de San Marciano. ¡Seria cosa digna de verse! Sobre todo, si ella, la mujer, fuera detrás de él

sidad, como se mira siempre al hombre nuevo. Luego lo deseó. Concurrieron para esta segunda fase muchas circunstancias, multitud de detalles. La hermosura varonil del rostro, la distincion que ya he mencionado, y cosas de esas que nunca pasan desapercibidas. Una vez que Juan estaba constipado, Morán le aconsejó que siguiera su costumbre, y se veria libre de tales ridiculeces é incomodidades. «¿Qué debo hacer?» «Adoptar la costumbre inglesa. Lo que hago yo. Lavarse el cuerpo de piés á cabeza al saltar del lecho.» «Eso es bueno para el verano,»—contestó el hombre de los callos, que pedia el barreño de los piés con agua caliente una vez por semana. «Y para invierno. Créame Vd. El lavarse con agua fria es bueno en todo tiempo.» La señora de Lopez se fijó mucho en esto. Era hermoso, elegante y *limpio*. La limpieza por higiene. ¡Claro! ¿Y quién sabe? Acaso por necesidad. Pensó en el cuerpo de Morán, del amigo *íntimo* de una porcion de duquesas, un cuerpo sano, esbelto, que oleria al perfume de la última mujer aristocrática que le hubiera abrazado poco antes. A sudor como el de su marido, á carne sucia siete dias, ¡nunca!

La jornada trascurrió como todas. D. Juan Lopez volvió de la oficina un poco más tarde. Se

acercaban las elecciones y en la secretaría particular de Gobernacion aumentó el trabajo. Tuvieron que encender luz para comer, porque cuando se sentaron á la mesa ya era de noche.

Comiendo el cocido estaban, cuando el elegante auxiliar se presentó, é iba á repetir la conocida frase «hizo su entrada triunfal,» pues no de otra manera sino como en triunfo se vió recibido. «Ajajá,—dijo Lopez, examinándole de alto á abajo,—ahora no me causa envidia verle á Vd. de rigurosa etiqueta. Despues de los postres me pongo yo tambien el frac, y veremos cuál de los dos está más currutaco. Para mi mujer, de fijo que yo.» María tendió su mano al elegante, y al sentirla estrechada, correspondió á la presion, primero tímidamente, despues con fuerza, con la misma fuerza que hizo la tarde anterior.—«Siéntese Vd., Morán. ¿No se irán Vds. muy temprano?»—«A las nueve, supongo,»—aventuróse á decir Lopez.—«¡Eh! no. Hasta las diez podemos estar aquí. A esas reuniones se va muy tarde,»—corrigió el elegante, mirando á María.»—«Puede Vd. vestirse con todo sosiego.»—«No importa. Yo necesito tiempo.» Y así, apenas quitados los manteles, el marido se levantó. «Manos á la obra.»—«¿Vienes?»—preguntó á su mujer.—«Me quedo aquí acompañando al Sr. de Morán.

canecen de improviso. La arruga que con el miedo contrae la frente del culpable, se queda allí como marca de doblez imperecedera. «¡María! ¿no me oyes?» —«Sí, sí; allá voy.» Y al levantarse, dijérase que con el movimiento muscular todo pasó. Tuvo hasta audacia. Le puso la mano en el hombro. No podemos hablar, y es preciso.» —«Yo volveré.» La señora de Lopez se extremeció. «¿Cuándo?» Otro grito de Lopez. «Pero María, ¿qué haces?» El amante besó la mano que seguia apoyándose en él.—«Luego.» Salió Mariquita precipitadamente. Se tocó la frente en el pasillo. ¡Era singular! ¡Le habia parecido!... Nada. Tersa. ¡Qué preocupacion es tan ridículas inculcan con la educacion á las jóvenes casaderas! Ni los besos manchan, ni el remordimiento sale así á la cara para que pueda verse. La circulacion de la sangre es la que se apresura; pero, ¿quién lo sospecha? La sangre, y sobre todo. el corazon, están muy adentro.

—«¿Qué quieres; qué te pasa?» —«Estos botones malditos hace media hora que estoy bregando con ellos; á ver si tú puedes abrochármelos.» Estaba en mangas de camisa, con los pantalones á medio poner; aún sin abrochar, caidos. Una facha innoble. Mariquita no pudo reprimir su carcajada. «Trae, hombre, trae.» La regocijaba ver

á su marido tan ridículo, tan *antipático*; la entraban ganas de decir: «Anda, asómate al balcon, y pregunta á los que pasan, si no es lo más lógico que yo no te quiera y que te la pegue.» Le abrochó los botones con ira, sin cuidado de ningun género, forzándolos en los ojales, para acabar y volverse al comedor cuanto antes. Lopez dió unos cuantos chillidos de dolor; le pellizcaba. Tardó, sin embargo, y con el no acertar, se ponia nerviosa. Además, el futuro ministro, por el desembarazo de las ropas menores, que dejaban salir todos los vahos, á semejanza de Sancho, olia, y no á ámbar, revelando claramente que era lunes, y que para la limpieza y lavatorio del sábado, faltábanle á su cuerpo, súcio ya de dos dias, otros cuatro. «¡Ea! ya está. ¿Necesitas algo más? —«Nada.»

Cuando volvió al comedor la señora de Lopez se dejó caer como desfallecida en su asiento.—«¿Qué queria?» preguntó el amante.—«Fastidiar, como siempre. Ni siquiera sabe abrocharse los botones de la camisa. ¡Es lo más torpe!» Morán frunció el ceño para la réplica. «Torpe y feliz, yo soy listo, porque no tengo una mujer amada con quien fingir estas torpezas.» Mariquita se inclinó hácia él, sonriendo con malicia. «¿De veras? ¿Lo dice Vd. de veras?» Y rápidamente tendió su ma-

¡de pino! Unos señores tan ricos. Pues yo, con ser quien soy, no tengo de pino en esta casa más que una silla para la criada y la mesa de la cocina.» Declaró que no comprendia aquello. Caprichos y rarezas. sólo así se explicaba; pero de seguro que estaria muy feo. Luego hizo la última pregunta: —«Y diga Vd., nos recibirán en la sala principal, ¿no es eso?» Tuvo que explicarle dónde y cómo. Todas las habitaciones estarian abiertas; en una casa así, todo es sala.—«¿Todo?»—«Todo, hasta las alcobas; si algo se cierra precisamente, cuando la reunion es como la de hoy, de confianza, es lo que Vd. llama sala principal.»—«Vaya, vaya, ¡qué demonio!» y no dijo más el bueno de Juan, convencido de que no acertaba ni por casualidad.

«En cuanto á los que van, no es posible que lo recuerde yo ahora. Aristócratas como el conde, banqueros, generales, literatos, hombres políticos. ¿Qué sé yo?». Hizo una pausa. «A propósito. Es muy posible que vea Vd. allí á su ministro.» Don Juan Lopez pegó un respingo en la silla. «¡Al mio! ¡Al de Gobernacion!» «Justo: es uno de los más asíduos concurrentes. Aproveche Vd. la ocasion de hablarle. Va con su mujer.» Ya el empleado no hacia más que mirar las manecillas del reloj. Estaba impaciente. Iba á ver al ministro, podria alternar con su jefe, casi de igual á igual, ¡qué fortuna! Pero *el de la permuta*, ¿por qué no se lo habia dicho con anticipacion? No era necesario, pero no importa.

«¡Las diez! ¿Vamos, Morán? Tomaremos un coche. Voy por mi sombrero.» Y salió atropelladamente. Morán aprovechó la oportunidad. «Hasta luego.» «¿A qué hora?» contestó la de Lopez, bajando la voz. «Son las diez. A las once.» Juan volvia. «¡Andando!»

criado que le quitó el abrigo le dió las gracias, y ya que no el lábio, el pensamiento estuvo diciendo: ¡Oh! ¡¡Oh!! ¡¡¡Oh!!! toda la noche.

Le extasiaba la altura de techos y lo que en ellos vió pintado. Sintióse acometido de un gran respeto, cuando Morán le dijo que no eran papeles como los de su casa, sino lienzos al óleo, obras de arte que costaban miles de duros. Ante la colgadura de una puerta, hácia la que se encaminaban, tuvo que detenerse. «Morán, amigo mio.» «¿Qué sucede?»—preguntó el otro. «¿Habrá venido ya el ministro?» «Es posible.» «Entonces, éntre Vd. primero. Yo iré detrás.» Y mientras hablaba, tocaba el forro de la colgadura susodicha, y el atribulado pensamiento continuaba su estribillo: «¡Oh! ¡¡oh!! ¡¡¡oh!!! ¡de raso! ¡Dios mio! ¡de raso! ¡oh! ¡¡oh!! ¡¡¡oh!!!» Morán la entreabrió y pasó delante. En aquella habitacion habia hombres, sólo hombres; fumaban. El Sr. Lopez miró de reojo. Ninguno de ellos era el ministro. No los conocia. «¡Buenas noches, Morán!»—dijo un señor desde la butaca en que estaba sentado, sin levantarse, separando el puro de la boca y quebrando la ceniza con el dedo meñique. «¿Quién es ese?» «¡Cómo! ¿No lo ha conocido Vd.?» «¡Yo!» «D. Práxedes.» «¿Pero quién es D. Práxedes?» «Sagasta. El funcionario público hizo una evolucion, colocándose al otro lado del auxiliar. «¡Qué cara tiene! ¿Está malo? ¿eh?» «Sí, de la lucha. Pronto formará Ministerio.» «No me lo diga Vd. No lo quiera Dios.» Y volviendo la cabeza miró de nuevo á Sagasta. Sagasta le miró á su vez, y al pobre diablo antojósele que los ojos del jefe liberal, no expresaron otra cosa sino algo así por este estilo: «¡Ah! ¿Eres tú, buena pieza? Aquí me tienes. Yo soy el que te dejará cesante.»

En el salon inmediato habia ya mujeres. Mucha más luz, más confusion y más ruido. Oíase constante una carcajada. Siempre alguna de ellas se reia. Sonaban las extridencias de los abanicos. Un hombre bajito de cuerpo, viejo ya, de ojos vivos, expresion risueña y bigote y perilla blancos y rizosos hablaba en un grupo, con animacion; al Sr. Lopez hubo de parecerle el desconocido muy poca cosa, pero le extrañó que le rodeasen las damas y le miraran con manifiesta complacencia. ¡Un *don Nadie*, de fijo! Sin esperar la pregunta, Morán, con acento de veneracion, exclamó en voz baja: «¡Zorrilla, el poeta!» «¿Zorrilla? ¿El autor del *Tenorio?*» «El mismo» ¡Y él, que se figuraba que habia de ser un gigante, porque hacia que dieran los actores tantas estocadas en el teatro! Las que rodeaban al vate eran más jóvenes que las que formaban otro grupo, en el que ha-

Morán quedaba en libertad. Supo aprovecharla.

La señora de Lopez, despues de dejar á Rita dormida, cerró las puertas de la alcoba, salió de puntillas, y al presentarse en la cocina, sorprendió á la criada que estaba rendida de sueño, como siempre. «Puedes acostarte. Yo esperaré al señor; anda, hija, que tú trabajas mucho y te levantas temprano.» La pobre mujer no necesitaba que la rogasen.

María encendió por sí misma el quinqué del gabinete, el que estaba sobre la chimenea, uno muy bonito, alto y de forma elegante por su esbeltez, de porcelana azul, con la bomba ó pantalla de cristal color de rosa. Lo llevó á la sala, daba una luz hermosísima. Estaba como de adorno, porque no se encendia nunca. Lo puso sobre el velador del centro, dejándolo á media luz. «A las once ha dicho que vendrá. ¿Podrá venir?» Volvió al gabinete, de puntillas otra vez, y á oscuras y á tientas por ende, buscó, revolviendo entre los frascos del tocador: «Este es.» Y con su presa regresó á la sala. Delante del espejo se perfumó las ropas y, no sólo el traje que llevaba puesto, sino que desabrochándose el cuerpo del vestido, roció allí dentro, en la chambra, en la camisa y llegó

á la carne tres ó cuatro gotas de esencia, en la separacion de los pechos, ¡por si acaso la besaba allí! La boca. Estaba fresca. Pero habia comido. Otro viaje en busca del elixir. Lo tomó sin agua, la fuerza de la menta produjo salivacion abundante. La escupió y se echó el aliento en la palma de la mano, como hacen los niños. Olía bien. No pensó en alisarse el cabello. El, dijo una vez que las mujeres estaban mejor un poquito despeinadas. No puso cuidado en punto á limpieza. Ella no esperaba á los sábados. Sin tener baño redondo de zinc (pensaba comprarlo con los cinco duros del mes siguiente); como Dios la daba á entender, se lavaba todo el cuerpo por las mañanas, utilizando un lebrillo grande y la jofaina, y no de cualquier modo, con agua sola, sino con jabon de olor. Además se habia mudado de piés á cabeza. Levantado el vestido, veíanse blancuras deslumbradoras. De pronto, dióse una palmada en la frente. «¡Las medias de seda! Voy á estrenarlas. No me las puse. ¡Claro! Como yo no sabia esto.» Vuelta al gabinete. Infinitas precauciones para abrir sin ruido el cajon de la cómoda, á fin de que la niña no despertase. Esta vez fué allí mismo, en la oscuridad, sentándose en la primera silla que halló á mano, donde terminó su tarea.

¡Oh! ¡qué atrevimiento! Llamarla así desde la escalera. Podian oir los vecinos. Era ridículo; pero no podia sustraerse á las nuevas fuerzas que dominaban su voluntad. ¿No estrañó el cinismo con que resolvia sus consultas la conciencia? Pues ahora la conciencia, sin duda, la dejaba en pié, inmóvil, como clavada en medio de la sala, arrepentida de todo, hasta de sus actos anteriores. Perfumarse, ponerse medias de seda. ¡Qué vergüenza!

¿Pero no se iba? ¿No comprendia que todo lo que hiciera seria inútil? ¿Qué, era que *ya no queria*? Podian subir ó bajar y verle. La estaba comprometiendo. ¿Qué hacer? Tenia miedo. Dió dos pasos por fin hácia el pasillo; queria oir mejor lo que pasaba en la puerta. ¡Bueno! ¡Ahora tosia! Sin hacer ruido se fué acercando. ¡Dios mio! Si perdiendo al fin la paciencia, dejase estas precauciones y llamara. Entonces, este pensamiento la dió todas las audacias; salvó la distancia, é hizo girar al ventanillo.

—*¿Morán?*

—*¿María?*

—*No abro. ¡Váyase Vd., por Dios!*

Y cerró la mirilla de golpe. El permaneció un segundo inmóvil, contraidas las cejas, cerrando los puños, clavándose las uñas en la palma de

la mano hasta hacerse sangre. Muy pálido, por fin, hubo de decidirse. Bajó despacio; todavía esperaba. Al poner el pié en el último escalon del tramo, volvió la cabeza. Se detuvo. No; no queria abrir. Estaba allí, detrás de la puerta cerrada, ¡oh! sí, ¡cerrada! Mucho más pálida que él mismo, pegando el rostro á la madera; conteniendo la fatiga de la respiracion; fatiga, porque tenia opresion en los pulmones, en el pecho; estaba allí, escuchando. Le oyó bajar; oyó los pasos. ¿Qué es oir? Los sintió, materialmente los sintió, como si Morán pusiera los piés, no en los escalones, sino en ella misma, en su cuerpo. Cuando se detuvo, adivinó lo que hacia; que miraba hácia allí. Estaba cerrado, y sin embargo, fué tal el susto, que puso las dos manos, tapando el ventanillo; luego oyó un suspiro. ¿La queria de veras? Fué un instante no más, pero un instante en que recobró la carne su imperio, hasta el punto de poner la mano en el picaporte. Iba á abrir. Bajaba otra vez el último tramo muy deprisa. Hay ocasiones en que se experimentan deseos de salir al balcon para decir al que vino á nuestra casa, cuando nos deja solos y libres, al verle ya en la calle: «¡muchas gracias!»

Ahora cruzaba el portal. Un coche se paró. El lo alquilaba sin duda. Sonó como un tiro la por-

dé Vd. tratamiento.» De buena gana el ministro futuro, á la oportuna llegada del ministro presente, hubiese echado á correr; pero Morán, que quieras que nó, hízole avanzar dos pasos. Su excelencia los acogió con urbanidad exquisita. «¡Ah! ¡El Sr. Lopez! Estoy muy contento con usted.»—«Y yo con Vd.»—balbuceó el funcionario. Recibió un codazo de Morán, y se mordió el bigote. El ministro celebró la réplica, que calificó de graciosa. «Tiene Vd. ingenio.» ¿Ingenio? ¿Pero no habia dicho una tontería? Ello es que no pudo resolver estas dudas, porque á poco el Consejero de la Corona se vió rodeado por tres ó cuatro indivíduos más; fué preciso saludarle y separarse de él. «A la segunda vez que le hable,—dijo Lopez,—le indico algo respecto á mi ascenso. ¿No le parece á Vd., Morán?»—«Haga Vd. lo que guste.» Morán recobraba su mal humor. «Debe ser muy tarde; vámonos.» Pero Lopez objetó que era temprano, que no se habia servido el té. Durante su abandono y soledad, en una de aquellas excursiones hechas para distraerse, pasó por el comedor, el famoso comedor de pino, y vió preparado el *buffet;* vió las pastas, los emparedados, los fiambres, las rebanadas de manteca, las tazas. ¿Y sabe Vd. que aquellos muebles son bonitos? El pino parece muy bien. Tiene una veta

preciosa.» No hubo más remedio que acceder y quedarse.

Por último, á las tres de la madrugada, en la Puerta del Sol, los dos amigos se separaban. El Sr. D. Juan Lopez, dando á Morán el último apreton de manos, de aquella, para él, memorable noche, le decia: «No sabe usted cuánto le agradezco esta presentacion. No. No lo sabe usted. No podrá figurarse nunca el inmenso favor que me ha hecho con ella.» El sí que lo ignoraba. Su gratitud, expresada en aquellos términos, era más discreta de lo que pudiera suponer y más acertada de lo que Morán quisiera. «¿Hasta mañana? ¿eh? ¿Hasta mañana? ¿Irá Vd. á vernos, como siempre?»—«No sé. Puede ser.»—«Nada, nada, es preciso. No admito disculpas de ningun género. Hasta mañana.»

Subió por la calle de la Montera, camino de la de la Justa. Morán se detuvo á verle andar. Ridículo, imbécil; pero al fin y á la postre, dueño y señor de la mujer que codiciaba. ¡A este sí que le abririan la puerta!

—Ya lo creo,—dijo en voz alta, pues tal era la fuerza de su pensamiento;—ya lo creo. Volveré mañana.

---

lificaba de ridiculeces. Ahora cerraba los ojos ante la evidencia. Experimentaba una poderosa sobreexcitacion. «No lo querrás creer, pero tengo ganas de dar saltos y brincos. Me cosquillea todo el cuerpo.» Luego, como si se le hubiera olvidado decir una cosa muy importante, dejó de hablar de sí mismo para reanudar el tema de los condes de San Marciano.

—«¡Ah! ¿No sabes? Es una de esas casas que tienen alfombrada la escalera.»

Le extrañaba mucho que su mujer no se deslumbrase con este detalle. Nada, decididamente no se acostaba hasta que tuviese ganas de dormir.

—Pero ¿qué vas á hacer levantado? Mañana á las once tienes que estar en la oficina.

—«¿Y qué? Ya iré por excepcion un poco más tarde. El ministro es amigo mio.»

Mariquita sonrió. Tenia imbecilidades aquel hombre que, como algunas frases de los niños, provocaban la risa, casi agradaban. Una estupidez que se confundia con la inocencia. Sentóse el funcionario frente á frente de la silla en que su mujer continuaba desnudándose. La interrogó. ¿Qué habia hecho desde las diez hasta las tres? De seguro que estaria aburrida. ¡Sola tantas horas! «¿Como si lo viera, habrás echado tu sueñecito en el sofá de la sala? A las diez nos fuimos, pues á las once apuesto que dormias.» La señora de Lopez se extremeció. «No. A las once estaba muy despierta.» Juan empezó á lamentarse de lo escaso de sus recursos, de la cortedad del sueldo, porque el dinero tenia la culpa de estas cosas. Si él tuviera para tirar de largo, en lugar de ir solo á los bailes, iria, como es natural, con su mujer. Pero no habia que pensar en eso. Un hombre con tener un frac decente, un pantalon negro y un chaleco abierto, puede alternar con los príncipes, y no hace mal papel en ninguna parte; pero las mujeres es distinto. Para cada reunion un traje nuevo, y cada vestido cuesta, por modesto que sea, dos ó tres mil reales, y eso no siendo ninguna cosa del otro jueves. ¡Y poco que gozaria él entrando en casa de los condes de San Marciano con su María del brazo!

Era un charlar interminable. Y mientras hablaba seguia con la vista todos los movimientos y actitudes de su mujer. De improviso, en medio de una frase, se detuvo.

—«¿Cómo? ¿Has estrenado las medias de seda? Esta mañana no las llevabas puestas.»

Tal fué la impresion recibida, que no supo dar la réplica. Conocia que era necesaria, ineludible, y más aún, que el silencio en aquel primer mi-

rando las botas lejos de sí, y la camisa al suelo. Dió á la luz un soplo capaz de apagar un incendio, y se acostó. En la oscuridad dijo: «Mañana hablaremos.»

«¿Mañana?» María decidió que no se hablara más de ello. Lo decidió en la oscuridad, abrazada á su hija, estirando las piernas en el lecho. Juan en el suyo no dormia. La señora de Lopez oia respirar con fuerza. Era la batalla. ¡Pobre hombre! Estaba celoso. Debia sufrir mucho. No se perdonaba María su distraccion. Pero tampoco era motivo para despertar sospechas, y sobre todo, las sospechas de Juan. No le suponia ella tan listo. Y la queria á su manera, pero que la queria mucho, era indudable. Estaba insomne, pensando una porcion de cosas que la ofendian, creyéndola una indecente, una perdida, que se acicalaba y estrenaba medias de seda, aprovechando la ausencia del marido, para recibir á los amantes y enseñarles las pantorrillas. «Eso es lo que piensa de mí.» Hubo de confesarse que dominaba en estas ideas un gran acierto. Eso debia haber pasado. Eso... si al oir los golpes que daba Morán en la puerta con los nudillos, hubiera abierto. Bendito temor, remordimiento, vergüenza, ó lo que fuera aquello que la dominó de repente. «No abro, Morán. ¡Váyase Vd., por Dios!» Habia sucedido una cosa que la recordaba dos versos muy traidos y llevados, muy repetidos, y que por serlo tanto, ella conocia, y se aprendió de memoria. Siempre los ponian los periodistas en la miscelánea política, sirviéndose de ellos para comentar lo que otro colega decia, como gracia hecha á propósito para la polémica, y cuando no podian salir del paso con aquello de «Arrojar la cara importa,» etc., los aplicaban. Eran éstos.

«Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuese... y no hubo nada.»

¡Eso! No hubo nada. Ella se mudó de piés á cabeza, se lavó, se perfumó, se puso las medias. Morán vino, llamó. Y tuvo que marcharse furioso, desesperado. Daban ganas de reir. ¡Vaya un paso! Y aquel infeliz que seguia revolviéndose entre las sábanas, respirando como un ballenato, sufriendo. ¡Era su marido! Un hombre muy bueno, que la queria mucho. «¡Rita, hija mia!» Rita contestó ya entre sueños. Se estuvo entonces muy quieta para que acabara de dormirse. «Mañana hablaremos.» ¡Por supuesto! Mañana no se hablaria de semejante niñada. Los celos iban á quedar extinguidos en seguida, en cuanto Rita cogiera el sueño por completo. La boca le olia á

VI.

A las doce, muy dadas, despertó el trasnochador, y al despertar, como es lógico, no sabia qué hora era. Supuso que, puesto no le habian llamado aún, faltaba bastante para las once de la mañana, y que la costumbre de levantarse una hora antes, ó sea á las diez, habíale quedado á salvo de los retrasos con que discurre la pereza. Miró de reojo á la otra cama. No habia nadie. Habíase vestido, sin duda, muerta de miedo, sin hacer ruido. Estaria... de fijo en el comedor, llorando. Llevaba su merecido. Y que tuviera en cuenta que no la perdonaba, que no la perdonaria nunca; si sufria, lo hecho eran tortas y pan pintado para lo que faltaba por hacer. ¡Ya veria, ya! Empezó á reflexionar acerca de lo ocurrido, y á poco de la reflexion púsose muy sério. Volvió la angustia, la intranquilidad, una cólera inmensa, una tristeza inmensa tambien. ¡Los nervios! Otra vez los nervios, en los que no habia creido nunca. ¡No eran los nervios, no! El caso presente, con toda su gravedad, era lo que le pesaba, lo que le oprimia el pecho, estorbaba la respiracion fácil, y llegaba hasta producirle un malestar en el estómago. Con la impresion recibida, de fijo que la cena del baile le habia sentado mal. Y es que hasta entonces no supo el daño que hace eso, de que todo el mundo se rie, el que, no una mujer, sino la nuestra, la que lleva nuestro apellido, nos engañe. ¡Adúltera! ¡Una mujer adúltera! ¡Dios mio! ¡En qué se puede conocer eso, cuando Mariquita tenia la cara lo mismo que las que no faltan á su marido! Esto que se le ocurrió, no hubiera dicho el ministro que era ingenioso, porque á él mismo le parecia una sandez. Y estaba allí en la cama, perdiendo el tiempo, esperando á que le avisaran para el almuerzo, á que llegase la hora de la oficina, haciendo, en fin, lo que todos los dias, como si no se hubieran alterado en nada existencia, sentimientos y costumbres. ¡Oh! tenia que levantarse, aunque no le llamaran; tenia que verla, hablar con ella; tenia que resolver algo. No parecia sino que él era el criminal. Sentia miedo. Temblaba ante la idea de tal entrevista. ¿Qué iba á decir? ¿Y ella trataría de defenderse? No, cuando

El mísero tuvo la vision clara de lo que habia hecho. Sí; la mujer deseosa de la reconcilacion. ¿Qué más prueba de inocencia? Las que no aman á su marido no hacen eso. La mujer, abdicando de las reservas, arrollando la timidez propia de su sexo, estaba allí, ofreciéndose enamorada, de pié, cogiendo frio, arrostrándolo todo por salir al encuentro de la caricia.—«Vamos, Juan, vengo á hacer las paces. Hazme sitio.»—Y él se atrevió á decir:—«¿Has perdido la vergüenza? Vuélvete á tu cama; déjame en paz.»—No replicó; la oyó acostarse sin llorar, sin una queja. ¡Ah! era peor que todos los bofetones, que todos los latigazos; algo más innoble, más degradante. Como si Juan Lopez, levantando la mano, la hubiera azotado. Cada palabra un azote en las nalgas, aprovechándose de que estaba desnuda.

Y la queria á su modo, y cuanto él podia querer. Tres años de vida conyugal, ¡tres años! ¿Cómo es posible que no aparezca y ahonde el cariño en ese tiempo? Casi estaba por decir que la mayor cantidad de amor era la suya. ¡Oh! ¡seguramente! Habia motivos para que sucediese así. Era lógico. Su vida de soltero fué triste, miserable, de penalidades sin cuento, nula en punto á afecciones; pagaba la casa, la comida, las atenciones, los cuidados y las medicinas cuando

estaba enfermo; todo era de pago y todo barato, es decir, malo, aborrecible, odioso. Por hogar una alcoba interior con ventana á un patio. Por comida cualquier bazofia. Tuvo calenturas, y compraban los antifebrífugos en las droguerías; se agravó, y avisaron al médico de guardia en la Casa de Socorro; torció el gesto al tomarle el pulso, y volviéndose declaró:—«Como siga mañana lo mismo, habrá que llevarlo al hospital, si no quieren ustedes que se muera dentro de casa.»—«¡Ay! No, señor! ¡En casa! ¡Un muerto aquí! ¡Dios nos libre! ¡No faltaba más!»—No era infamia; no podia quejarse. Entre los que le rodeaban no vió ni un sólo sér querido. Eran extraños á él, y como á extraño le trataban. Llegaban esas fiestas de la familia que consagra la religion cristiana, que respetamos los descreidos, porque seria estúpido no respetar la fé de nuestros padres, porque era de ellos y porque era fé. Llegaba el horroroso dia de Difuntos, la alegre Noche Buena, la mañana del Domingo de Ramos, llena de ondulaciones de palmas, llegaba todo esto, y Juan Lopez, frugal por temperamento, honesto por hábito, parco en la bebida, despues de pasar dos horas mirando cómo resbalan las gotas de la lluvia en los cristales, ó cómo enrojece y enciende los límites del horizonte el sol á la caida

La cocinera recogió una punta de su delantal y empezó á retorcerla con las yemas de los dedos.

—¿El señorito no vá á la oficina?

—No lo sé, creo que no. Se figurarán que estoy enfermo.

—Es claro, ¡y por un dia! Tambien conviene á veces echar una cana al aire.

Y volvió á sonreir.

—Está bien; haz lo que tengas que hacer. Ya te llamaré si te necesito.

Hizo ella un mohin, y le volvió la espalda.

—¡Ah! Espera; tienes razon. No es justo que porque yo no tenga apetito estés tú en ayunas. Anda, hija, almuerza cuando quieras.

Quedó otra vez entregado á sus desesperaciones. ¡No volvia! estaba ya completamente convencido de que Mariquita y la niña habian salido de aquella casa para siempre. Le dejaban, le abandonaban. Pero con sobrado motivo, ¿ó es que se figuraba que su mujer no era de carne y hueso como las demás, que no tenia amor propio? Lo que él habia hecho no lo hace nadie. Lo que habia dicho, nadie lo dice más que para que suceda despues alguna catástrofe. ¡Oh! qué distinto hubiera sido si no dejándose llevar de rencores absurdos, de imbecilidades, como la de sospechar que su mujer tenia un amante, porque la veia estrenar unas medias de seda (¡para eso las habia comprado, para estrenarlas alguna vez, cuando la diera la gana, cuando tuviera ese capricho!) no dejándose llevar de la enemiga, al sentir la mano mórbida que buscaba en las ropas de la cama el bulto de su cuerpo, al oir aquellas palabras: «Vamos, Juan, no seas tonto, eso no tiene sentido comun. Vengo á hacer las paces, hazme sitio.» Si en lugar de rechazarla, en vez de traspasar los límites de la más brutal grosería, atrayéndola hácia sí, cogiéndola en sus brazos, hubiese contestado: «Sí. Eso no tiene sentido comun. Pero no soy tonto, no. Vienes á mí, pues ya no te suelto. Sitio, aquí lo hay.» Y cubrirla de besos. De fijo que estaria como siempre, limpia y perfumada. ¡Digo! y con las malditas medias de seda. El futuro ministro podia soñar que al volver del baile aristocrático, habia ido á buscarle á su cama una princesa. Una de esas aventuras que contaba Morán, y que hacian sospechar que la mayor parte de las veces, aunque sabia disimular y lo ocultaba, era el narrador el protagonista.

¿Y no volveria su mujer? ¿Acaso se figuraba

—¡Quiere Vd. ya el almuerzo!... ¡Eh! ¿Qué es esto?... ¡señor! ¡por Dios!

La sujetaba bien y la llevó á viva fuerza. No hubo casi resistencia. Devolvió los besos y se reia á la mitad del trayecto. Tropezaron.

—¡Que nos vamos á caer!... ¡qué atroz es Vd.!...

¡Ah! ¡La hembra! Allí estaba, aquella mujer no era más que eso, ¡una hembra! Le satisfizo.

—¡Qué señoritos estos!—exclamó la fregona á la postre, por único comentario,—¡todos son iguales!

Luego arregló el desórden de la cama, instintivamente, por razon de la naturaleza adquirida en la servidumbre.

—Oiga *usté*, señor, me vá *usté* á aumentar un duro en el salario todos los meses.

El la miraba con sorpresa; asombrábase de ella y de sí mismo. Ahora sentia una angustia terrible, una repugnancia que le irritaba, que le encolerizaba.

Tuvo una sospecha.

—¡Tú sabes donde está la señora! Tú lo sabes y no has querido decírmelo.

—¡Porque ella me lo mando! *¡mia tú!*

—¡Por vida de!... Vas á decírmelo á escape.

Y se acercó amenazador.

—¡Ave María! No me vaya Vd. á comer ahora.

—Habla.

—Toma, pues, ¿*aonde* ha de estar? ¿*En cá* su madre?... ¿Y ahora qué hace usté? ¿Se vá usté? ¿A la calle? ¿Sin sombrero?

—Es verdad.

Se lo puso y bajó los peldaños de la escalera de dos en dos. Afortunadamente para él, los funcionarios públicos no tienen para alfombrarlas con tapices rojos, y así no estuvo expuesto á rodar por el tramo.

Por la calle iba calificando sus actos, los que acababa de realizar. Sospechar de la mujer, acusarla de adulterio, cuando era inocente, y luego cometer él la deslealtad de incurrir en aquel adulterio de que acusaba, ¿y con quién? Más que nefando era ridículo. Con una criada, con *la fregona*. Tuvo precision de llamarse lo que era: COCHINO.

¡Oh! su mujer. Andando tardaría mucho en llegar. Alquiló un coche que, por ser la distancia poca, en cinco minutos, por más que fueran como siglos para su impaciencia, llegó y se detuvo ante el portal de la casa donde vivia doña Dolores. Esta, en persona, le abrió la puerta.

—Aquí está María. Vengo por ella.

—¡Válgame Dios, hombre, válgame Dios!—replicó la suegra.—¿Qué cosas tienes? Aquí está,

marido y mujer. Bajo el mismo techo, pero separados.

Estaba vengándose y se vengó bien.

—Por la noche dormirás en un colchon en la sala. La niña y yo en la alcoba del gabinete.

—¡María!

—Con esa condicion vuelvo.

Y levantándose:

—Vamos, cuando quieras.

Doña Dolores le dijo en voz baja rápidamente:

—Accede, eso es hoy. ¡Un pronto! ya se le pasará.

La señora de Lopez insistió.

—Ha de ser, ó me quedo. Dí sí ó no.

El hombre bajó la cabeza.

—Sí.

Así volvieron á su casa. La cocinera los recibió con una sonrisa indefinible á Juan; á la mujer, con grandes demostraciones de respeto.

Luego, y aprovechando una ocasion, dijo al marido:—«No tenga usté *cuidiao*. Por mí no sabrá nada.»—Juan Lopez se avergonzó.

VII.

Fueron unos dias muy tristes. Esperaban los dos con verdadera impaciencia á que anocheciera y viniesen gentes extrañas á interrumpir todas las violencias de su soledad.

«Estamos á todas horas, venga quien venga,» habia dicho la señora de Lopez á la criada; y si nadie se presentaba, vestíase antes de la hora en que Juan regresaba de la oficina y salia de tiendas ó de visitas. Para hacer tiempo hasta la hora de comer. Comian hablando con la criada ó con la niña, pero sin dirigirse jamás la palabra el uno al otro, y pretendiendo dar á todo aquello el mayor carácter de naturalidad.

Morán era muy asíduo. Llegaba siempre á la misma hora, á los postres, tomaba café con ellos, y quitado el servicio, apuradas las tazas, jugaban al tresillo. Cada noche se retiraba más tarde. «¡No se vaya usted! ¡Todavía es temprano!»—Le

ningun extremo de voluptuosidad y de refinada lujuria á que quiso llevarla el pensamiento. No era inocente, y cuando, saltando de la cama, fué á ofrecerse al marido, acudió la primera en busca de la reconciliacion; hízolo así, ella, altiva, hermosa; ella, olvidada del pudor en aquel instante, porque el pudor, la altivez y la hermosura reconocieron como necesario este sacrificio; porque *la conciencia*, aquella conciencia que cuando no veia el peligro de cerca echaba bravatas, y parecia una verdulera, la conciencia dijo á la señora de Lopez que hiciese aquello, porque necesitaba ser perdonada. Pues bien; cuando el criminal pide el perdon con verdadero arrepentimiento, lo pide ya, no como súplica, sino como mandato; lo exige porque arrepentido tiene derecho á él; negárselo es locura, es cerrarle el paso á la vida honrada, volverle á los caminos que ódia, condenarle al crímen, y el que es ladron, no tiene nada de extraño que sea, desesperado ya, ladron y asesino. Esto fué lo que ocurrió. Por esto la señora de Lopez, arrepentida de un adulterio que no llegó á cometerse, guardaba tanto tiempo rencor á su marido.

Juan adivinaba la magnitud del odio, en la expresion dura de la voz y de la mirada. Por eso no se atrevia á la protesta. Quejábase y desahogaba sus penas con doña Dolores, á la que iba á ver todas las tardes, despues de la oficina, de cinco á seis y media, en el tiempo que faltaba para la hora de comer. «Me vengo aquí, porque mi mujer de fijo salió, y no quiero estar solo en casa. Ahora huye de mí y hace eso. Cuando podemos vivir juntos, ella vive en la calle. Por la mañana á misa ó á las tiendas; por la tarde de visitas ó de paseo.»—«¿Pero todavía dura?»—Preguntaba la suegra sorprendida. «Todavía, y sabe Dios hasta cuándo. ¡Vaya un carácter que tiene su hija de Vd!»

La madre llegó á declarar que esta conducta era incomprensible. «Aconséjeme Vd. ¿Qué debo hacer?»—gemia el mísero.—«Háblala.» Juan prometia tener con su mujer una entrevista, íbase resuelto; pero en el momento en que trataba de ello, á la primera palabra, Mariquita, dejando la servilleta sobre el mantel é incorporándose á medias:—«Vas á obligarme á que deje de comer contigo.»—«Pero mujer, escucha.» «Sigue y llamo á Manuela, y le doy órden de que todos los dias nos sirva la comida aparte.»—Era para volverse loco. La suegra, al enterarse de estos detalles, no supo ya qué aconsejar.—«Hijo ¿qué quieres? no te queda más recurso, que hacer las paces por sorpresa.»—«¿Por sorpresa?»—«Es claro. Cuando

afrenta. El, no. El acudió á la cita, y ante la súplica y la negativa: «No abro. Váyase Vd., por Dios,» comprendió el miedo, el arrepentimiento, las vacilaciones, todo. ¡El sí que sabia entender á las mujeres! A la noche siguiente, lejos de faltar, se presentó como si nada hubiese ocurrido, saludó como siempre, habló de los mismos asuntos frívolos, pero entretenidos, y ni una alusion, ni siquiera una mirada, como si lo pasado fuese cosa soñada. La caballerosidad más cumplida. Aquél era todo un hombre.

«Perdone Vd., Lopez, pero las señoras tienen para mí voto decisivo. Aguante Vd. el sueño ó duérmase, porque lo que es yo, me quedo hasta la hora de siempre.»—Juan se mordió los lábios, pero tuvo que resignarse.

Fué un retraso de hora y media. A la una terminó la partida de tresillo. Cuando Morán se fué, marido y mujer quedaron solos; la señora de Lopez se levantó con presteza. «Puesto que tanto sueño tienes, pronto estará todo.»—La tarea de siempre. Llevar los colchones á la sala, hacerle la cama en el suelo. Juan seguia á su mujer y miraba estos afanes conteniendo picarescamente la carcajada.

—Ya está. Buenas noches.

—Buenas noches.

María regresó al gabinete. Tambien iba á acostarse. Cerró la puerta y la oyó correr el pestillo. Esta vez, como ya no podia verle, una sonrisa, la sonrisa aquella del sátiro, abrió sus lábios desmesuradamente.

Él tambien empezó á desnudarse; cuando lo hubo hecho apagó la luz; pero no se acostó, quedó sentado sobre los colchones. Esperaba. Se habia propuesto dejar que trascurriese el tiempo necesario para que María estuviese ya dormida. Como decirse suele, el bueno de Juan no las tenia todas consigo. La escena podia ser terrible, de fuerza, de gritos tal vez, de resistencia desesperada. ¡Oh! ¡A cualquiera que le dijesen que tenia que apelar á semejantes medios con la mujer propia!... ¿Pero por qué le odiaba? Porque estaba seguro de que era el ódio lo que iba á luchar con él á brazo partido aquella noche. Iba al encuentro del enemigo. Tenia los miedos que preceden á la batalla. Y tales y tantos, que estuvo á punto de volver sobre su acuerdo, renunciar á sus propósitos, no ir, acostarse. Pero no, seguir viviendo de aquel modo era imposible. Puesto que para romper las trabas era forzoso apelar á la violencia, á la violencia acudiria, á la lucha, á cuanto exigieran las circunstancias. Llegó un momento en que se figuró horrores. La sujetaria

sentia... ahora ya no te quiero... no puedo quererte... y como soy leal te lo advierto, te lo digo... no te hagas ilusiones, no tengas ninguna esperanza; cuando estas cosas se pierden es que desaparecen, no se recuperan nunca... lo repito, no te quiero... porque es ya imposible... pero no puedo permitir que se establezca una série de asechanzas repugnantes como la de esta noche... yo creí que tendrias siquiera la resignacion, alguna cualidad superior que podria realzarte á mis ojos... que respetarias lo convenido... y así ¿quién sabe? Así alguna probabilidad quedaba, no ya de reconquistarme para el amor, sino de inspirarme la estimacion... en tí predomina la materia, y no eres capaz de detenerte ante ninguna grosería que te imponga la carne... pues bien... ya puedes alegrarte... yo haré por deber, y con enojo, entiéndelo bien, porque los deberes de este carácter, y hasta cuando no lo son, la naturaleza humana los tiene por enojosos; haré por deber lo que ni por la fuerza, ni por el cariño conseguirias nunca de mí... eres mi marido... como dice la Iglesia... reclamas el *débito*... yo, tu mujer, estoy dispuesta á obedecer... seguirás durmiendo en esta sala, ó dormiré yo aquí con la niña, y te dejaremos libre la alcoba; continuaremos separados de habitacion dentro de la misma casa... cuando me necesites

como esta noche... me llamas... eso despues de todo es asqueroso, pero lo es ménos que lo que tú intentabas hacer.

Juan suplicó, rogó, protestó de su cariño... de su arrepentimiento. Era cierto [illegible]oia cometido torpezas, brutalidades, pero en adelante se enmendaría; lo pasado le serviria de leccion.

La señora de Lopez callaba. La cogió en sus brazos, no opuso la menor resistencia. Se dejó besar, y él, frenético, no reparó en que sus besos no eran correspondidos, en que sus caricias resbalaban por una carne insensible y como paralizada. Al contrario, llegó á confundir aquella docilidad con el disimulo de un deseo sentido con imperios iguales á los suyos. Llegó á creer firmemente que la inmovilidad era forzada, que se estaba conteniendo y que no podria. ¡Pudo! Cuando sació Juan sus instintos de bestia, se levantó de un salto, se separó bruscamente y sin una palabra, con aquel mismo silencio terrible, impuesto á su boca, despues de haberla dejado pronunciar las frases que dejó copiadas, huyó de él, regresó á su gabinete, á su alcoba, á su cama.

—¡Bah! Lo principal está conseguido,— terminó Juan filosóficamente.

Y se volvió del otro lado, se quedó dormido como un cerdo en la pocilga. Soñó que contaba

como una burla sangrienta y vuelve. ¡Oh! porque tenia mucho talento; porque leia en el fondo de las pupilas del sér querido como en un libro abierto. Porque se sabia de memoria todo lo que en el momento crítico ocurrió en el ánimo de la señora de Lopez. Porque estaba seguro del amor, y con el amor sólo le bastaba. ¡Ella! Mariquita Rodriguez inspiraba pasion, verdadera pasion á Morán, á un sér así. ¿Entónces no era una mujer tan vulgar como se figuraba? ¡No! No debia serlo. Aquellas mismas repugnancias que sentia por la grosera naturaleza de su marido, confirmaban como justa y válida la rectificacion de los juicios formados por la modestia. No era vulgar, porque elegia cosas que no tienen importancia más que para los delicados.

Hizo una especie de exámen de conciencia en punto á sus predilecciones. Le gustaban las flores y los brillantes, pero mucho más las flores, hasta el punto de parecerle imposible que á ningun joyero se le hubiera ocurrido engastar un jazmin, cerrado todavía, con preferencia á una perla, ó hacer un broche de una azucena, ó convertir las guirnaldas en diademas y brazaletes. Le gustaban, como á Morán, los hermosos muebles y las obras de arte; entendia perfectamente la palabra misteriosa que dice á los ojos el color

puesto en el lienzo, y la frase con que la nota hiere nuestros oidos. Era perezosa, porque en las posturas indolentes, y dejando el cuerpo inmóvil, vivia, se movia inquieto el pensamiento, y pensar tambien la gustaba mucho. Hubiera envidiado á los que iban en coche, á no sentir algo más elevado que la envidia; cuando una mujer la miraba, reclinándose en los cogines de un landeau ó de una victoria, ella, desde la calle, á pié firme en la acera dejábala pasar, y sus ojos contestaban á los de la altiva dama: «No es que lo he dejado en la cochera. Aunque parece mentira, es que no lo tengo.» En cuanto á las telas ricas, cuando iba á las tiendas y las tocaba, sentia estremecientos nerviosos de placer en las yemas de los dedos, é impulsos de robar, de ser ladrona; los perfumes la embriagaban como á los orientales; acercábase el pomo de esencias á las narices y cerraba los ojos, y la titilacion de las pestañas, la boca entreabierta, la aspiracion voluptuosa, todo indicaba, no que olia, sino que se entregaba á la satisfaccion de un arraigado vicio. Y así, de todos estos elementos echaba mano para levantar con ellos el palacio de sus sueños. Un verdadero castillo en el aire. ¡Y luego decia que no era romántica! Añadia que era forzoso sujetarse á la realidad hasta para el amor, cierto, pero su modelo de

veces cuando iba á esperar á su marido, cuando su marido tenia aquel mismo empleo, pasear por allí hasta la hora en que se cerraba el Tribunal; hacerse la encontradiza, y luego... luego nada... todo lo habia fiado á la inspiracion del momento. No se le ocurrió una sola idea. Además miraba con recelo á la calle, á los transeuntes. Aquel rasgo de caballerosidad del hombre de mundo, llegó á molestarla. Tanto como el que la diese el nombre más respetuoso, el de su rango. *Señora.*

Habíala llamado de otro modo. En el comedor, cuando se quedaron solos aquella tarde. ¿No se acordaba ya ó no queria acordarse?

—¿Está Vd. temblando?—observó Morán.

—Temo que nos vean. Que pase por la calle algun conocido. El mismo Juan. Puede dar la casualidad...

—Tranquílicese Vd. Juan, como siempre, estará visitando á su suegra.

Lo dijo con finísimo acento de burla; ¡oh! ¡tener un marido así! ¡qué vergüenza! Quiso ponerse á salvo del ridículo.

—Es verdad,—contestó en el mismo tono;—me olvidaba de que Juan es un pobre hombre.

—Un buen hombre,—corrigió el elegante;—muy bueno, muy honrado, laborioso, y... la quiere á Vd. mucho.

La señora de Lopez no se contuvo ya. Mordió con presteza el pañuelo, pero fué inútil. El sollozo salió y tuvo que acudir á los ojos que se le llenaban de lágrimas.

—¿Cómo? ¿María? ¿Llora Vd. ...

María. Habia vuelto á llamarla como antes. Se abandonó, echó la cabeza hácia atrás para no ser vista, y dejó al pesar todo desahogo.

—¡Morán, Vd. no sabe, soy muy desgraciada!...

Él se apoderó de sus manos.

—Conténgase Vd. Van á verla. Los que pasan creerán que soy yo, que llevo á las mujeres en coche para martirizarlas, para hacerlas llorar.

—¡Oh! ¡Vd.!—No se puede expresar la protesta con más energía.

Morán bajó el cristal delantero.

—Calle de Serrano, número...

María se sorprendió.

—¿Qué ha hecho Vd.? ¿A dónde vamos? ¿Qué señas son esas?

—Las de mi casa.

La señora de Lopez se irguió, pero sin rencor alguno.

—¿Está Vd. loco?...

La mirada de Morán fué desdeñosa, y acompañó á la palabra.

—¡No sea Vd. ridícula!

paredes, sobre repisas ó colgados, los vaciados en yeso, mitades y trozos del cuerpo humano, y luego alternaban con estos los bibelotes, los ladrillos ingleses, las telas japonesas, los platos antiguos, las figurillas de barro cocido, los esmaltes, las peinetas monumentales de concha, los brocados de iglesia; en dos rojas panoplias armas de acero relucientes, arcabuces, flechas y lanzas de las tribus salvajes. Mareábase la vista, y con el mismo mareo, se recreaba.

Tambien Morán, como el conde de San Marciano, Morán, el esclavo de la moda, habia empleado la manta jerezana de colores chillones y múltiples madroños, para las colgaduras de las puertas, para la sillería. A un lado veíase un arcon del siglo XVII, un armario de macizo roble que deberia ser tambien de la misma época. Aquella era la morada de un bohemio del arte, de un ecléctico hijo del siglo actual.

Habia allí olor especialísimo, además del agradable de la pintura al óleo, y el del único perfume que Morán usaba, olia á piel de Rusia, á tabaco habano, *olor á buen mozo,* que dicen algunas señoras casadas, como la de Lopez.

Miraba la mujer á la habitacion y á su inquilino. Habíase éste despojado de su abrigo de entretiempo y mostraba su gallardía y la correcta

elegancia de los menores movimientos. María no lloraba, no. Susto ni desconfianza sentia al verse allí, ni acordábase ya de... que á este sitio la trajo. Vió un macetero con begonias, drágenas y gomeros, plantas en que la naturaleza esmeró sus caprichos de color, no para producir la flor, sino la hoja, y sin poderse contener: «¡Dios mio! ¡qué bonito!» Se levantó y se acercó. Ya puesta de pié no volvió á sentarse; sobre un velador de laca, tropezaron sus manos con unos guantes, y un bote de Atkinson; era la esencia de piel de Rusia; sin acertar á dominarse llevada de sus gustos, hizo girar el perfumador y se roció la mantilla.

—¡Ah! aquí huele á esto mismo.

—El perfume que yo uso,—contestó Morán, que habia vuelto á sonreir.

Ella devolvió la sonrisa.

No era posible hacer otra cosa. Ibase el sentimiento hácia el placer y los lábios se entreabrian. La vida quedaba allá abajo, y las gentes que vivian mirábanse como un hormiguero. Los deberes, la virtud, ¡Dios mio! ¡sí! son cosas de que hablan las hormigas humanas, el trabajo lo practican, y ganan su subsistencia, con arreglo á la condenacion bíblica, pero en aquella morada, alegre y alta como un nido puesto en la cima del árbol, en aquella morada, no se podia hablar ni

los altares la engañaron miserablemente, puesto que los ministros de Dios tenian poder para atar, pero no para desatar, y cuando el nudo resultaba mal hecho así se quedaba, á no ser en casos que ocurren, cuando las semanas no tienen jueves.

¡Su marido! Su verdadero marido allí estaba; era aquel, Morán, en el cual se reunian, llegando hasta el talento la inteligencia, el corazon hasta el sentimiento, hasta la elocuencia la palabra. Aquel era, aquel debió ser su marido, y aquella habitacion la suya, la de los dos. No era, no, la cita del adulterio. María de pié, mirando *sus* macetas, perfumándose con el perfume *suyo*, tocando distraidamente el teclado del abierto piano, riéndose al ver la barrica, al informarse de la explicacion que daba Morán, para convencer de lo útil que era como taburete, pero riéndose por fin á carcajadas, y exclamando al dirigirle una mirada en medio de la risa: «Hasta en eso, no se parece usted á nadie.» «¿En los taburetes?»—preguntó el elegante.—«Nó. En el ingenio.» María, así, confiada, tranquila, despierta y viva la imaginacion, agil y suelta, al andar, pudiérase decir que estaba con el elegido de su corazon y en aquella habitacion como en su casa.

Morán tambien estaba contento, con esa alegría reposada y varonil que se manifiesta, mejor

que por la risa y el grito, por ser pródiga en solicitudes y atenciones á la mujer que nos la proporciona. Abrió el armario de roble y puso sobre el velador lo que él llamaba sus chucherias. Morán tambien tuvo la hermosa cualidad de ser goloso. «Siempre tengo dulces,—esplicó, —en esto ya me parezco...»—¿A quién?—«A las mujeres.» «Comamos.»

Sentados frente á frente ella entornaba los ojos, y con los dientes menudos y fuertes, mordia las almendras, los caramelos; á poco con el almíbar le relucian los lábios. Morán los llegó á mirar con el mismo deseo que á las golosinas.

—¿Es Vd. poeta?

—Ya lo creo. Un gran poeta.

—Léame Vd. versos.

—¿Mios?

—Sí.

—Precisamente yo no hago versos. Mi género de poesía es ese.

—De pronto quedáronse los dos callados y sin osar mirarse. Se acordaron de que habian ido á encerrarse entre aquellas cuatro paredes para algo más que para reir, perfumarse, charlar, comer dulces y hablar de la mejor poesía. La señora de Lopez sintió un malestar y una amargura infinitos. Todo este cambio fué debido

dentro de una hora me tienes allí.» «Sí, no dejes de ir.» El tranvía se acercaba presurosamente. «Guárdate esta llave, María. No quiero que me esperes en la calle. Por hoy pase.» «¿Esta llave?» «Es la de la puerta. Subes desde mañana, entras y cierras. Si es que yo no estoy ya esperándote.» Mientras hablaba hizo señas al cobrador del tranvía que iba en la plataforma. «Hasta luego.» «Hasta dentro de poco.» Y la dió la mano galantemente para que subiera al vehículo.

Cuando el tranvía se puso de nuevo en movimiento, la señora de Lopez sintetizó el hecho en estas frases: «No podia suceder otra cosa, y tenia que ser de este modo.»

VIII.

Lo externo, ¡caso singular! mirándolo bajo este nuevo aspecto, tenia para la adúltera colores vivos, notas altas, mayor relieve, variedad, animacion, movimiento y vida. Y en cuanto al pensar y el sentir, tambien se modificaron: experimentaba orgullos extraños, como los que deberian henchir los vientres de Leda, Europa, Danae, las hermosísimas mortales de la fábula pagana; y en la fábula cristiana el de María, la doncella de Nazareth; orgullos que ponian en el lábio la comezon de decir: «Llena soy de gracia, un sér superior á todos vosotros entró á mí y está conmigo,» de buena gana se hubiera delatado á las gentes, á su mismo marido. «No sabes lo que ocurre. Morán es mi amante.» Luego el adulterio, aquel delito, pecado, ó lo que fuera (la señora de Lopez aceptaba los calificativos), teníalo, si así se consideraba, como su-

plantas de salon, y exigió otros cinco al *pobre Juan*, con los cuales continuó adornando su gabinete. ¡Oh! Ya sabia ella cómo puede revelarse el buen tono, la distincion y la elegancia con poco dinero. Ya sabia lo que eran *bibelotes*, y dónde se vendian, y cómo su precio general de venta, varia de dos á cuatro pesetas, esto á lo sumo. Y así tuvo tambien las paredes cubiertas como Morán, adornadas con mil preciosas inutilidades. Hasta puso monos de *biscuit* (extrañó por cierto, esta palabra; la pronunciaba como la he escrito, y no sabia por qué los franceses han de llamar *bizcocho* á la porcelana), monos de porcelana que subian por cordones de seda, ó se columpiaban en el centro de las colgaduras. Llegó á tener ideas felicísimas, no por imitacion á las de Morán, sino suyas, exclusivamente suyas. Un pedazo de tela turca de seda de colores y oro, pidióselo al amante un dia, y se lo llevó á su casa muy contenta. Lo colocó sobre el copete del espejo, sobre el marco dorado, *à la diable*, como tirado allí, y cayendo sus pliegues de cualquier modo (tambien supo que *à la diable*, en el lenguaje de los estudios, es una frase que se emplea mucho para significar el desórden *que hace artístico)*. En las tiendas llegaron á conocerla por sus frases de pintura. «Ahora se llevan unos sombreros imposibles. *No destacan.*»—«Señora. Aquí tiene Vd. el último modelo.» «Ese me gusta más, *hace fondo* para la cara. Hay que variar *la nota, el color.*» Con el arte y la elegancia, olvidó sus predilecciones por el azul, el rosa y el verde, predilecciones de los tiempos cursis, y preferia las telas grises, las de color tórtola, esto cuando elegia los tonos claros, porque se habia apasionado por los trajes negros ó extremadamente oscuros.

El que se maravillaba de tales trastornos, era el Sr. D. Juan Lopez y García, futuro ministro. Una vez exclamó: «Tu gabinete me recuerda algo las habitaciones de los condes de San Marciano, y en cuanto á tí, si vieras cuántas cosas te se han pegado de la manera de hablar y hasta de moverse de la condesa.»—«¿La condesa de San Marciano? Pero, hombre, si no la conozco, ni la he visto en mi vida.»—«Pues ahí verás tú.» Se sintió halagada, y aplacáronse con la semblanza hecha por el marido, los temores de que *el otro* llegara á sentir el hastío. «¡Oh! puesto que ya me parezco á las grandes señoras, á las que *él* está acostumbrado, debo gustarle cada vez más. No se cansará de mí.» Y recordó la frase de Morán: «No me encontrará *ridícula.*»

Amábale con delirio, y llegó á creer, de una manera casi positiva, que hasta entonces, hasta

negros de la hermosísima morena que era su esposa ante Dios y ante los hombres. Ahora, no le contestaba por monosílabos, ni tenia las alteraciones bruscas de carácter, las extravagancias que originaron la famosísima teoría de los *antojos*, inventada por doña Dolores. ¡El futuro ministro! Para sintetizar sus mejorías del hogar, puede decirse que estaba tratado *á cuerpo de rey*. Por la mañana dejábanle dormir como un cachorro hasta el momento preciso, media hora antes de ir á la oficina, y cuando presuroso se levantaba, inquieto, suponiendo que no llegaria al Ministerio con la puntualidad que le caracterizó y distinguió entre todos los empleados que hay en España, encontraba la agradable sorpresa de verse servido como por arte de mágia, y hallarlo todo bien preparado para abreviar los minutos. El agua puesta en el lavabo, el almuerzo hecho ya, y esperándole en la mesa; Manuela habia cepillado sus botas, María le ayudaba á vestirse, poníale aquellos malditos botones de la camisa, alisaba el pelo de seda de su sombrero, y cuando entraban en sus brazos las mangas de la levita, ó sea cuando ya estaba vestido, sentia el sombrero en la cabeza y el baston en la mano. —«Anda, vete, que vas á llegar tarde.»—Era su esposa la que demostraba estas cariñosísimas solicitudes; la esposa ante Dios y ante los hombres; que no le guardaba rencor por el *sofion* de marras, puesto que si él manifestaba deseos de despedirse con un beso, presentaba en el acto la megilla.—«Anda, anda, dámelo y márchate.»—Lo único de que tenia queja, era de la esquivez de los lábios en esta caricia, y pensaba: «á mi mujer no le gusta que la bese en la boca.» Es verdad, que olia á tabaco, al del estanco, al nacional, de cuyo olor y sabor se quejan hasta los más empedernidos fumadores. Al regresar de la oficina, como su mujer no estaba en casa, no tenia, como otros maridos, quien le riñese por la tardanza, y en cambio disfrutaba tales extremos de libertad, que si se le antojase podria hasta llevar á paseo á la niña, haciendo de niñera la criada, esto suponiendo que el cuidado de los pucheros á la dicha criada no se lo estorbase. Las noches únicamente, pasados los goces del tresillo, eran algo molestas, pero no todas, sino aquellas en que las necesidades ó aficiones del organismo le obligaban á ser *el pobre Juan:* á pordiosear.

Morán era feliz; esto no está bien dicho, porque las venturas de Morán, no eran suyas únicamente como las del señor de Lopez, sino compartidas, y lo que es mejor aún, unidas estrechamente á

cuellos nuevos tan bien como en la camiseria; tenia Enrique muchos pañuelos sin bordar, muchas corbatas que, poniendo lo de arriba abajo y lo de abajo arriba, volvian á estrenarse; regaba las macetas y humedecia las hojas de begonia con un trapito para que reviviesen de color con esta frescura; era un contra-dios, que quemasen la alfombra con las puntas de cigarro; ¿para qué estaban los escupidores? Iba y venia limpiando, recogiendo las cosas tiradas, poniéndolas en su sitio, barriendo á veces. Habíase traido de su casa algunos avíos de coser. Enrique siempre la sorprendió en alguna tarea. Lo único que jamás pensó en hacer era la cama. ¿Para qué? Ahora no sucedian las cosas como la vez primera, que fué sin saber ninguno de los dos lo que hacian hasta despues de haberlo hecho. Ahora faltábales el tiempo para abrazarse y besarse. ¡Dos horas y media, nada más! ¡Calcúlese! Era preciso aprovecharlas. Apenas llegaba Enrique, se desnudaban y se acostaban. El velador con los dulces se ponia en la alcoba, junto al lecho y al alcance de las perezosas manos.

Despues de esto, ¿quién puede asegurar que no eran felices aquellos dos hombres? La que empezaba á sentir algo que se iba espesando como una sombra, era ella. La señora de Lopez. Faltábale algo, y no sabia lo que fuese; pero, ciertamente lo echaba de ménos para su completa dicha. ¡Oh! Y de fijo que era importante. En todo aquello, desarrollándose sin que la más ligera contrariedad turbara el reposo, ¡ella no era romántica! pero sobraba humanidad y faltaba lo divino, lo sublime. No era romántica, no; pero sin serlo, parecíale muy prosáico, excesivamente prosáico, su adulterio. Bueno es huir del romanticismo siempre que se tenga miramiento en no incurrir en el extremo contrario. Ellos, Juan y Enrique podian estar contentos. Enhorabuena. Pero de seguir esto así, se cometia una indignidad, porque ignorando el marido la falta, en realidad, Mariquita podia tomar su revancha de la frase que pronunció Morán en el coche y que la hirió en lo vivo, porque no era Juan el que se rebajaba, porque de los tres, la figura que se ennoblecia con estas traiciones, era la víctima de ellas, era el futuro ministro, y en cambio podia decírsele *al otro:* «Enrique, eres ridículo» ó «estás en ridículo.» ¿Por qué? ¡Ah! Que no se lo preguntasen, porque calificándolo de ridiculez, era atenuar la crudeza de otros adjetivos que estaban en sus lábios. No podia explicar bien lo que ex-

contraria; con afirmaciones repetidas declaró que *el pobre Juan* era todo un valiente, y que habia tenido ya dos ó tres cuestiones en que los otros no salieron bien librados. «¡Ah! ¿Se ha batido?»—«No, no. Pero riñas por los cafés, y en la calle.»—«Dejemos esto,—exclamó Morán,—puedes estar tranquila. Tu marido y yo no tendremos nunca una cuestion.»—«Pero ¿por qué?»—Contuvo, sin duda, la explicacion que iba á dar, y la sustituyó con esta réplica:—«Porque hay un refran que dice que cuando uno no quiere, dos no riñen »—¿Uno? ¿Quién era ese? ¿El? ¡Oh! Mariquita no comprendia y le resultaba un enigma, porque si ella, en lugar de su sexo, tuviera el varonil, si fuera hombre y llegase á conquistar el amor de una casada, parecíale el desafío cosa inminente, cosa que naturalísimamente tenia que suceder, porque los escondrijos de armarios y las fugas cuando el marido se presenta, toda la degradada *mise en scene* del adulterio, no le seria útil ni aprovechable. No se esconderia, ni era posible que huyera porque el marido se presentara, sino que esperándolo disputaria la posesion de lo conquistado, frente á frente, puñal en mano, poniendo el pié sobre el cuerpo de la mujer desmayada, que estaria entre los dos, ¡así! ¡Hasta morir ó matar dentro de la alcoba! Cuestion de temperamento.

El suyo era sanguíneo. ¡No! ¡Cuestion de alma! Estos hombres de ahora no la tienen más que cuando abrazan, entonces no les parece bastante el beso, y bien saben llegar hasta el mordisco. Pues en las luchas del ódio, como en las del amor, llegan hasta morderse los rivales. ¡Hay que ser lógicos!

Concibió entonces una sospecha, y con ella vino á sentir amargura infinita. ¡Adúltera por buscar algo más elevado en el placer carnal! por eso, aunque resistiéndose primero, salió por fin al encuentro del amante, por eso buscó el cómplice y se hizo traidora. ¡Y resultaba *el otro* un sensualista, grosero como Lopez! Como en los altares, allí tambien la engañaban miserablemente. La sospecha se convirtió en realidad, y hé aquí cómo.

Enrique, incorporándose, apoyando el codo en las almohadas y la cabeza en la palma de la mano, hablaba una tarde, contaba lo que habia hecho, lo que habia visto en la oficina, en la calle, la historia de las horas de ausencia y de separacion, cuyo relato la señora de Lopez le exigia siempre. «Hoy mi compañero, el que se sienta en mi misma mesa, no ha podido ir.» «¿Por qué?»—«Está enfermo.» Y explicó la enfermedad

IX.

Aquel puñetazo de la realidad, porque no fué otro el efecto y la impresion recibidos, sino como los de un puñetazo innoble en la cara, hízola mucho daño. ¿Por qué, Dios mio, por qué no han de saber las gentes ó no han de convencerse nunca de que con una palabra, con el aliento que sale cuando se pronuncia, queda empañado y hasta se rompe lo quebradizo de nuestras ilusiones? ¡las que más brillantes eran! Y si la palabra no se pronuncia, pero se escribe, con la tinta, con esta horrible tinta que mancha las purezas del papel, se envenena y se mata mejor que con el secreto ya descubierto de los Borghias. ¡El antídoto de las palabras! jamás la ciencia podrá vanagloriarse diciendo: «¡lo encontré!» Un eureka imposible.

Ello es que con la palabra se define y se retrata, y Morán con aquella, se habia descubierto, no tal como el amor de la mujer se lo fingia, ¡pobre mujer y pobre amor! sino tal como era. Quedó retratado de cuerpo entero en su habitacion, que no resultaba ahora la de un artista, ni el cuarto de soltero, ni la morada de un hombre elegante, distinguido. Nada de eso. Ni él tenia una naturaleza de artista, ni vivia en un estudio. ¡Enrique Morán! Sus amigos, como el compañero de la oficina, debian llamarle *el hombre de los líos*. ¡El piso cuarto! Aquello era lo que en el lenguaje de la crápula se llama *un picadero*. La señora de Lopez era, no su querida; si al ménos fuera esto, la diese este nombre, ménos mal, ¡pero no! la señora de Lopez mirábala él de fijo, como el *bicho que estaba en suerte y tomaba varas*. Y todo así, entre francés y tauromáquico. De última moda.

¡Oh! ¡qué vergüenza!

¡Qué castigo! Porque era el castigo de la falta, y ahora empezaba á comprender que en la vida real es el adulterio mucho más dramático que en el teatro. Que estas cosas que no son efectos teatrales, producen el efecto de las estocadas, peor aún, porque no todas las estocadas matan, y las heridas de la realidad, en cambio, no se cierran nunca; antes se gangrenan. Sí. Una herida primero y despues la podredumbre.

veras? A que mi señor marido se vueve galante, ¡qué milagro!» En esto, como la niña andaba entre sus faldas, la cogió en brazos y la colmó de besos.—«Escucha, Juan, voy á darte una sorpresa.» Juan estuvo á punto de decir «¿otra?» pero se contuvo. «Una sorpresa, ¿cuál?—«Pues mira, he pensado que te vengas á dormir aquí, como antes, en tu cama. En el suelo es una incomodidad muy grande,—y bajando los ojos con sus antiguos rubores de doncella.—Despues de todo, como la mayor parte de las noches... ¿me entiendes?... tú ya sabes lo que yo quiero decir.»—«Sí mujer, tienes razon.»—«¿No es verdad? puesto que ya... en fin, que estando como estamos, es *ridi*... «No llegó á decirlo.» ¡La palabra de Morán! *ridiculez*, *ridículo*. Queria perder esta muletilla del lenguaje.—«La sopa!»—gritó en aquel punto la cocinera. Un grito desaforado, y un golpe seco al poner la sopera humeante sobre los manteles, en el tablero. La señora de Lopez púsose la bata de cualquier modo. «Ea, á comer. Quedamos en eso ¡eh!»—«Ya lo creo.»

Y cuando vino Morán jugaron al tresillo. La señora de Lopez le daba bromas con las duquesas. Bromas pesadas.

Al dia siguiente, al salir de la oficina, los dos empleados se vieron sorprendidos. Lopez encontró á su mujer con la niña, á la puerta misma del Ministerio de la Gobernacion.—«He venido para que me acompañes, el dia es á hermoso; vamos á dar un paseo.»

Enrique, en el estudio, estuvo esperando inútilmente á la señora de Lopez toda la tarde. Desde las cinco hasta las siete y media. Las horas de la cita. «Tarda,»—se dijo primero. «¿Estará enferma?» y esta suposicion túvole inquieto. Luego reflexionó mejor. «¿Enferma? puede ser. Pero anoche sus palabras tenian estallidos de cólera, de irritacion contra mí. ¿Por qué?» El no recordaba que hubiese ningun motivo. Estuvo pensando... «Ayer á las cinco cuando yo vine, estaba aquí. Me abrazó, me besó como siempre. Tan cariñosa. Yo nada hice, sino imitarla, besar, abrazar tambien. Nuestras palabras, las de costumbre, de amor... juramentos... promesas... y luego estuvimos hablando de asuntos que interesaban muy poco, y lo que es á ella, ni poco ni mucho Se marchó, porque tenia prisa, porque su marido almorzó mal y más temprano. Hizo bien. «Pero entonces...» Y convenciéndose despues de tales cavilaciones, de lo inútil que serian todos sus esfuerzos de imaginacion, abrió el piano, quedó-

á ciencia cierta la intensidad de su afecto, porque en las cegueras de la dicha y de la posesion, nadie, ni siquiera los hombres de mundo, se detienen á pesar y medir estas cosas. Así, muy por encima, y muy á la ligera, al considerar el frenesí y los extremos de pasion con que le trataba Mariquita, dijo una vez: «Esta mujer parece que me quiere,» se quedó un rato pensativo; ¡cosa más rara! «Me quiere» y sintió que se conmovia al afirmarlo; el cariño impresiona, y más profundamente á los séres que viven á solas con su libertad. Los mismos dichosos se cansan del egoismo y tienden las velas de la nave, y á la postre se desesperan, si no las hinchan vientos de amor, y únicamente los de la fortuna. Yo he visto, aquí, en Madrid, llorar á un banquero, en pleno Teatro Real, porque una hermosísima perdida, le advirtió bostezando: «No sé qué me aburre más, la música, ó lo que me has dicho,» «digo que te adoro,» «y que me pagas. ¿No sabes hablar de otra cosa?»—«Tú me engañas ó me engañarás.» —«Te seré fiel hasta la última moneda.» Por eso lloraba. Le parecia horrible tener tantos millones que la fidelidad y el amor pagados iban á durar hasta la muerte. Gratis no.

Pues bien; Morán tenia sus arcas repletas nada más que de filosofía. Hasta entonces no

pudo llorar nunca como el banquero. Las mujeres caian en sus brazos sin pedir más que el beso, y lo que se figuraban los oyentes de sus relatos en la tertulia dominguera de los señores de Lopez era cierto. Casi siempre él era el protagonista de las aventuras que contaba, sustituyendo su nombre con el primero que acudia á la memoria, á la inventiva. En aquel piso cuarto del barrio de Salamanca la señora de Lopez hubo de tener predecesoras de gran valía. Porte distinguido, facciones varonilmente hermosas, juventud, una camisa bien planchada, los grandes almacenes del *Printemps* remesando los trajes de corte parisien, y uniéndose á esto discrecion, frivolidad para tratar con los frívolos, ingenio para responder á los hombres de talento, y con las mujeres que tambien lo tengan no hablarles más que de su hermosura, esto hacia Morán, reuniendo elementos sobrados para llegar á las almas y á los cuerpos femeninos, y recorrer los salones pío, felice y triunfador. Era un rey de hembras, que unia el más absoluto y caballeresco sigilo á tantas apreciables cualidades. Decia al oido de las que resistian un poco: «Nadie sabrá nada.» Y ya no se trataba de una deshonra, sino de un secreto. Todo, con este carácter, resultaba encantador. Un D. Juan cuyas aven-

de Lopez, aunque á ofensa lo tomara, la señora de Lopez era su *primer lío*. Lo que llaman los franceses *un collage*. Y lo que hasta ahora, dentro de aquel coche, no pudo saber de una manera positiva, con toda certeza, fué que el *lío* revestia novedades de forma y de fondo, tales y tan llenas de atractivos, que le tenian encadenado. Todo esto averiguó, todo esto supo, cuando tratando de romper aquellos lazos, vió que á cada movimiento le ligaban con más fuerza. A semejanza de Gulliver, en el país de Liliput, durmióse libre y suelto, salvado milagrosamente de un naufragio, y al despertar se halló atado con hilos de coser, y pinchado por finísimas agujas. Pero los hilos eran fuertes y le inmovilizaban, las agujas en número tal, que los pinchazos fueron heridas, y corria la sangre por toda la tierra á su rededor. De esto tambien tenian la culpa las otras, las del corro, las del juego del volante. Como que la señora de Lopez resultaba la oposicion y el contraste. Dígase lo que se quiera, todas las filosofías habidas y por haber no sirven para maldita la cosa, cuando el hombre necesita algo ménos cierto quizás, pero más humano que la filosofía. Despues de cuatro ó cinco años como los que Morán hubo pasado, vistiendo el frac todas las noches, sirviendo de pareja en los cotillones, dejándose

manchar las solapas con la sin rival *Veloutine Charles Fay*, hablando francés é inglés. Discutiendo sériamente el *Stud-Book* español, declarando con tono doctoral que la yegua *Famika* del marqués de Alcañices, es *alazana, cordon corrido, bebe con ambos, calzada alta de la mano derecha, semicircular externa de la izquierda, calzada baja del derecho y semicalzada interna del izquierdo*, que procedia de los Haras de Hampton Court, siendo su padre *Clanronald*, su madre *Biretta*, el padre de *Clanronald*, *Blair Athol*, su madre *Isilia*, el padre de *Bicetta*, *Orlando*, y su madre *Catawba*, cosas todas que llamaban la atencion de sus oyentes y acusaban un caudal de conocimientos importantísimos, y sobre todo maravilloso en quien no tenia caudal ninguno, ni caballos de carrera, ni más dia ni noche que doce mil reales de sueldo en un destino *seguro* del Tribunal de Cuentas; despues de esto, ser meramente un testigo de los placeres de los demás, de los felices, de los afortunados, de los opulentos; ser ese jóven de la clase media, á quien se le abren las puertas de la *high-life*, no para que participe de ella, «pobre muchacho,» sino para decirle: «Puesto que goza Vd. con eso, pase adelante, venga Vd. á ver cómo nos divertimos;» ser eso, nada más que eso; y de vez en cuando recoger las migajas del festin;

María le miró con gran fijeza. Se puso muy pálida.

—¿De veras? ¿Solo?

—Por casualidad no me aburrí. He tenido visita. Una visita inesperada.

¡Qué auxiliar tan valioso tuvo entonces el auxiliar del Tribunal de Cuentas! Fué Juan, el mismísimo Juan, que aprovechó la ocasion para lucir aquel ingénio que estrenó, hablando por primera vez con su ministro en el baile de los condes de San Marciano.

—¿Visita, eh?—(Aquí hizo un guiño.)—¿Inesperada?—(Otro idem.)

Quedóse un punto pensando la frase, mirando al techo, repitiendo á la lámpara del comedor los guiños hechos á Morán, y de seguro que el ingénio hubiera fracasado, á no ser porque el amante lo tuvo en extremo, fingiendo inquietud y temor de manera que *ella* se apercibiese.

—¿Cuántas esperanzas ha realizado Vd. con esa visita... inesperada?

La señora de Lopez tenia su juego de naipes cogido de mala manera. La partida habíase interrumpido. Esperaba la réplica de Enrique.

—María,—dijo éste variando la conversacion,—*que se le ven á Vd. las cartas.*

—¡Oh!

¿No queria una réplica? Frase por frase, valia por la otra, la *del lote.*

—Juguemos. Yo paso con la espada. Lo advierto antes para no dar codillo.

Cuando se acabó la partida, érale muy difícil disimular su regocijo.

Decididamente habia hecho muy bien en alquilar un coche para llegar cuanto antes. Sí, podian escribirse volúmenes enteros, interesantísimos, sin hacer otra cosa que copiar lo que se vá pensando durante el trayecto que recorre una berlina desde el barrio de Salamanca á la calle de la Justa. «Deprisa, tendrás buena propina.» Deprisa, corre mucho el pensamiento, cuando la mujer amada falta por primera vez á la cita. «¿Por qué ha sido? ¡Ah! ya lo sé. Porque echa de ménos el sufrimiento. Hagámosla sufrir, puesto que yo la quiero.» ¡Cosa más lógica!

envanecida. «Sufre, se desespera. En este mome to estoy vengándome de la manera mejor y más completa.»—Ni sufria, ni se desesperaba. Otra, quizás más bonita, de seguro con mayores atractivos, ocupaba su puesto. Morán, el elegante Morán, tuvo la avilantez de confesarlo, devoró su racion de caricias como todas las tardes.—«¿Cómo ha pasado Vd. la tarde de hoy, Sr. Morán?»—«Deliciosamente.»—¡Infame!

Formó su plan. No se detuvo á pensar que pensaba de un modo distinto, diametralmente opuesto á sus decisiones de la víspera. ¿Para qué? Todo aquello probaba que pasó veinticuatro horas tratando de engañarse á sí misma. Que la reaccion de ternura conyugal era falsa. ¡Enrique! No podia dejar de quererle. ¡Cada dia más! Pues claro. Lo urgente era salir de dudas. Vestirse. Ir al barrio da Salamanca, al estudio, á la habitacion de hombre soltero *(chambre de garçon)*, cuando Morán estuviese en la oficina, y registrar muebles y ropas durante su ausencia. Enrique era muy descuidado, y ella, *la otra*, tambien en aquel trance... Seria posible que hubiese en la salita... ó en la alcoba, en la alcoba, sobre todo, algo delator de la visita. Un guante olvidado,

una pulsera, una flor, cualquier cosa. Y sobre todo, si nada habia, sus propósitos tenian otro resultado. Le esperaria, esperaria á Enrique, y ella misma le abriria la puerta. «Vamos á tener una explicacion,»—pensaba decirle. Una explicacion, una escena terrible. ¿Aquel hombre por quién la tomaba? ¿Qué se habia figurado? ¿Acaso es tambien de última moda vivir á lo sultan y tener un harem repartido por Madrid? Pues ella se declaraba en contra, protestaba, preferia ser toda su vida una cursi.

Se vistió y acicaló con tal esmero, y con tan amañadas solicitudes atendió al tocador, que tardó en él cerca de dos horas. La condesa, duquesa, ó lo que fuera, podia resultar mejor vestida, más elegante, pero lo que es ella, con la última mirada de consulta al espejo, pudo decir, como dijo: «Soy hermosa.» Iba á salir, pero se acordó de que restaba por hacer una cosa importantísima, y la hizo, vestida ya como estaba. Volver á colocar la tela turca en su sitio, el regalo de Morán, sobre el espejo. En lugar de preferencia. Dió un beso á su hija, y bajando la escalera, se encaminó resueltamente hácia la Puerta del Sol, á reanudar sus antiguas costumbres del adulterio; á ser la viajera del tranvía, conocida ya de los cobradores, que al verla subir sonreian maliciosa-

una explicaclon.» No. No le dijo eso. Estaba pálida como una muerta.

—Mira, Enrique, quita eso de ahí (y extendiendo el brazo, señalaba al rizo). He venido á fuerza de fuerzas. Estoy enferma. Antes de volver á casa, quiero echarme un poco. ¡Tengo frio! Tengo calentura. Quita eso (el rizo) para que yo me acueste.

¡Pobre mujer! No era romántica, no. Realmente estaba mala.

Morán sintió lo que habia hecho; la cogió en sus brazos. Todo aquello no era más que una solemne mentira fraguada y dispuesta por él. La queria con toda su alma.

—Escucha: no tendrás que sufrir mucho. Ese postizo no es de nadie. Lo compré yo esta mañana.

—No te creo.

—Lo suponia, pero tambien lo he previsto. Hice que en la tienda me dieran una factura. Mírala, aquí la tengo con la fecha de hoy, extendida á mi nombre.

¡Oh! ¡cómo se la arrebató de las manos, cómo la leyó!

—Luego, ayer, ayer tarde...

—Estuve sólo esperándote y desesperado. Ahora te toca á tí. ¿Por qué no viniste?

Era difícil la respuesta.

—¿Qué locura te dió? ¿Conque es verdad? ¿Conque quieres á tu marido?

Y al decirlo, se olvidó de que estaba enferma, de que lo habia dicho, y no habia más que mirarla para conocer que era verdad.

—Habla pronto. ¡Contesta!

A no tenerla abrazada, hubiese caido al suelo. Antes de desmayarse, dijo:

—¡Acuéstame!... de veras, tengo fiebre...

Lo suplicó como podia suplicarlo un niño. Morán se irritó, al par que le conmovia aquel acento. Se irritó, porque si en realidad el desmayo y la fiebre acusaban la aparicion de alguna enfermedad, era un contratiempo horrible. Podia suceder que la señora de Lopez no tuviese despues fuerzas para volver á su casa. ¿Y Lopez? Cómo decirle que su mujer estaba allí, en su habitacion, en su cama, sin que llegase á sospechar lo cierto. Ya en una ocasion habia demostrado que era celoso. María hubo de contarle á Enrique el episodio. Acostarla. ¿Para que luego no se pudiese levantar? ¡De ningun modo! Lo preciso, lo urgente, era hacerla volver de su desmayo. Habíase sentado y la tenia sobre sus rodillas. Estando así no podia hacer nada; puso el desmayado cuerpo en un confidente, y ya libre, acudió al armario. Recor-

diarlo todo, pero lo antes posible. Necesitas un poco de ánimo, muy poco; pídele fuerzas á tu voluntad, á esa misma energía que te sostuvo y te trajo aquí. Ya ves; no he querido acostarte, porque tal vez hubiera sido peor. No tengo más interés que el de salvarte. Figúrate lo que sucederia si no pudieses salir de aquí. Eres casada. Lopez es mi amigo. El escándalo resultaria terrible, espantoso. Bajarás la escalera apoyada en mi brazo. El primer coche que pase subes á él, y vuelves á tu casa. Aún es temprano. Tu marido, con seguridad, no está. En cuanto llegues te acuestas, y que Manuela avise al médico, porque es cierto, tienes fiebre, estás enferma de veras. Yo iré esta noche más temprano, mucho más temprano, porque me quedo intranquilo, como puedes figurarte. ¿No me contestas?

Le habia escuchado, primero con sorpresa, luego con resignacion.

—Me es igual. ¡Haré lo que tú quieras!

Y apoyándose en los brazos del sillon, quedó en pié.

—¡Vamos!

¡Oh! ¡qué innoble salida de la casa del amante, como arrojada por él, por Enrique! Tenia fiebre; estaba enferma. ¡Fuera! ¡fuera de allí! Volveria á entrar, si la salud recobraba sus fueros, y con

la salud tambien los suyos la hermosura. No de otro modo los amos crueles echan á latigazos al perro fiel, á quien pocos dias antes colmaron de caricias. Así la trató, como á un perro sarnoso.

No. Morán no amaba á la señora de Lopez. Cuando la dejó en la berlina de alquiler, cuando ésta partió, nuestro elegante respiró con desahogo.

—De buena me he librado.

Y pensó en su compañero de oficina.

—¡Tiene razon! A veces no convienen los líos. Cuando se tropieza con mujeres románticas y *ridículas*.

La palabra famosa. La muletilla. Morán pudo decir al pronunciarlo: «Vuelvo á ser quien fuí. Me reconozco.»

Estuvo grave. La ciencia médica se desesperaba á veces luchando con las tendencias de todo organismo hácia la muerte. ¿Qué fué aquello? El mismo doctor llegó á declarar que lo ignoraba; no pronunció más que un fallo, no dió más que una denominacion: «calenturas nerviosas.» Pero no bastaba. En la medicina, como en la antigua Roma, todavía no se ha derribado el único altar que queda, para poner en su lugar un axioma. «A lo desconocido.» El misterio liga cada vez

pró, razones poderosísimas. ¡Una cursi! No. Ya no era cursi, era lo mismo que él, puesto que con él se habia identificado. Una aristócrata de aficion, una mujer casi artista á la par. Y aun en esto último, por la delicadeza de gusto, propia de su sexo, llevábale superioridad. Veia más y sabia ver mejor todo lo que con el arte se relaciona. Morán suponia aquí preeminencias de los sentidos, y éranlo del sentimiento. Él era frívolo, ella... se lo hemos oido muchas veces... *No queria ser romántica.*

No queria serlo, y no lo era. Habia en la señora de Lopez fuerza vital, poderosísima humanidad, pero humanidad tan desarrollada, que la belleza sólo resultaba de la verdad en aquella criatura. Nada fingia, nada exajeraba; sentimientos y formas, todo tuvo en su cuerpo la admirable línea de proporciones, cuyo secreto saben sólo los maestros. Era una carne que sentia, y así el sentimiento dijérase una funcion. Estaba en actividad y movimiento constantes. Y esclavizaba lo espiritual hasta embutirlo en lo material de los sentidos. La tristeza, por ejemplo, era que el sentido de la vista miraba al cielo, y se le llenaban de lágrimas los ojos; la alegría, que el sentido del olfato aspiraba el perfume de una flor, de una flor casi en capullo, y si el sentido

del tacto abrazaba á su hija, ó detenia en la calle para besarlo á otro niño cualquiera, se producia como fenómeno orgánico tambien la ternura, el enternecimiento. El amor á Enrique, llegaba al exceso de sentimiento, era pasion. ¿Por qué? Porque funcionaban entonces todos los sentidos para el goce ó para el dolor.

Morán sabia esto, y aquí hallaba la ventaja, aquí el contraste. Acusado está de egoismo; acusado, convicto con pruebas y confeso en sus declaraciones. ¿Pero quién no tiene los egoismos que en el exámen de bondades optan por lo mejor? ¿Pues qué, Enrique Morán, aquel jóven de la clase media podia vacilar entre adorar mujeres ó ser adorado por una sola? Eso, en resúmen, fué base de su decision. Antes, en el piso cuarto del barrio de Salamanca, en la habitacion de muchacho soltero, la hembra que entraba, la viciosa blasonada, la aristocrática holgazana, hacia su aparicion como un astro. Y si en las sombras de la alcoba, y durante el besar en silencio, accedia á la súplica del artista y del erótico, cuando ella desceñia sus ropas no se le antojaban á Enrique sus ademanes los de una mujer que deja caer la camisa, sino los de una diosa que se desenvuelve de una nube. Antes de abrazar era forzoso decir «gracias,» y antes de besar ponerse de rodillas.

—«¿Q ué remedio tiene?»—«Muy sencillo, ¿para qué estoy yo aquí?»—«¿Cómo? ¿Vd.?»—«Nada, nada, esta noche me quedo; Vds. se acuestan; desde hoy entro en turno.»

El Sr. D. Juan Lopez y García, aceptó. El sueño hace concebir como naturales los que sólo resultan absurdos al despertar, y el futuro ministro estaba *atrasado de sueño*, segun su misma frase. No es cosa de dormir poco cuando no está justificada ni retribuida la molestia con seis mil duros, que es como se paga el insomnio ministerial; hízose la distribucion y arreglos propios del caso. Fué un verdadero programa. Rita y su padre, dormirian en el comedor, que era la habitacion más distante de la alcoba. Así, el reposo resultaba absoluto, no llegando á sus oidos las quejas de la enferma, las frases y gritos que articulaba y en los que prorumpia durante el delirio, ni el ir y venir del enfermero. La criada se acostaria temprano y vestida, por si á media noche era preciso avisar al médico ó acudir á la botica. En cuanto á Morán, bastábale con una de las butacas del gabinete, cuya puerta cerraria, un libro para distraer los ócios de la velada, y por toda luz la misma lamparilla de noche que alumbraba el cuarto de la enferma.

El médico habia encontrado aquella tarde, en

su última visita, síntomas de mejoría, disminucion de la fiebre, más libre y desahogada la respiracion, mayor reposo de todos los nervios y del sistema muscular que ya no luchaba, pareciendo entregarse al descanso alegre del triunfo. Doña Dolores se marchó á su casa, Juan se acostó. Enrique llevó en peso la butaca desde el gabinete hasta la alcoba, púsola junto á la cabecera, se sentó en la actitud más cómoda para que fuese duradera, abrió el libro por la primera página, vió que éste era una novela de Paul de Kock, autor favorito sin duda del señor de Lopez, del marido que cobraba celos cuando su mujer estrenaba medias, y que aumentaba los salarios de las cocineras; sonrió, y sin leer una línea, dejó el libro abierto, y prefirió las distracciones de su pensamiento. Lo dejó en libertad, para que vagabundease á su antojo, para que fuera por donde le diera la gana.

¡Qué diferencia y qué cambio! De carácter, de costumbres, de aficiones y de afectos. Consultó su reloj. ¡Las doce! La hora del *buffet!* en algunas partes, del té en las reuniones semanales, del cotillón en los grandes bailes. La hora del último acto en el teatro Real, cuando se da el postrer aplauso á la *diva* y se la visita en su cuarto, donde cambia con sus admiradores el apreton de ma-

porque este cariño, único, lo necesitaba ya para seguir viviendo. «Véte, puesto que estás enferma no puedes quedarte aquí.» —«Bueno. Haré lo que tú quieras.»—¡A quién no conmueve esta obediencia! Llegó á su casa y se acostó; el perro fiel no queria morirse, sino vivir para volver á los piés del amo.

Cuidar mucho de todo. No perdonar detalle de solicitud. ¿Estaba bien abrigada? Sí. El desórden de sábanas no podia arreglarse. El médico recomendó la quietud. De diez en diez minutos la medicina. El papel Rigollot, renovarlo, si hiciera falta, para los sinapismos volantes en las pantorrillas, ¡qué rosetas le habian hecho! ¡Ah! Las botellas de agua caliente á los piés; una tenia y otra estaba preparada, ¿bajaba la calentura? A Morán le parecia que sí. ¡Si al fin se declarase el período de convalecencia! Volvió á la butaca, cerró el libro, puesto que no le gustaba Paul de Kock, y esperó. A las doce y diez la cucharada. No se le pasaria la hora de seguro.

Llegó á ser tanto el silencio que, no sólo oyó Morán la respiracion de la señora de Lopez, sino allá en el comedor, los ronquidos con que amenizaba su dormir el futuro ministro. Poco tardó en oir algo más extraordinario, el andar de unos piés descalzos. Pensó en la criada que se habia

acostado vestida.—«Vendrá aquí.» Pero se equivocaba, los pasos cesaron y los ronquidos tambien.—«¡Eh! ¿Quién es?»—gritó la voz de Juan. —«Yo. Soy yo, señorito.»—Luego nada, los piés descalzos, sin duda, no estaban ya en el suelo, y el roncar se sustituyó con cuchicheos y risas ahogadas. Morán se encogió de hombros con desdén, é hizo un gesto de repugnancia al enterarse del innoble detalle de la vida burguesa. ¡Y aquella criatura que estaba en el lecho forcejeando por asirse á la vida! ¡Oh! Nada sabia y era mejor que no lo supiera nunca.

Morán, por primera vez, como poniéndose (y permítaseme la frase) apartado de sí mismo, evitando las parcialidades que produce el juicio del *yo*, hecho por el *yo*, distanciándose de su personalidad, repito, que por primera vez estableció entre el marido y el amante, comparacion y paralelismo. Cierto, ninguno de los dos era bueno; para los fines espirituales, quizás fuese tan nulo *el de la permuta* como quien con él permutó, mas para la union sexual, Enrique era mejor. Para la union sexual, para el diálogo, la conversacion amena, el escogido lenguaje, la frase culta que disfraza la obscena, la limpieza corporal que hace más tolerables las porquerías del instinto, para todo lo que es de este mundo, él, Enrique,

riquel»—«¿Qué? ¿Tienes sed? Espérate un poco, mujer. Enseguida lo tomarás, no falta sino diluir el azúcar.»—Movia la naranjada con la cucharilla. Estaba muy atareado. «Si no es eso,—arguyó la enferma,—ahora quiero otra cosa.»—El jóven se volvió. Quedóse mirándola. Le sonreia. «Que te acerques y que me des un beso.»—Dejó prontamente aquellas manipulaciones, llegóse á la cabecera y se inclinó para besarla. Los dos brazos desnudos le ciñeron, rodearon el fuerte cuello del amante, y la mujer le besó en la boca, un beso largo, en que la gratitud fué el comienzo de la caricia, y el cariño, la ternura, la pasion, sus gradaciones de intensidad y de fuerza. Por fin esquivó los lábios. «¡Cuánto te agradezco lo que estás haciendo por mí!»—Pero él habia cegado con todas estas intimidades, que tenian el ácre sabor del verdadero adulterio; allí, en la alcoba que fué nupcial, en el hogar mismo de los cónyuges. Habia cegado con lo propicio del silencio y la ocasion, con el despertar de la enferma, de *su María*, de *su primer lío*; todo le excitaba, las penumbras del cuarto por la mortecina luz de la lamparilla que seguia reflejando en el techo su círculo de claridad, con rayas de sombra, confuso y vacilante, un nimbo de temblorosos rayos, y ahora el más poderoso incentivo de la carne, era aquel

olor de la carne misma, penetrante, distinto, acusador del caliente desnudo bajo las sábanas. A juventud y á sexo era á lo que allí olia. Repugnante vaho despues de la posesion, pero fisiológicamente excitante del sensualismo. Ella conoció lo que Enrique experimentaba. «No, no. Enrique, no.»—Y se quiso oponer á la accion del hombre, cogerle las manos que apartaban ya el embozo. «No puede ser.»—El, tercamente, sólo hizo una pregunta: «No es por eso,—contestó la convaleciente,—me siento muy bien. Empeorarme no. Conozco que voy á la mejoría como llevada por un impulso irresistible de todos mis anhelos de vivir, pero déjame.»—La resistencia no tuvo razones. «No quiero, Enrique, no quiero.» —Y ya, ante lo imposible, opuso al tenáz deseo su único argumento de pulcritud, argumento inútil para las groseras abyecciones de lo genésico. «Mira, no. Estoy sudando; á mí misma me da fatiga.»—«¿Y qué?»—Morán besó los sudores de la fiebre, abrazó los vahos de la calentura. ¡Bah! ¡Siempre resultaria aquello más aseado que lo que ocurria en el comedor, donde al mismo tiempo volvieron los piés descalzos á pisar en los ladrillos del suelo, dejando una mancha en cada pisada, y se cerró á poco por allá dentro la puerta del cuartucho inmediato á la cocina.

matarse. No llevaban armas, pero ¡qué importa! Como las fieras, á dentelladas, á zarpazos. Tenian uñas y dientes.

Por la calle de la Justa llegaron á la Cuesta de Santo Domingo, hasta el Teatro Real, y se detuvieron en la plaza de Oriente.

Allí estuvieron hablando, sin luchar. ¡Hablando! Morán y Lopez. Tal para cual. El uno era digno del otro.

Lopez se sorprendia de lo pasajero que es el arrebato de cólera; ahora todo lo que decia con furor era fingimiento. Ampulosidades teatrales.

—Es preciso que nos rompamos el alma. Pero de veras ¿eh?

—¿Aquí? ¿Ahora mismo? ¿A puñetazos como dos mozos de cordel?—objetaba Enrique.

Les temblablan un poco las voces de los dos.

—No sé. ¿No sé cuándo ni cómo, pero tiene que ser?

—Ya he dicho que estoy á sus órdenes. Ha hecho Vd. mal en salir conmigo. Debió quedarse. Marcharme yo.

—Será un duelo á muerte. Pero á muerte ¿eh? Me entiende Vd. bien; á muerte.

Lo repetia. Le gustaba repetirlo. Además quizás el otro cobrase miedo ante la insistencia que manifestaba una resolucion irrevocable.

—Sea. Mi deber es aceptar en este caso toda clase de armas y condiciones.

El marido fué quien se atemorizó. ¡Cielos! Estaba hablando con un inteligente. De fijo que no era aquella la primera vez que el otro acudia al terreno. Y ahora se acordaba.

—Me matará Vd.; Vd. sabe tirar á las armas. Usted lo ha dicho.

—No lo niego.

Entonces la expansion de sentimientos fué distinta. Se colocó frente á frente; le puso una mano en el hombro.

—Confiese Vd., Morán, que todo esto será...

Estuvo vacilando entre decir: «será muy triste, ó «será infame,» pero se contuvo.

Luego la explosion pudo más que los valladares de la voluntad; salió de otro modo expresado, pero salió el sentimiento que le dominaba.

—¡Ah! ¡Morán! ¡Qué pago me dá *esa!* Y usted. ¿Qué le hecho yo á Vd.?

Conoció el amante que la cuestion iba derecha á las soluciones absurdas, pero humanas, de la cobardía.

Al apercibirse de un miedo que era mayor que el suyo, sosegó la excitacion nerviosa. Sonrió.

—Entonces...

Enrique continuó, sin necesidad de ser adivino, adelantándose á expresar cuanto el otro iba pensando.

—Estamos de acuerdo. Esta es la última conversacion nuestra. Por el qué dirán si nos encontramos en la calle, el saludo. Yo vuelvo á mi vida antigua, á los bailes, á los teatros.

Fué recibido este programa, y sobre todo, la última parte, con indecible alegría.

—¡Eso, hombre, eso!

Y familiarmente, llegando hasta ponerle la mano en la rodilla, así, sentados como dos amigos, añadió el Sr. de Lopez, dándole una palmada:

—¡Eso! ¡A ver si se casa Vd.!

Por fin se separaron. Odio, dignidad, todo se lo habian dejado en aquel banco de la plaza de Oriente, y andaban ya en direcciones contrarias, más sueltos, más desembarazados, sin aquellos estorbos. Casi una vez que volvieron la cabeza al mismo tiempo para mirarse, hubo risa, principio de risa por la coincidencia de pensamiento. Estuvieron á punto de quererse más.

Cuando María vió entrar en la alcoba á su marido, palideció. Pero Juan la tranquilizó de los

temores de trajedia con que alimentó la ausencia.

—Ese canalla, me ha prometido no volver á poner los piés en esta casa.

¡Ah! ¿No habia más noticia que esta? ¿Ninguno de los dos mató al otro? ¿No se habian pegado siquiera? ¡Dos hombres!

aquellas curvas adorables que en el exterior formaban su cuerpo, un cuerpo de mujer, no habia músculos y entrañas, sino que era cavidad de sangre y llanto; sangre fuera de las rotas venas; lágrimas todas las que restaban por llorar á sus ojos; que así era ella por dentro, algo como uno de los mundos estelares, la carne convertida en astro; y dentro, dentro del astro ó de la carne, la masa líquida; el océano, las olas de sangre, sus deseos, y las de lágrimas, sus desengaños. Y sólo allá, en el fondo, en el sitio del corazon, una roca, como las submarinas, de la que se iban desprendiendo los corales para sumergirse más, para que quedase la roca sola, escollo en que naufragaria todo el que quisiera pasar por allí, como explorador, como navegante.

Despertó conociendo que necesitaba consolarse de tanta catástrofe, porque la señora de Lopez interpretó su sueño, no de otro modo, sino viéndose en los caminos de la desesperacion. Queria salir de ellos. Consolarse con algo. ¡Ah! ya sabia con qué, con el lujo. ¿Pero el lujo? ¿Cómo? Con 18.000 reales que recibia de salario el Sr. D. Juan Lopez por el buen desempeño de sus funciones públicas, para que su mujer pensara en el lujo como cosa fácil, era necesario haber perdido el juicio. No. ¡La vergüenza! María estaba segura

ya de conseguirlo todo, absolutamente todo. Tuvo intenciones de llamar á Lopez y darle el alegron. —«Escucha, ¿tú quieres ser ministro? ¿Cuándo? Desde ahora cuenta conmigo. Lo serás.»

La cartera ministerial. Lo que quisiera. Entonces recordó una de las historias escandalosas que Morán contaba. No con nombres supuestos, sino con los verdaderos. Sabíalo toda la córte, Madrid, la nacion entera; tratábase de un hombre público, del mismo jefe de Lopez, del ministro de la Gobernacion. Habia llegado desde los últimos escalones hasta allí, hasta la altura, no en fuerza de sus puños de luchador, no abriéndose paso con lo indomable de la voluntad y del mérito, sino siendo el querido, porque esta era la frase, el *querido* de las mujeres que estaban casadas con la vejez de algunos hombres de Estado. Mujeres jóvenes todavía, ó en la línea de separacion de los treinta años que querian despedirse de la juventud, con alguno que en ella hiciera su entrada triunfal; y en la orgía de caricias echaban una cana al aire. Su primera cana. Agarrándose á todas aquellas camisas de mujer, habia ido subiendo, ascendiendo, desde auxiliar, como Lopez, á oficial; de oficial de secretaria; á jefe de negociado. Su último destino fué el de Gobernador de Madrid, en el que se distinguió

que uno en el Calvario, los otros, los de la antigüedad vuelven. Las saturnales se celebran ya, y el triunfo de Baco pasa cantando en otoño por las vides, exprimiendo en las copas los racimos, sátiros y bacantes.

No quedaron en la señora de Lopez más purezas que las de su cariño á Rita. El amor maternal. Pero éste contagiándose por la proximidad de la podre que habia invadido los sentimientos restantes. Su hija, la educaria tambien con arreglo á lo que prescribe aquel mismo lujo de que queria la mísera ser esclava. En cuanto tuviese la edad de esta educacion, Rita seria alumna del *Sacre-Cœur*, ó del colegio de San Luis de los Franceses, ó iria al extranjero, á París, para que no resultase como ella, una cursi española, sino una elegantísima francesa, una señorita lo menos nacional posible. No perdonaria ningun gasto para dotarla de todos los conocimientos de adorno. Rita hablaria dos ó tres idiomas, entre ellos el inglés, puesto que empezaba á estar de moda, y el italiano, porque tiene dulcísimos acentos; aprenderia á tocar el piano como una profesora; montaria á caballo, dibujaria, seria artista, y cuando hubiese aprendido á bailar, á saludar, dando las dos manos y con ellas una sacudida á la inglesa, á enloquecer á los hombres, á vestirse bien y

excitar la envidia de las mujeres. Rita regresaria á España, ó saldria del colegio afrancesado de España en que estuviese; haria su entrada y presentacion en el gran mundo; y antes de esto, ella, la señora de Lopez, la prepararia suficientemente. La desengañaria como madre, diciendo su credo, que consistia ya en no creer en nada. «No hay amor, no hay amistad, no hay delicadeza. Finge todos estos sentimientos, y serás dichosa. Yo he sido muy desgraciada por haber hecho lo contrario. Existe el dinero. Haz un matrimonio de conveniencia. Si ningun rico cae en tus redes, permanece soltera á mi lado; seremos esas dos mujeres, madre é hija, hermosas las dos, que se presentan solas en todas partes y se quitan, sin ningun reparo, una á otra los novios y los amantes. Estos últimos ya veremos cómo los tienes, sin que padezca tu reputacion, sin deterioros de la buena fama cobrada, que es lo único que se puede y se debe evitar.» Esto pensaba decirle.

Por de pronto, lo principal era ponerse buena. Rita cumpliria en breve nada más que tres años, y para llegar á los de su entrada en la pension interna faltaban otros tres por lo ménos. Quedaba resuelto, pero forzosamente aplazado. Ahora, realizar sus gustos, ocuparse de esto únicamente.

cesidad de Epicuro, si la señora de Lopez hubiera sido conocedora de la Biblia como lo son las mujeres protestantes, y más todavía las hebreas, el estado de su alma hubiéselo visto reflejado en el que acusan estas palabras del Eclesiastés.

«El suceso de los hijos de los hombres y el suceso del animal, el mismo suceso es; como mueren los unos, así mueren los otros; y una misma respiracion tienen todos; no tiene más el hombre que la bestia. ¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres suba arriba, y que el espíritu del animal descienda debajo de la tierra?»

¿Pues, qué es lo que estaba ella diciendo? Eso. Lo mismo que dijo Salomon. Tan verdad como la Biblia. Mucho más, como las verdades de Pero-Grullo. La estética en adelante iba á ser el amor en ella. No, amaba á Morán. Queria volver á verle. Le abrazaria y le besaria, se entregaria á él. Pero no como antes. No por enamoramiento, sino porque Morán, bajo el aspecto estético, era un animal hermoso de su misma especie y de sexo distinto.

Considerándolo así, en la pérdida total de ilusiones, estaban los actractivos. Sufrir. ¿Qué es sufrir? Ya no sufriria nunca. Como que sintetizó la fórmula de reto á la adversidad con esta frase:

—*A mí no me importa nada de nada.*

Y erguia la frente, no como la inocencia, sino como el descaro. Mucho más alta. Si no se lanzaba á la prostitucion, á la verdadera, á la que puede llamarse oficial, á la que tiene cartilla, era por dos razones que no eran de moralidad, sino de conveniencia. La primera, porque no lo necesitaba. La segunda, porque aun en el caso de necesidad, no lo haria obedeciendo á la única aspiracion de su espíritu, que acababa de nacer con la rebeldía. Por el goce mayor que perseguiria en adelante. El de eludir todas las leyes. «¡Ah! esto no puede hacerse, ¿está prohibido? Pues esto es lo que yo hago.» Retrato de cuerpo entero de la señora de Lopez, tomado del natural durante su convalecencia. Infamia iba á ser para ella lo preferido. No concebia lo humano de otro modo, y ya lo sabemos, tenia formado el propósito y adoptada la resolucion de humanizarse todo lo más posible.

¡Cuánto extrago habia hecho en la señora de Lopez la fiebre aquella, que la ciencia no pudo clasificar! Lo cierto es que una tarde, *á la caida de la tarde*, como decia en sus tiempos de romántica, á la hora en que antes veia al amante, á la

nosotros tenemos no es una pasion. *Es un lío.*» ¡Ah! Eso. Eso era lo que habia que repetir. Hacer daño, el mismo daño y con las mismas armas con que á ella se lo hicieron.

Una noche, la medida que ella viera llena hasta el borde y que no lo estaba, se colmó. Fué durante uno de sus desvelos. Por ellos, y por exigencia que Lopez no pudo vencer, el marido habia vuelto á dormir á la antigua usanza de los tiempos de pelea; en la sala, sobre los colchones puestos en el suelo.

María acababa de despertarse, que era en su imaginacion y en su pensamiento como empezar á sufrir del pesimismo, pero no pudo entregarse á sus filosofías. Oyó. ¡Dios mio! Sí. Lo mismo que oyera Enrique la noche famosísima de la velada. Los ronquidos de su marido, antes; luego, el andar de los piés descalzos, el despertar con susto del Sr. Lopez. «¡Eh! ¿Quién es? ¿Quién es?...»—«¡Psh! Soy yo, señorito...» Luego nada, sino el besar záfiamente en lo oscuro, chasqueando los besos, la risa sofocada de mujer que se siente cosquilleada, porque hay carnes bastas, para quienes la sensacion es una cosquilla, verdaderos cueros humanos, y á poco, el andar de los piés descalzos saliendo otra vez de la sala, alejándose por el pasillo hácia el cuartucho inmediato á la cocina. Manuela volvia á su camastro. ¡El detalle de la vida burguesa!

Tuvo María suficiente dominio sobre todos sus gritos para que ninguno de ellos saliera, interrumpiendo y cortando el silencio de las altas horas; dominó el grito y la náusea. Todo. ¿No queria realismo, humanidad, naturaleza? Ya tenia un maestro de estas cosas. El Sr. de Lopez, su marido, que no retrocedia ni siquiera ante confundir su aliento con el erupto de ajos con que estaria impregnada la voluptuosidad de aquella boca. Se indignó y estuvo largo rato diciendo: «Ya es demasiado... esto sí que no... esto sí que no.» Despediria á la fregona en cuanto amaneciese. Luego cambió de idea. «¡Bah!... no parece sino que me duele el suceso.» Se acordó de lo convenido en sus filosofías: *A mí no me importa nada de nada.*

Además todo aquello... todo aquello... ¡Dios mio! Hay que vivir en este mundo, y acostumbrar el olfato á la porquería. Respirar bien en medio de los hedores. ¡Lo que haria en cuanto amaneciese!... Nada. Absolutamente nada. ¡Ah! Sí. ¿Para qué esperar? Guardar consideraciones ¿á qué y á quién? ¿A Juan? ¡Al que llegaba, no sólo á incurrir en el adulterio, sino á ser adúltero con las cocineras! Juan. Juan Lopez. *Juan La-*

—¡Yo!

—Cuando se me entrega un bien lo tomo. Odio la fuerza y la violencia.—Y añadió con transicion sarcástica:—Son dos cualidades admirables en los brutos.

La hirió en lo vivo.

—Vamos á donde Vd. quiera, Morán.

Durante el trayecto no hablaron ya, prefiriendo el silencio.

El coche se detuvo. Bajaron.

¡La habitacion de Morán! Ya se la figuraba ella, sin haberla visto. Se la figuraba desde el dia en que dijo: «He querido seguir la costumbre francesa. He alquilado un piso. Yo no quiero casas de huéspedes.»—«Pero eso le costará á Vd. muy caro,»—objetó una de las tertulianas del domingo en casa de Lopez.—«No lo crea Vd. Tres duros al mes. En un barrio extremo, en el de Salamanca, y piso cuarto, sobre entresuelo. Tiene la ventaja de ser casa nueva.» «¿Y la comida y la cocinera?» «Me permito el lujo de comer de fonda, y variar el *menú* con arreglo al dinero que llevo en el bolsillo.»

Pues bien; cuanto se figuró no podia compa-

rarse con la realidad.—«Éntre usted; no tengo amueblados más que la salita y la alcoba; soy pobre.» Por sí mismo encendió la lámpara colgada en el centro de lo que él llamó salita, porque estaba ya anocheciendo. María, llevada de la curiosidad femenina, examinábalo todo; un conjunto encantador.

Para comprender la impresion recibida, es preciso adelantar, como dato, que la señora de Lopez no visitó nunca los talleres de los artistas, los estudios de los pintores, y que en el piso cuarto donde Morán vivia, llevado de sus aficiones, respondia lo posible su mobiliario y decorado al gusto que en los estudios y talleres predomina. Era un hermoso desórden. Lo inútil, exhibido porque es bello, lo útil revistiendo la forma artística; la mancha de color combinándose para dar la armonía y el realce. Cuadros de caballete, pocos pero bien firmados, en su mayor parte regalos de los artistas modernos amigos de Morán; esos juguetes que se hacen en el lienzo con el pincel cuando se deja la paleta mientras se habla con el amigo y se fuma un cigarro; tablas, academias, arrebatadas por un entusiasta de la cartera misma en que las guarda el pintor; acuarelas, y como aficionado, Morán tenia tambien allí sus caballetes, sus lienzos y algunos bocetos; en las

—¡Yo!

—Cuando se me entrega un bien lo tomo. Odio la fuerza y la violencia.—Y añadió con transicion sarcástica:—Son dos cualidades admirables en los brutos.

La hirió en lo vivo.

—Vamos á donde Vd. quiera, Morán.

Durante el trayecto no hablaron ya, prefiriendo el silencio.

El coche se detuvo. Bajaron.

¡La habitacion de Morán! Ya se la figuraba ella, sin haberla visto. Se la figuraba desde el dia en que dijo: «He querido seguir la costumbre francesa. He alquilado un piso. Yo no quiero casas de huéspedes.»—«Pero eso le costará á Vd. muy caro,»—objetó una de las tertulianas del domingo en casa de Lopez.—«No lo crea Vd. Tres duros al mes. En un barrio extremo, en el de Salamanca, y piso cuarto, sobre entresuelo. Tiene la ventaja de ser casa nueva.» «¿Y la comida y la cocinera?» «Me permito el lujo de comer de fonda, y variar el *menú* con arreglo al dinero que llevo en el bolsillo.»

Pues bien; cuanto se figuró no podia compararse con la realidad.—«Éntre usted; no tengo amueblados más que la salita y la alcoba; soy pobre.» Por sí mismo encendió la lámpara colgada en el centro de lo que él llamó salita, porque estaba ya anocheciendo. María, llevada de la curiosidad femenina, examinábalo todo; un conjunto encantador.

Para comprender la impresion recibida, es preciso adelantar, como dato, que la señora de Lopez no visitó nunca los talleres de los artistas, los estudios de los pintores, y que en el piso cuarto donde Morán vivia, llevado de sus aficiones, respondia lo posible su mobiliario y decorado al gusto que en los estudios y talleres predomina. Era un hermoso desórden. Lo inútil, exhibido porque es bello, lo útil revistiendo la forma artística; la mancha de color combinándose para dar la armonía y el realce. Cuadros de caballete, pocos pero bien firmados, en su mayor parte regalos de los artistas modernos amigos de Morán; esos juguetes que se hacen en el lienzo con el pincel cuando se deja la paleta mientras se habla con el amigo y se fuma un cigarro; tablas, academias, arrebatadas por un entusiasta de la cartera misma en que las guarda el pintor; acuarelas, y como aficionado, Morán tenia tambien allí sus caballetes, sus lienzos y algunos bocetos; en las

paredes, sobre repisas ó colgados, los vaciados en yeso, mitades y trozos del cuerpo humano, y luego alternaban con estos los bibelotes, los ladrillos ingleses, las telas japonesas, los platos antiguos, las figurillas de barro cocido, los esmaltes, las peinetas monumentales de concha, los brocados de iglesia; en dos rojas panoplias armas de acero relucientes, arcabuces, flechas y lanzas de las tribus salvajes. Mareábase la vista, y con el mismo mareo, se recreaba.

Tambien Morán, como el conde de San Marciano, Morán, el esclavo de la moda, habia empleado la manta jerezana de colores chillones y múltiples madroños, para las colgaduras de las puertas, para la sillería. A un lado veíase un arcon del siglo XVII, un armario de macizo roble que deberia ser tambien de la misma época. Aquella era la morada de un bohemio del arte, de un ecléctico hijo del siglo actual.

Habia allí olor especialísimo, además del agradable de la pintura al óleo, y el del único perfume que Morán usaba, olia á piel de Rusia, á tabaco habano, *olor á buen mozo,* que dicen algunas señoras casadas, como la de Lopez.

Miraba la mujer á la habitacion y á su inquilino. Habíase éste despojado de su abrigo de entretiempo y mostraba su gallardía y la correcta

elegancia de los menores movimientos. María no lloraba, no. Susto ni desconfianza sentia al verse allí, ni acordábase ya de lo que á este sitio la trajo. Vió un macetero con begonias, drágenas y gomeros, plantas en que la naturaleza esmeró sus caprichos de color, no para producir la flor, sino la hoja, y sin poderse contener: «¡Dios mio! ¡qué bonito!» Se levantó y se acercó. Ya puesta de pié no volvió á sentarse; sobre un velador de laca, tropezaron sus manos con unos guantes, y un bote de Atkinson; era la esencia de piel de Rusia; sin acertar á dominarse llevada de sus gustos, hizo girar el perfumador y se roció la mantilla.

—¡Ah! aquí huele á esto mismo.

—El perfume que yo uso,—contestó Morán, que habia vuelto á sonreir.

Ella devolvió la sonrisa.

No era posible hacer otra cosa. Ibase el sentimiento hácia el placer y los lábios se entreabrian. La vida quedaba allá abajo, y las gentes que vivian mirábanse como un hormiguero. Los deberes, la virtud, ¡Dios mio! ¡sí! son cosas de que hablan las hormigas humanas, el trabajo lo practican, y ganan su subsistencia, con arreglo á la condenacion bíblica, pero en aquella morada, alegre y alta como un nido puesto en la cima del árbol, en aquella morada, no se podia hablar ni

practicar más que una cosa, ¡el amor! el amor sin ninguna de las desilusiones que arrancan á tirones las plumas de las alas de Cupido; el amor, sentido no porque es elevado ni rastrero, no porque es grosero ó noble, puro ó impuro, sino porque es belleza ó verdad, y sobre todo, porque es amor. Lo cierto es, que perfumes y colores, distraccion eran, no solo de olfato y vista, sino de todos los sentidos, y lo mullido del asiento predisponia á la indolencia; lo cerrado de las colgaduras, la misma multiplicidad de muebles y objetos quitaba el eco, apagaba el sonido para que resultasen los diálogos como en voz baja.

Recordó la frase de Morán, y entonces comprendió á este hombre mejor y en absoluto. «No sea usted ridícula,» eso habia dicho, mirándola como nunca la miró, desdeñoso. Eso habia dicho, y eso le retrataba. No habia más que verle allí, como ella le veia, completado por un trozo de medio ambiente. Morán tenia el culto de lo elegante, de lo distinguido y de algo más, de lo que rompe todos los obstáculos, de lo que arrolla todas las preocupaciones y hasta de lo extravagante. Era revolucionario, odiaba la rutina. Enloquecia por el contraste; delante de un primoroso piano que á fuerza de privaciones, el aficionado á todas las bellas artes, logró comprar, en medio de tantos

objetos reveladores del buen tono, habia una barrica, una verdadera barrica de coñac, en la que como el dios Indio, sentábase para tocar; la preferia al taburete. Hacia un efecto horrible. «Tiene una ventaja,»—exclamó una tarde, dando la réplica á sus amigos.—Con este nuevo sistema, no hace falta que gire el asiento. Se bebe uno su contenido y es el pianista el que da vueltas, como si estuviera sentado á tornillo. Confieso, sin embargo, que no se lleva bien el compás cuando esto sucede, pero se toca con más entusiasmo.»

María experimentaba la impresion de aquel conjunto, y recibia la influencia del hombre, el dominio del organismo superior con el cual estaba en contacto. Nada de ridiculeces. ¿Que hay deberes? ¿Por qué los hay? Para sentir el deseo de eludirlos; para que lo ilícito produzca el goce mayor. ¿Que hay virtud? ¿Qué seria de la virtud sin el pecado? Débele á este reconocimiento eterno, porque le debe la existencia. ¡Ser honrada! ¿No le bastaba con ser jóven, con ser hermosa? ¿no preferia ser inteligente? Guardar la fidelidad jurada en los altares. Pero, ¿qué sabia ella quién era aquel á quien se la juraba? Ignoró que era imbécil, grosero, poco limpio, incapaz de unirse á ella, más que para desventura.

En los altares lo juró, sí. Pero ¡Dios mio! en

los altares la engañaron miserablemente, puesto que los ministros de Dios tenian poder para atar, pero no para desatar, y cuando el nudo resultaba mal hecho así se quedaba, á no ser en casos que ocurren, cuando las semanas no tienen jueves.

¡Su marido! Su verdadero marido allí estaba; era aquel, Morán, en el cual se reunian, llegando hasta el talento la inteligencia, el corazon hasta el sentimiento, hasta la elocuencia la palabra. Aquel era, aquel debió ser su marido, y aquella habitacion la suya, la de los dos. No era, no, la cita del adulterio. María de pié, mirando *sus* macetas, perfumándose con el perfume *suyo*, tocando distraidamente el teclado del abierto piano, riéndose al ver la barrica, al informarse de la explicacion que daba Morán, para convencer de lo útil que era como taburete, pero riéndose por fin á carcajadas, y exclamando al dirigirle una mirada en medio de la risa: «Hasta en eso, no se parece usted á nadie.» «¿En los taburetes?»—preguntó el elegante.—«Nó. En el ingenio.» María, así, confiada, tranquila, despierta y viva la imaginacion, agil y suelta, al andar, pudiérase decir que estaba con el elegido de su corazon y en aquella habitacion como en su casa.

Morán tambien estaba contento, con esa alegría reposada y varonil que se manifiesta, mejor

que por la risa y el grito, por ser pródiga en solicitudes y atenciones á la mujer que nos la proporciona. Abrió el armario de roble y puso sobre el velador lo que él llamaba sus chucherias. Morán tambien tuvo la hermosa cualidad de ser goloso. «Siempre tengo dulces,—esplicó, —en esto ya me parezco...»—¿A quién?—«A las mujeres.» «Comamos.»

Sentados frente á frente ella entornaba los ojos, y con los dientes menudos y fuertes, mordia las almendras, los caramelos; á poco con el almíbar le relucian los lábios. Morán los llegó á mirar con el mismo deseo que á las golosinas.

—¿Es Vd. poeta?

—Ya lo creo. Un gran poeta.

—Léame Vd. versos.

—¿Mios?

—Sí.

—Precisamente yo no hago versos. Mi género de poesía es ese.

—De pronto quedáronse los dos callados y sin osar mirarse. Se acordaron de que habian ido á encerrarse entre aquellas cuatro paredes para algo más que para reir, perfumarse, charlar, comer dulces y hablar de la mejor poesía. La señora de Lopez sintió un malestar y una amargura infinitos. Todo este cambio fué debido

al reloj. Un atleta de bronce sostenia la esfera que marcaba las horas, la cual figuraba un bloque de granito. Estaba sobre el arcon antiguo. En aquel momento el timbre sonó. Siete vibraciones claras y distintas...

—¡Las siete ya!

—A esta hora come Vd.

—Lopez estará esperando.

Morán se levantó agitado, nervioso. Acercóse á la figurilla, puso en el bloque, en lo que era reloj, su mano. Tocó el péndulo.

—¡Ya está parado! Seguirán siendo las siete hasta que se nos antoje.

Y volvió junto á ella.

—El tiempo se detiene cuando hace falta. Cuénteme Vd. eso,—terminó tranquilamente.

No se sentó esta vez donde antes estuvo, sino á su lado, aprovechando la proximidad de un silloncito.

La cogió las manos. La señora de Lopez no trató de esquivarlas; pero á la insistencia de Morán, que repitió su frase: «Cuéntemelo Vd.»—contestó.—«No. Hoy no. No puedo. No sé cómo empezar.» Volvió Morán á sonreir. «Es muy largo el relato,»—añadió trémula, porque esta vez las manos cogidas sentíanse estrechadas, acariciadas. «¿Largo? Al contrario, brevísimo.» «Muy

largo, creame Vd., y repugnante.» La sangre se agolpaba á sus megillas. El auxiliar se inclinó hácia ella. «Se dice en muy pocas palabras. ¿Tanto trabajo cuesta confesar que no ama Vd. á su marido?...» «¡Oh!» «¿Y que me ama Vd.?» Se lo dijo al oido, y con la última palabra la besó el lóbulo de la encendida oreja. La atrajo hácia sí dulcemente. «¡Morán! ¡por Dios! déjeme Vd.» La dió tantos besos que acabó por tutearle. «¡Déjame!» Esquivaba la boca, pero sin resistencia. El, por fin, llegó á los lábios. Trató ella de echar la cabeza hácia atrás, pero la voluntad, la pasion, detuvo el movimiento, hízolo al contrario. «¡Morán de mi vida!» Y la mujer se entregó, devolviendo las caricias, contagiándose del mismo ardimiento. Allí, sin moverse de allí. Todo revistió el carácter de trastorno intelectual y desvarío. Fué suya así, sin que ninguno de los dos se diera cuenta de lo que hacian hasta despues que lo hubieron hecho. La union carnal con que la señora de Lopez, *que no tenia nada de romántica*, habia soñado desde antes de casarse, cuando no se llamaba más que Mariquita Rodriguez. ¡El sueño de las solteras!

Morán bajó con ella. Se despidieron en la puerta de la calle con la mayor naturalidad. «Toma el tranvía. No puedes volver en coche porque *á ese* le llamaria la atencion. Yo iré esta noche:

dentro de una hora me tienes allí.» «Sí, no dejes de ir.» El tranvía se acercaba presurosamente. «Guárdate esta llave, María. No quiero que me esperes en la calle. Por hoy pase.» «¿Esta llave?» «Es la de la puerta. Subes desde mañana, entras y cierras. Si es que yo no estoy ya esperándote.» Mientras hablaba hizo señas al cobrador del tranvía que iba en la plataforma. «Hasta luego.» «Hasta dentro de poco.» Y la dió la mano galantemente para que subiera al vehículo.

Cuando el tranvía se puso de nuevo en movimiento, la señora de Lopez sintetizó el hecho en estas frases: «No podia suceder otra cosa, y tenia que ser de este modo.»

VIII.

Lo externo, ¡caso singular! mirándolo bajo este nuevo aspecto, tenia para la adúltera colores vivos, notas altas, mayor relieve, variedad, animacion, movimiento y vida. Y en cuanto al pensar y el sentir, tambien se modificaron: experimentaba orgullos extraños, como los que deberian henchir los vientres de Leda, Europa, Danae, las hermosísimas mortales de la fábula pagana; y en la fábula cristiana el de María, la doncella de Nazareth; orgullos que ponian en el lábio la comezon de decir: «Llena soy de gracia, un sér superior á todos vosotros entró á mí y está conmigo,» de buena gana se hubiera delatado á las gentes, á su mismo marido. «No sabes lo que ocurre. Morán es mi amante.» Luego el adulterio, aquel delito, pecado, ó lo que fuera (la señora de Lopez aceptaba los calificativos), teníalo, si así se consideraba, como su-

ciedad de estiércol, que, vertida al pié de la planta, produce mayor la belleza de las flores. Sintióse desde que lo cometió más mujer, mucho más pulida y delicada, con ternuras de que jamás se creyó capaz. Antes, por ejemplo, daba la moneda al pobre, porque los pobres acorralan, persiguen, miran los transeuntes, y es un compromiso, casi un sonrojo; ahora se apercibió del goce que la limosna procura, hízose caritativa. Decia antes, «pobre» y «pordiosero» hasta «mendigo.» Ahora llamábalos «desgraciados.» En esto del lenguaje introdujo una porcion de sustituciones de palabras. «La caida de la tarde,» en lugar de «el oscurecer,» que está mal dicho aunque aceptado; además, parecíale más propio y más bonito para designar la hora en que tenian los dos sus citas, en el piso cuarto del barrio de Salamanca. «Me besa al oscurecer.» ¡No! «*A la caida de la tarde.*» Está mejor dicho, y no es romántico en opinion de la señora de Lopez. Variacion no menor hubo en su conducta con respecto á Juan. Ya no le odiaba, cesaron hasta las náuseas y los ascos de marras. «¡El pobre Juan!» exclamaba á veces. El marido, como se ve, heredó este calificativo al ascender en categoría los otros, los que se llamaban «desgraciados,» y mucho fué que no le llamara «el mendigo Juan» ó «Juan el pordiosero.»

A la postre era mejor que el ódio, la compasion, sólo que ahora por las noches tenia que hacerse importuno, y porfiado como los pobres, para que ella accediese á sus deseos.

«Quédate un rato» era la frase de otro tiempo, del tiempo del ódio y de la repugnancia, la frase única. Callándose, la mujer obedecia. Hoy sobrevenia la réplica. «No.» Tenia que insistir, insistir mucho, suplicar. «El pobre Juan.» Cierto. «Juan el mendigo.» Más cierto todavía. Pues bien; á pesar de todo, hay que repetirlo; pensando en esto, se dijo un dia: «Soy la querida de Morán. Quiero volver á odiar á mi marido.» No pudo. ¡Cosa más rara!

Pero la modificacion más estupenda fué despues de la falta, del delito, del pecado, ó lo que se llamara (la señora de Lopez aceptaba los calificativos), sentir crecer mucho, mucho más que antes, el cariño hácia su hija. Besándola, lloraba de ternura.

Se identificó en gustos con el amante. Hubo un verdadero trabajo de asimilacion. Y fué tambien una aristócrata de aficion, una aficionada de arte. Compró las famosas begonias, cuyas hojas tenian visos de raso las unas, las otras de terciopelo, las dragenas esbelta, de tallos rectos, los gomeros, gastóse los cinco duros aquel mes en

plantas de salon, y exigió otros cinco al *pobre Juan*, con los cuales continuó adornando su gabinete. ¡Oh! Ya sabia ella cómo puede revelarse el buen tono, la distincion y la elegancia con poco dinero. Ya sabia lo que eran *bibelotes*, y dónde se vendian, y cómo su precio general de venta, varia de dos á cuatro pesetas, esto á lo sumo. Y así tuvo tambien las paredes cubiertas como Morán, adornadas con mil preciosas inutilidades. Hasta puso monos de *biscuit* (extrañó por cierto, esta palabra; la pronunciaba como la he escrito, y no sabia por qué los franceses han de llamar *bizcocho* á la porcelana), monos de porcelana que subian por cordones de seda, ó se columpiaban en el centro de las colgaduras. Llegó á tener ideas felicísimas, no por imitacion á las de Morán, sino suyas, exclusivamente suyas. Un pedazo de tela turca de seda de colores y oro, pidióselo al amante un dia, y se lo llevó á su casa muy contenta. Lo colocó sobre el copete del espejo, sobre el marco dorado, *à la diable*, como tirado allí, y cayendo sus pliegues de cualquier modo (tambien supo que *à la diable*, en el lenguaje de los estudios, es una frase que se emplea mucho para significar el desórden *que hace artístico)*. En las tiendas llegaron á conocerla por sus frases de pintura. Ahora se llevan unos sombreros imposibles. *No destacan.*»—«Señora. Aquí tiene Vd. el último modelo.» «Ese me gusta más, *hace fondo* para la cara. Hay que variar *la nota, el color.*» Con el arte y la elegancia, olvidó sus predilecciones por el azul, el rosa y el verde, predilecciones de los tiempos cursis, y preferia las telas grises, las de color tórtola, esto cuando elegia los tonos claros, porque se habia apasionado por los trajes negros ó extremadamente oscuros.

El que se maravillaba de tales trastornos, era el Sr. D. Juan Lopez y García, futuro ministro. Una vez exclamó: «Tu gabinete me recuerda algo las habitaciones de los condes de San Marciano, y en cuanto á tí, si vieras cuántas cosas te se han pegado de la manera de hablar y hasta de moverse de la condesa.»—«¿La condesa de San Marciano? Pero, hombre, si no la conozco, ni la he visto en mi vida.»—«Pues ahí verás tú.» Se sintió halagada, y aplacáronse con la semblanza hecha por el marido, los temores de que *el otro* llegara á sentir el hastío. «¡Oh! puesto que ya me parezco á las grandes señoras, á las que *él* está acostumbrado, debo gustarle cada vez más. No se cansará de mí.» Y recordó la frase de Morán: «No me encontrará *ridícula.*»

Amábale con delirio, y llegó á creer, de una manera casi positiva, que hasta entonces, hasta

el adulterio, habia estado como sometida á un sueño muy parecido al de la muerte, y que aquel hombre la habia resucitado. Notaba ahora lo que ella decia con una sola frase: «que tenia sangre en las venas,» una circulacion más potente; que tenia nervios; tambien los sentia extremecerse. En su cuerpo habia vibraciones para responder á cualquier contacto. Dijérase que su piel de mujer morena, piel gruesa cubriendo maciza carne, carne dura, habíase afinado por pulimento, que no quitó la porosidad, sino que la subdividió hasta lo infinito, y en los poros era frecuente la irritacion; por cualquier cosa «se le ponia la carne de gallina.» Le amaba, le idolatraba, y llegó á sentir el cariño como una opresion que cerraba el paso á su espíritu cuando, al recibir un beso suyo, y á veces sólo con verle, el espíritu parecia querer escaparse de su cárcel corporal. Era un nudo en la garganta. «¡Oh! no encuentro yo palabras para decirte lo que siento; no es cariño; es mucho más.» Morán la besaba otra vez y sonreia.

¡Y, sin embargo, no odiaba á Lopez! ¡Queria entrañablemente á su hija! ¡Francamente, estas dos rarezas suyas la ponian fuera de tino!

¡Cualquiera, sin ser adivino, podia figurarse que en la morada del funcionario público habia

adulterios! ¡Bobería! El de Juan con Manuela, la criada, quedó reducido al primer duro de aumento en el salario. Y en cuanto *al otro,* si de algo sirvió, fué para mejora en la vida conyugal. ¿Dónde están, pues, esos dramas que con el adulterio se originan, basan en él, y finalizan lógicamente en la catástrofe? La señora de Lopez no los veia, por mucho que, entornando los ojos, abarcase los más lejanos límites. ¡Ah! ¡Por algo tuvo desde los quince años aquella aversion al romanticismo; por algo procuró siempre no ser romántica!

Para demostrar mejor lo erróneo del sentimentalismo, puesto que teniendo marido y amante, hacia con cada uno vida distinta, puesto que lo real para Mariquita era que tenia dos modos de ser, dos naturalezas y, en una palabra, dos existencias, á veces analizaba las dos, colocándose en el vértice del triángulo aquel para mirar la base formada por el lado Lopez ó por el lado Morán, el uno partiendo de su mano derecha, la que le dió en el altar; el otro del costado izquierdo, del corazon. Pues bueno; siempre le resultaba el triángulo *equilátero*. Lopez era feliz y Morán tambien.

Lopez era feliz, porque ya no veia aquellos rencores que brillaron una temporada en los ojos

negros de la hermosísima morena que era su esposa ante Dios y ante los hombres. Ahora, no le contestaba por monosílabos, ni tenia las alteraciones bruscas de carácter, las extravagancias que originaron la famosísima teoría de los *antojos*, inventada por doña Dolores. ¡El futuro ministro! Para sintetizar sus mejorías del hogar, puede decirse que estaba tratado *á cuerpo de rey*. Por la mañana dejábanle dormir como un cachorro hasta el momento preciso, media hora antes de ir á la oficina, y cuando presuroso se levantaba, inquieto, suponiendo que no llegaria al Ministerio con la puntualidad que le caracterizó y distinguió entre todos los empleados que hay en España, encontraba la agradable sorpresa de verse servido como por arte de mágia, y hallarlo todo bien preparado para abreviar los minutos. El agua puesta en el lavabo, el almuerzo hecho ya, y esperándole en la mesa; Manuela habia cepillado sus botas, María le ayudaba á vestirse, poníale aquellos malditos botones de la camisa, alisaba el pelo de seda de su sombrero, y cuando entraban en sus brazos las mangas de la levita, ó sea cuando ya estaba vestido, sentia el sombrero en la cabeza y el baston en la mano. —«Anda, vete, que vas á llegar tarde.»—Era su esposa la que demostraba estas cariñosísimas solicitudes; la esposa ante Dios y ante los hombres; que no le guardaba rencor por el *sofion* de marras, puesto que si él manifestaba deseos de despedirse con un beso, presentaba en el acto la megilla.—«Anda, anda, dámelo y márchate.»—Lo único de que tenia queja, era de la esquivez de los lábios en esta caricia, y pensaba: «á mi mujer no le gusta que la bese en la boca.» Es verdad, que olia á tabaco, al del estanco, al nacional, de cuyo olor y sabor se quejan hasta los más empedernidos fumadores. Al regresar de la oficina, como su mujer no estaba en casa, no tenia, como otros maridos, quien le riñese por la tardanza, y en cambio disfrutaba tales extremos de libertad, que si se le antojase podria hasta llevar á paseo á la niña, haciendo de niñera la criada, esto suponiendo que el cuidado de los pucheros á la dicha criada no se lo estorbase. Las noches únicamente, pasados los goces del tresillo, eran algo molestas, pero no todas, sino aquellas en que las necesidades ó aficiones del organismo le obligaban á ser *el pobre Juan:* á pordiosear.

Morán era feliz; esto no está bien dicho, porque las venturas de Morán, no eran suyas únicamente como las del señor de Lopez, sino compartidas, y lo que es mejor aún, unidas estrechamente á

las de María. Eran felices los dos, porque tuvieron la felicidad, aunque á diario, muy pocas horas todos los dias; estaban juntos desde antes de dár las cinco en el memorable peñasco que pesaba sobre las espaldas del atleta de bronce, hasta las siete y media muy dadas, porque, á partir del adulterio, llegó á ser para Mariquita cosa corriente el hacer esperar á Juan y que sufriera retraso la comida: el besó de Morán, no se daba ya en la oreja al terminar una frase dicha al oido, ni se esperaba á darlo á última hora. ¡Pero la costumbre! ¡la fuerza de la costumbre! ¡Ah! ni un sólo minuto ménos que la tarde primera, y en cambio muchas caricias más. Ella, María, llegaba siempre antes. Tenia ese capricho. Le gustaba esperarle, estar sola, teclear el piano, probarse los guantes que él dejaba olvidados, y sorprenderse al ver que no le estaban grandes, que se ajustaban y ceñian, porque la mano de Morán era pequeña, de mujer. Luego estudiaba con provecho, como ya sabemos, en lo tocante á buen gusto y elegancia, examinando y analizando el mobiliario y decorado de aquel interior artístico. Los muebles *hacen* mejor esquinados, las sillas no deben formarse en línea de batalla pegadas á las paredes, el pliegue de las colgaduras que no resulte jamás recto ni estudiado; para los grabados,

los dibujos á pluma y las acuarelas, el marco más á propósito es negro, ó de roble, y la talla antigua preferible á las modernas molduras alemanas, por bonitas que parezcan; los marcos dorados muy anchos sólo se usan para la pintura al óleo, y aun se prefieren ya las imitaciones de bronce ó hierro oxidado; debe buscarse el contraste de colores, sin incurrir en lo chocarrero; etc., etc., etc. ¿Tardaba *Enrique?* (Enrique y Morán son una misma persona, Morán como apellido sirvió cuando no era más que amigo, y seguia sirviendo delante de extraños, pero Enrique es un nombre muy bonito, y fuera *ridículo* no llamar al amante por su nombre.) Pues cuando Enrique no era puntual, la señora de Lopez no se impacientaba. Dedicábase á poner algun arreglo en todo lo que veia, porque los hombres solteros no se ocupan de ciertos detalles, y bueno es que haya desórden pero no tanto. Los muebles tenian dos dedos de polvo; en algunas prendas de vestir que colgaban del ropero, habia mil deterioros que era preciso remediar; faltábanle dos botones á un chaleco; una levita que estaba completamente nueva necesitaba que se mudara la trencilla; los puños de algunas camisas tambien se deshilachaban y era preciso advertirle que no se gastara el dinero en eso, porque ella sabia poner puños y

cuellos nuevos tan bien como en la camiseria; tenia Enrique muchos pañuelos sin bordar, muchas corbatas que, poniendo lo de arriba abajo y lo de abajo arriba, volvian á estrenarse; regaba las macetas y humedecia las hojas de begonia con un trapito para que reviviesen de color con esta frescura; era un contra-dios, que quemasen la alfombra con las puntas de cigarro; ¿para qué estaban los escupidores? Iba y venia limpiando, recogiendo las cosas tiradas, poniéndolas en su sitio, barriendo á veces. Habíase traido de su casa algunos avíos de coser. Enrique siempre la sorprendió en alguna tarea. Lo único que jamás pensó en hacer era la cama. ¿Para qué? Ahora no sucedian las cosas como la vez primera, que fué sin saber ninguno de los dos lo que hacian hasta despues de haberlo hecho. Ahora faltábales el tiempo para abrazarse y besarse. ¡Dos horas y media, nada más! ¡Calcúlese! Era preciso aprovecharlas. Apenas llegaba Enrique, se desnudaban y se acostaban. El velador con los dulces se ponia en la alcoba, junto al lecho y al alcance de las perezosas manos.

Despues de esto, ¿quién puede asegurar que no eran felices aquellos dos hombres? La que empezaba á sentir algo que se iba espesando como una sombra, era ella. La señora de Lopez. Faltábale algo, y no sabia lo que fuese; pero, ciertamente lo echaba de ménos para su completa dicha. ¡Oh! Y de fijo que era importante. En todo aquello, desarrollándose sin que la más ligera contrariedad turbara el reposo, ¡ella no era romántica! pero sobraba humanidad y faltaba lo divino, lo sublime. No era romántica, no; pero sin serlo, parecíale muy prosáico, excesivamente prosáico, su adulterio. Bueno es huir del romanticismo siempre que se tenga miramiento en no incurrir en el extremo contrario. Ellos, Juan y Enrique podian estar contentos. Enhorabuena. Pero de seguir esto así, se cometia una indignidad, porque ignorando el marido la falta, en realidad, Mariquita podia tomar su revancha de la frase que pronunció Morán en el coche y que la hirió en lo vivo, porque no era Juan el que se rebajaba, porque de los tres, la figura que se ennoblecia con estas traiciones, era la víctima de ellas, era el futuro ministro, y en cambio podia decírsele *al otro:* «Enrique, eres ridículo» ó «estás en ridículo.» ¿Por qué? ¡Ah! Que no se lo preguntasen, porque calificándolo de ridiculez, era atenuar la crudeza de otros adjetivos que estaban en sus lábios. No podia explicar bien lo que ex-

perimentaba por las tardes, cuando despues de las más frenéticas caricias, Morán, el elegante Morán, Morán el artista, que era á la par, Morán el epicúreo, dándola el último beso, deprisa y con cierta impaciencia, exclamaba:—«Dieron las siete y media hace ya rato. Anda, vida, vístete, no le hagas esperar más.»—«Déjalo.»—«No, mujer, ¡pobre hombre!» Tenia que contenerse mucho para no mirarle con desprecio; allí estaba, y ella se vestia, atándose las cintas de las enaguas nerviosamente; allí estaba tendido en la cama, con el puro en la boca.—«Yo no me levanto. ¡Ya sabes! Me gusta quedarme un ratito así, hasta que se acabe el cigarro. Cuando salgas, cierra.» ¡Morán el epicúreo! Vestirse tambien, salir con ella, acompañarla hasta el tranvía, hízolo las primeras tardes únicamente.—«¿Irás esta noche?»—«¿Para jugar al tresillo? Sí. Hasta luego.»—¡Ah! ¿Pero qué significaba aquello? Jamás acabaria de comprender ese intríngulis de la elegancia, del *chic*, de las mil invenciones francesas. Si los franceses, si los amantes franceses eran así, no eran hombres, ó por lo ménos, eran unos hombres distintos de los que en España se estilaron hasta hace poco. Si la gente de buen tono hacia consistir el buen tono en tener la sangre de horchata, Mariquita declaraba desde luego que *Lopez*, á quien no queria, y *Enrique*, su idolatrado Enrique, corrian parejas, con la distincion de que Juan no tenia la culpa de ser linfático, mientras que *en el otro* la linfa era adquirida, tal vez ficticia; pero la llevaba puesta como una prenda de moda. Ser *esprit fort* y llevar por la mañana el hongo, y por la noche el sombrero de copa. Una tarde no pudo contenerse.—«Oye, Enrique, si mi marido llega á saber esto y viene á pedirte una satisfaccion, vamos, á desafiarte, como es natural.»—«Empieza por rectificar lo que has dicho, —interrumpió el elegante,—eso no es natural. Sucede muy pocas veces.»—«Bueno, pero supongamos que sucede ahora. ¿Tú te batirías con mi marido?»—«Es claro.»—«No pregunto eso, ¿te batirías con gusto? Para desahogarte, por fin, porque tú debes tenerle mucho rencor. ¿No es así?»—«¿Yo? ¡Qué tontería! Rencor ¿por qué? ¡Lopez no me ha hecho nunca nada!»—«Pero tú eres mi amante.» El la miró con extraña expresion.—«Ten mucho cuidado. Yo sé tirar y él nó. ¡La verdad! Sentiria tener que matarle en defensa propia.»—La adúltera se extremeció.—«Afortunadamente,—terminó el espadachin,—no es tu marido hombre de armas tomar.»—¡Cosa extraña! Tuvo un arrebato tal de sangre la señora de Lopez, que acaloradamente sostuvo la tésis

contraria; con afirmaciones repetidas declaró que *el pobre Juan* era todo un valiente, y que habia tenido ya dos ó tres cuestiones en que los otros no salieron bien librados. «¡Ah! ¿Se ha batido?»—«No, no. Pero riñas por los cafés, y en la calle.»—«Dejemos esto,—exclamó Morán,—puedes estar tranquila. Tu marido y yo no tendremos nunca una cuestion.»—«Pero ¿por qué?»—Contuvo, sin duda, la explicacion que iba á dar, y la sustituyó con esta réplica:—«Porque hay un refran que dice que cuando uno no quiere, dos no riñen »—¿Uno? ¿Quién era ese? ¿El? ¡Oh! Mariquita no comprendia y le resultaba un enigma, porque si ella, en lugar de su sexo, tuviera el varonil, si fuera hombre y llegase á conquistar el amor de una casada, parecíale el desafío cosa inminente, cosa que naturalísimamente tenia que suceder, porque los escondrijos de armarios y las fugas cuando el marido se presenta, toda la degradada *mise en scene* del adulterio, no le seria útil ni aprovechable. No se esconderia, ni era posible que huyera porque el marido se presentara, sino que esperándolo disputaria la posesion de lo conquistado, frente á frente, puñal en mano, poniendo el pié sobre el cuerpo de la mujer desmayada, que estaria entre los dos, ¡así! ¡Hasta morir ó matar dentro de la alcoba! Cuestion de temperamento

El suyo era sanguíneo. ¡No! ¡Cuestion de alma! Estos hombres de ahora no la tienen más que cuando abrazan, entonces no les parece bastante el beso, y bien saben llegar hasta el mordisco. Pues en las luchas del ódio, como en las del amor, llegan hasta morderse los rivales. ¡Hay que ser lógicos!

Concibió entonces una sospecha, y con ella vino á sentir amargura infinita. ¡Adúltera por buscar algo más elevado en el placer carnal! por eso, aunque resistiéndose primero, salió por fin al encuentro del amante, por eso buscó el cómplice y se hizo traidora. ¡Y resultaba *el otro* un sensualista, grosero como Lopez! Como en los altares, allí tambien la engañaban miserablemente. La sospecha se convirtió en realidad, y hé aquí cómo.

Enrique, incorporándose, apoyando el codo en las almohadas y la cabeza en la palma de la mano, hablaba una tarde, contaba lo que habia hecho, lo que habia visto en la oficina, en la calle, la historia de las horas de ausencia y de separacion, cuyo relato la señora de Lopez le exigia siempre. «Hoy mi compañero, el que se sienta en mi misma mesa, no ha podido ir.» «¿Por qué?»—«Está enfermo.» Y explicó la enfermedad

con toda crudeza. Era un hombre vicioso, no jugador ni borracho, mujeriego. Para satisfacer su vicio gastaba mucho y lo satisfacia mal. En malos lugares, donde adquiria dolencias terribles, repugnantes. «Yo se lo he dicho. Sigue el peor sistema. Siempre es mucho mejor lo que yo hago.»—«¿Y qué haces tú?»—preguntó la mísera sin comprender, y sintiendo la mordedura de los celos. «Pues esto. Contigo no me pueden pasar esas cosas. Pero él dice...»—«¿Qué dice?»—«Que no le gustan *los líos*.»

¡Ah! ¿Conque eso era en resumidas cuentas todo lo que habia sucedido entre ella y él? ¿Conque no la miraba de otro modo, ni la queria de otra suerte? Los deberes conyugales, el apellido de un hombre honrado, en riesgo á ser ludibrio de las gentes, el adulterio, en fin, porque al considerarlo con su necesario séquito de riesgos y deshonras, no exajeraba; todos estos sacrificios hechos por ella, por ella sola, eran á la postre, á los ojos del amante, era ella misma, ¿el qué? «¿A ver? ¿Vuelve á repetir eso? Cómo se llama estar como estamos nosotros dos. ¿Cómo estás tú conmigo?» «¡UN LÍO!» Morán, el elegante. Morán, el distinguido, el artista, ¿habia sido capaz de repetir la frase? Fué el epicúreo. ¡No! ¡Fué el canalla! Morán el canalla.

Se levantó. «¿Te vas ya?»—«Sí. Hoy no puedo esperar á las siete y media. Mi marido almorzó mal y más temprano. Estará impaciente.» ¡Palabra de honor! Se le llenaba la boca con decir ¡¡MI MARIDO!! ¡¡MI MARIDO!! Sonaba divinamente. Enrique no insistió en detenerla. «Hasta luego. Iré pronto.»—«Cuando gustes.»

Bajó deprisa las escaleras. Ya decia ella que para la dicha le faltaba algo, y sin saber lo que fuese estaba segura de que seria importante. Muy importante. La dicha entera.

IX.

Aquel puñetazo de la realidad, porque no fué otro el efecto y la impresion recibidos, sino como los de un puñetazo innoble en la cara, hízola mucho daño. ¿Por qué, Dios mio, por qué no han de saber las gentes ó no han de convencerse nunca de que con una palabra, con el aliento que sale cuando se pronuncia, queda empañado y hasta se rompe lo quebradizo de nuestras ilusiones? ¡las que más brillantes eran! Y si la palabra no se pronuncia, pero se escribe, con la tinta, con esta horrible tinta que mancha las purezas del papel, se envenena y se mata mejor que con el secreto ya descubierto de los Borghias. ¡El antídoto de las palabras! jamás la ciencia podrá vanagloriarse diciendo: «¡lo encontré!» Un eureka imposible.

Ello es que con la palabra se define y se retrata, y Morán con aquella, se habia descubierto, no tal como el amor de la mujer se lo fingia, ¡pobre mujer y pobre amor! sino tal como era. Quedó retratado de cuerpo entero en su habitacion, que no resultaba ahora la de un artista, ni el cuarto de soltero, ni la morada de un hombre elegante, distinguido. Nada de eso. Ni él tenia una naturaleza de artista, ni vivia en un estudio. ¡Enrique Morán! Sus amigos, como el compañero de la oficina, debian llamarle *el hombre de los lios.* ¡El piso cuarto! Aquello era lo que en el lenguaje de la crápula se llama *un picadero.* La señora de Lopez era, no su querida; si al ménos fuera esto, la diese este nombre, ménos mal, ¡pero no! la señora de Lopez mirábala él de fijo, como el *bicho que estaba en suerte y tomaba varas.* Y todo así, entre francés y tauromáquico. De última moda.

¡Oh! ¡qué vergüenza!

¡Qué castigo! Porque era el castigo de la falta, y ahora empezaba á comprender que en la vida real es el adulterio mucho más dramático que en el teatro. Que estas cosas que no son efectos teatrales, producen el efecto de las estocadas, peor aún, porque no todas las estocadas matan, y las heridas de la realidad, en cambio, no se cierran nunca; antes se gangrenan. Sí. Una herida primero y despues la podredumbre.

Lo hecho, hecho estaba. La señora de Lopez regresó á su casa con el ánimo conturbado extraordinariamente. Lopez se sorprendió de la puntualidad. «Hoy te has entretenido ménos.»—«Sí. Porque sé que debes tener más apetito.» Y le sonrió y se quedó mirándole; ¡diablo! su mujer estaba muy bonita, tenia mucho brillo en los ojos, y acusaba lo encendido de las megillas mucho calor en la piel. «Sí, tengo apetito, sí.» «Pues que pongan la sopa en la mesa. Voy á quitarme este traje. ¿Vienes?» ¿Cómo? ¿Habria oido mal? «Anda, hombre, vente. Me harás compañía mientras me pongo la bata.» Esto sí que resultaba inaudito, sorprendente, inesperado. Conque Mariquita, despues de dos ó tres meses (lo ménos eran tres) durante los cuales habia ido ahondando y ensanchando más las separaciones en la vida conyugal, empezando por la más grave, por hacerle dormir en la sala, siguiendo por exigir que el gabinete y la alcoba fueran suyos, exclusivamente suyos, *las habitaciones de la señora*, como decia Manuela, Mariquita Rodriguez, que se habia hecho muy corretona, que descuidaba hasta sus deberes de madre por andar de paseo, de visitas ó de tiendas, ó rodando por las iglesias; de pronto, una tarde volvia más temprano que de costumbre, acordándose del apetito de su marido, cosa hasta entonces no tenida en cuenta, y luego le miraba con una expresion que queria decir, sabe Dios cuántas cosas, y por último, y para remate, le invitaba á verla cambiar de ropa, á estar allí, en el gabinete, en aquel sitio de privilegio; y con gentil acomodo descolgaba, quitaba la tablilla que parecia estar puesta por su mano y escrita de su puño y letra, tablilla que de existir materialmente, diria: «*No se permite la entrada.*»

—«Vamos andando,»—dijo el señor de Lopez regocijadamente. Manuela, que lo habia oido, sin duda, merced á la proximidad de la cocina, andaba á trastazos con las cacerolas, haciendo en cada una un bollo, furiosa.

En el gabinete se formó el grupo de familia; porque Rita, la chicuela que estaba tambien en el comedor, fuese tras de sus padres: María se desabrochaba el cuerpo del vestido y hablaba sin cesar, habia venido muy charlatana. Juan respondia aturdido, y á su vez hacia algun comentario.—«Sabes que esta habitacion está muy bonita. Esa tela turca encima del espejo hace muy bien.» «¡Ah! ¡la tela turca! la voy á quitar, ahora mismo.»—«¿Por qué? Pues si dice mucho, y como los colores son tan vivos, y la que vive aquí es una morena; sienta muy bien.»—¿De

veras? A que mi señor marido se vueve galante, ¡qué milagro!» En esto, como la niña andaba entre sus faldas, la cogió en brazos y la colmó de besos.—«Escucha, Juan, voy á darte una sorpresa.» Juan estuvo á punto de decir «¿otra?» pero se contuvo. «Una sorpresa, ¿cuál?—«Pues mira, he pensado que te vengas á dormir aquí, como antes, en tu cama. En el suelo es una incomodidad muy grande,—y bajando los ojos con sus antiguos rubores de doncella.—Despues de todo, como la mayor parte de las noches... ¿me entiendes?... tú ya sabes lo que yo quiero decir.»—«Sí mujer, tienes razon.»—«¿No es verdad? puesto que ya... en fin, que estando como estamos, es *ridi*... «No llegó á decirlo.» ¡La palabra de Morán! *ridiculez, ridículo*. Queria perder esta muletilla del lenguaje.—«La sopa!»—gritó en aquel punto la cocinera. Un grito desaforado, y un golpe seco al poner la sopera humeante sobre los manteles, en el tablero. La señora de Lopez púsose la bata de cualquier modo. «Ea, á comer. Quedamos en eso ¡eh!»—«Ya lo creo.»

Y cuando vino Morán jugaron al tresillo. La señora de Lopez le daba bromas con las duquesas. Bromas pesadas.

Al dia siguiente, al salir de la oficina, los dos empleados se vieron sorprendidos. Lopez encontró á su mujer con la niña, á la puerta misma del Ministerio de la Gobernacion.—«He venido para que me acompañes, el dia está hermoso; vamos á dar un paseo.»

Enrique, en el estudio, estuvo esperando inútilmente á la señora de Lopez toda la tarde. Desde las cinco hasta las siete y media. Las horas de la cita. «Tarda,»—se dijo primero. «¿Estará enferma?» y esta suposicion túvole inquieto. Luego reflexionó mejor. «¿Enferma? puede ser. Pero anoche sus palabras tenian estallidos de cólera, de irritacion contra mí. ¿Por qué?» El no recordaba que hubiese ningun motivo. Estuvo pensando... «Ayer á las cinco cuando yo vine, estaba aquí. Me abrazó, me besó como siempre. Tan cariñosa. Yo nada hice, sino imitarla, besar, abrazar tambien. Nuestras palabras, las de costumbre, de amor... juramentos... promesas... y luego estuvimos hablando de asuntos que interesaban muy poco, y lo que es á ella, ni poco ni mucho Se marchó, porque tenia prisa, porque su marido almorzó mal y más temprano. Hizo bien. «Pero entonces...» Y convenciéndose despues de tales cavilaciones, de lo inútil que serian todos sus esfuerzos de imaginacion, abrió el piano, quedó-

se mirando estúpidamente la barrica, y antes de sentarse en ella, puso en prática su famosa teoria, sacó del armario una copa, dió vuelta á la espita, bebió un buen trago, y tocó la cancion famosa del seductor en *Rigoletto*:

La donna é móvile
Qual piuma a il vento
Muta d' assento
E di pensiero,

imitando en el teclado la carcajada con que *la horda* al final el tenor Massini; aquello sí que era portarse como un cursi; estar en ridículo y ser imbécil. Comprendiéndolo así, se levantó nervioso y sobrescitado. «¿Por qué faltaba á la cita la señora de Lopez?» Era preciso saberlo; ¡qué lástima de tarde perdida para los placeres! ¡Las siete y media ya! Púsose el sombrero, y bajó las escaleras con un apresuramiento tal, que á él mismo hubo de sorprenderle. No estaba enamorado, no. Es que necesitaba pedir esplicaciones, averiguar si era aquello definitivo. Las gentes cuando llegan, no hasta lo último, como ellos, sino á los comienzos, nada más que á los comienzos, no se separan así, para no volver á verse nunca. «Estas cosas son como los desafios.»—Iba pensando Enrique.—Hay que batirse, porque es lo mejor. Se evita un asesinato.» El no amaba. ¡Un hombre de mundo! ¡Un filósofo, poseedor de la verdad, de toda la verdad! No. En lugar de subir en el tranvia, alquiló un coche. «Calle de la Justa, número... A escape.» Luego abrió el cristal de delante. «Tendrás buena propina.» Insistia en que no era el amor, sino otra cosa. El amor propio.

Y no se me negará que, pues el pensamiento tiene el vuelo alto y rápido, podrian escribirse volúmenes enteros, interesantísimos, sin hacer otra cosa más que copiar todo lo que Morán iba pensando. Habrá que extractar mucho, puesto que las dimensiones de esta obra, solo así me lo permiten, pero precisa decir siquiera lo más culminante. Ello es que el amante hasta entonces, hasta lo que pudiéramos llamar la primera *infidelidad,* no se preocupó de analizarse en su relacion con el organismo, con el nuevo organismo de doña María Rodriguez *de Lopez,* puesto en contacto moral, material é intelectual con el suyo. Esto dicho así, quizás no resulte muy claro, y acaso esté mal explicado. No lo disputo y procuraré que se entienda. Nuestro elegante no sabia

á ciencia cierta la intensidad de su afecto, porque en las cegueras de la dicha y de la posesion, nadie, ni siquiera los hombres de mundo, se detienen á pesar y medir estas cosas. Así, muy por encima, y muy á la ligera, al considerar el frenesí y los extremos de pasion con que le trataba Mariquita, dijo una vez: «Esta mujer parece que me quiere,» se quedó un rato pensativo; ¡cosa más rara! «Me quiere» y sintió que se conmovia al afirmarlo; el cariño impresiona, y más profundamente á los séres que viven á solas con su libertad. Los mismos dichosos se cansan del egoismo y tienden las velas de la nave, y á la postre se desesperan, si no las hinchan vientos de amor, y únicamente los de la fortuna. Yo he visto, aquí, en Madrid, llorar á un banquero, en pleno Teatro Real, porque una hermosísima perdida, le advirtió bostezando: «No sé qué me aburre más, la música, ó lo que me has dicho,» «digo que te adoro,» «y que me pagas. ¿No sabes hablar de otra cosa?»—«Tú me engañas ó me engañarás.» —«Te seré fiel hasta la última moneda.» Por eso lloraba. Le parecia horrible tener tantos millones que la fidelidad y el amor pagados iban á durar hasta la muerte. Gratis no.

Pues bien; Morán tenia sus arcas repletas nada más que de filosofía. Hasta entonces no

pudo llorar nunca como el banquero. Las mujeres caian en sus brazos sin pedir más que el beso, y lo que se figuraban los oyentes de sus relatos en la tertulia dominguera de los señores de Lopez era cierto. Casi siempre él era el protagonista de las aventuras que contaba, sustituyendo su nombre con el primero que acudia á la memoria, á la inventiva. En aquel piso cuarto del barrio de Salamanca la señora de Lopez hubo de tener predecesoras de gran valía. Porte distinguido, facciones varonilmente hermosas, juventud, una camisa bien planchada, los grandes almacenes del *Printemps* remesando los trajes de corte parisien, y uniéndose á esto discrecion, frivolidad para tratar con los frívolos, ingenio para responder á los hombres de talento, y con las mujeres que tambien lo tengan no hablarles más que de su hermosura, esto hacia Morán, reuniendo elementos sobrados para llegar á las almas y á los cuerpos femeninos, y recorrer los salones pío, felice y triunfador. Era un rey de hembras, que unia el más absoluto y caballeresco sigilo á tantas apreciables cualidades. Decia al oido de las que resistian un poco: «Nadie sabrá nada.» Y ya no se trataba de una deshonra, sino de un secreto. Todo, con este carácter, resultaba encantador. Un D. Juan cuyas aven-

turas no tendrian nunca la publicidad del teatro y de la novela. Morán se divertia extraordinariamente, y negaba la existencia de Tenorio, tildando de inverosímil su buena suerte en lances de amor. «Ninguna mujer se entrega así, de buenas á primeras.» Lo decia en un grupo de damas, entre las cuales dos ó tres afirmaban el dicho, compitiendo con Morán en energía. Dos ó tres. Si se las hubiera registrado, alguna de ellas se veria cogida *infraganti* con la llave del piso cuarto del barrio de Salamanca en el bolsillo. En casa es aventurado dejarla, porque se pierde. Además, una llave de cerradura inglesa no estorba. Es pequeña, una monada. Pueden verla y preguntar los maridos y los curiosos: «¿Qué llave es esa?» Parece la del estuche de joyas y, en último caso, la del costurero que no se abre nunca. Aquellas hermosas holgazanas iban, como fué la señora de Lopez; iban y caian. Amores fáciles, conquistas hechas durante el vals, que se entregaban, que decian *sí* aturdidas con el vértigo de la danza; amores que duraban lo que aquel mareo. Despues, y como recobrando el conocimiento, el raciocinio, meditaban. «¿Qué he hecho yo, Dios mio? Nada; tener con Morán un adorable secreto. Con Enrique Morán, el elegante, el caballero. «*Nadie sabrá nada.*» Se despedian, muchas

para no volver, las que habian sido doblemente infieles, las que tenian ya marido y amante. Todos sus lances fueron de este género. Mariquita se equivocaba. Enrique no era *el hombre de los líos*. No era el amante preferido de ninguna. No tenian sus amores consistencia ni profundidad; cariño cuya duracion era la de una caricia. El hombre de los líos, ¡no! *el hombre de las aventuras*. Una diversion para las depravadas, para algunas pervertidas de la aristocracia. Siempre que caia entre ellas uno de estos desertores *de la otra clase*, entre ellas, entre sus faldas, se lo lanzaban una á otra, y lo recogian como un volante; sólo que esta vez el juguete disfrutaba tanto como las jugadoras. Así llegó hasta la señora de Lopez, dando la vuelta, sin apercibirse de ello. Alguna, muy torpe, tiró el volante con mayor impulso, y salió fuera del corro, yendo al sitio de partida, al sitio de su procedencia, *á la otra clase*. ¿Quién fué? ¿Cómo sucedió? Ni él mismo lo sabia.

Lo que sí averiguó, ahora, dentro del coche, que rápidamente le llevaba á la calle de la Justa; lo que sí llegó á comprender, fué que su caida pareció como posarse, delicadamente, despues de haber descrito en el aire de los parques á la inglesa los inconstantes giros de la mariposa. Posó y reposó. Las aventuras cesaron y la señora

de Lopez, aunque á ofensa lo tomara, la señora de Lopez era su *primer lío*. Lo que llaman los franceses *un collage*. Y lo que hasta ahora, dentro de aquel coche, no pudo saber de una manera positiva, con toda certeza, fué que el *lío* revestia novedades de forma y de fondo, tales y tan llenas de atractivos, que le tenian encadenado. Todo esto averiguó, todo esto supo, cuando tratando de romper aquellos lazos, vió que á cada movimiento le ligaban con más fuerza. A semejanza de Gulliver, en el país de Liliput, durmióse libre y suelto, salvado milagrosamente de un naufragio, y al despertar se halló atado con hilos de coser, y pinchado por finísimas agujas. Pero los hilos eran fuertes y le inmovilizaban, las agujas en número tal, que los pinchazos fueron heridas, y corria la sangre por toda la tierra á su rededor. De esto tambien tenian la culpa las otras, las del corro, las del juego del volante. Como que la señora de Lopez resultaba la oposicion y el contraste. Dígase lo que se quiera, todas las filosofías habidas y por haber no sirven para maldita la cosa, cuando el hombre necesita algo ménos cierto quizás, pero más humano que la filosofía. Despues de cuatro ó cinco años como los que Morán hubo pasado, vistiendo el frac todas las noches, sirviendo de pareja en los cotillones, dejándose

manchar las solapas con la sin rival *Veloutine Charles Fay*, hablando francés é inglés. Discutiendo sériamente el *Stud-Book* español, declarando con tono doctoral que la yegua *Famika* del marqués de Alcañices, es *alazana, cordon corrido, bebe con ambos, calzada alta de la mano derecha, semicircular externa de la izquierda, calzada baja del derecho y semicalzada interna del izquierdo*, que procedia de los Haras de Hampton Court, siendo su padre *Clanronald*, su madre *Biretta*, el padre de *Clanronald*, *Blair Athol*, su madre *Isuna*, el padre de *Bicetta*, *Orlando*, y su madre *Catawba*, cosas todas que llamaban la atencion de sus oyentes y acusaban un caudal de conocimientos importantísimos, y sobre todo maravilloso en quien no tenia caudal ninguno, ni caballos de carrera, ni más dia ni noche que doce mil reales de sueldo en un destino *seguro* del Tribunal de Cuentas; despues de esto, ser meramente un testigo de los placeres de los demás, de los felices, de los afortunados, de los opulentos; ser ese jóven de la clase media, á quien se le abren las puertas de la *high-life*, no para que participe de ella, «pobre muchacho,» sino para decirle: «Puesto que goza Vd. con eso, pase adelante, venga Vd. á ver cómo nos divertimos;» ser eso, nada más que eso; y de vez en cuando recoger las migajas del festin;

comérselas á escondidas, ó si le veian, comérselas despacio para que no sospechasen la verdad, que tenia hambre; recibir las caricias soñadas de algunas viciosas; figurarse que era uno de tantos en el Olimpo, entre los inmortales, entre los dioses, decir: «Esta que tengo en mis brazos, dicen que la tuvo el rey, el príncipe, ó el millonario, en los suyos; esta que me acaricia, ciñe corona condal,» y oir que la hermosa, con el último beso, rompe el encanto: «oye, no pienses más en mí; amo á otro, ya sabes (al rey, al príncipe ó al millonario). No eres de los nuestros y quizás por eso vine... por satisfacer tu capricho... quizás por curiosidad... para saber lo que era esto.» Y luego ni siquiera fueron muchas, algunas, muy pocas...

¡Hombre de mundo! ¡No! Un ignoranton, un inocente de la peor especie, un tonto con pretensiones de listo. Eso fué hasta que conoció á la señora de Lopez, porque ahora, cuando la berlina de alquiler se detuvo ante el portal de la casa, ahora, veia por fin con toda claridad, en plena luz, las ideas y los sentimientos. «¡La quiero! ¡es mi primer amor!»

Y subió las escaleras deprisa, muy deprisa. ¿Por qué no ha de *estar bien visto* llamar dando un campanillazo?

La señora de Lopez no estaba enferma, sino muy buena y guapa, guapísima, y habia salido de paseo con Juan por la tarde. «Vamos, una súplica del amigo Lopez. Los maridos tambien tienen sus caprichos, reaccion de ternura conyugal.»—«Nada de eso. Ha sido ella. Me dió esta sorpresa al salir de la oficina. Fué á buscarme con Rita.»—«¡Ah!»—«*Este es el lote de Vd.*»—dijo la hermosa morena que habia estado arreglando las fichas del tresillo durante el diálogo. «Doscientos tantos justos, *señor de Morán.*»—«Gracias.»—¡Doscientos tantos! Le parecieron pocos todavía para lo que él hubiera hecho de buen grado. Tirárselos todos á la cara.

Se contuvo. Pero la mujer no creyó haber sido bastante cruel con lo anteriormente dicho.

—«¿Y Vd., señor de Morán? ¿Cómo ha pasado la tarde?

Sobre todo, la sonrisa con que se acompañaron estas palabras, era digna de estudio.

Pero no pareció sino que el ensañamiento de la señora de Lopez le devolvia su buen humor, y se lo devolvió ¡cierto! porque dejándose llevar de su génio, ahora de buena gana la hubiera cogido en sus brazos, besándola con delirio. «¡Ah! ¡todavía me quieres!»—Supo reprimirlo.

—¿La tarde? ¡Deliciosamente!

María le miró con gran fijeza. Se puso muy pálida.

—¿De veras? ¿Solo?

—Por casualidad no me aburrí. He tenido visita. Una visita inesperada.

¡Qué auxiliar tan valioso tuvo entonces el auxiliar del Tribunal de Cuentas! Fué Juan, el mismísimo Juan, que aprovechó la ocasion para lucir aquel ingénio que estrenó, hablando por primera vez con su ministro en el baile de los condes de San Marciano.

—¿Visita, eh?—(Aquí hizo un guiño.)—¿Inesperada?—(Otro idem.)

Quedóse un punto pensando la frase, mirando al techo, repitiendo á la lámpara del comedor los guiños hechos á Morán, y de seguro que el ingénio hubiera fracasado, á no ser porque el amante lo tuvo en extremo, fingiendo inquietud y temor de manera que *ella* se apercibiese.

—¿Cuántas esperanzas ha realizado Vd. con esa visita... inesperada?

La señora de Lopez tenia su juego de naipes cogido de mala manera. La partida habíase interrumpido. Esperaba la réplica de Enrique.

—María,—dijo éste variando la conversacion,—*que se le ven á Vd. las cartas.*

—¡Oh!

¿No queria una réplica? Frase por frase, valia por la otra, la *del lote.*

—Juguemos. Yo paso con la espada. Lo advierto antes para no dar codillo.

Cuando se acabó la partida, érale muy difícil disimular su regocijo.

Decididamente habia hecho muy bien en alquilar un coche para llegar cuanto antes. Sí, podian escribirse volúmenes enteros, interesantísimos, sin hacer otra cosa que copiar lo que se vá pensando durante el trayecto que recorre una berlina desde el barrio de Salamanca á la calle de la Justa. «Deprisa, tendrás buena propina.» Deprisa, corre mucho el pensamiento, cuando la mujer amada falta por primera vez á la cita. «¿Por qué ha sido? ¡Ah! ya lo sé. Porque echa de ménos el sufrimiento. Hagámosla sufrir, puesto que yo la quiero.» ¡Cosa más lógica!

X.

Y sufrió mucho. No creia posible que en pocas horas, las que restaban de la noche y las de la mañana, que mediaron desde el despertar hasta despues de servido el almuerzo, hasta que Juan abrió la puerta de la escalera, y salió por fin camino de la oficina; no creia posible tener tanta resistencia para contener las lágrimas, tanto disimulo para que no salieran como sollozos las palabras con que respondió á las preguntas de su marido, y éste se creyó en el deber de hacerlas, por aquella *reaccion de ternura conyugal* de que hablara Enrique, y en cuyo pleno goce estaba.—«¿Qué tienes?»—«Nada.»—«¿Estás de mal humor?»—«No, no.»—«Tienes los ojos como de no haber dormido.»—«¡Psh!»—«¿Quieres que no salga?»—«No.»—«¿Irás á buscarme como ayer?»—«No.» La reaccion de los monosílabos. Y apenas se quedó sola, respiró con más libertad. Entró

de nuevo en su gabinete. Lo notó en seguida. Notó la falta. Habia quitado por fin la tela turca que tan caprichosos pliegues formaba colgando del espejo. La vió tirada sobre una silla. No pudo más. Ni siquiera cogerla, sino caer ella tambien en otro asiento, llorando, dando salida y desahogo á su pena. ¡Ah! ¿Por qué tuvo Enrique la crueldad de su frase? ¡La palabra aquella envenenada! ¿Por qué se le ocurrió decir que entre los dos, entre ella y él, no habia más que *un lío?* Llorar por esto. Ahora sí que podia decirlo. «Soy *ridícula.*»

Tenia impaciencia, curiosidad y fiebre. Verdadera fiebre. Quiso saber lo cierto á toda costa. ¿Una visita inesperada? ¿Qué visita? ¡Una mujer! Alguno de sus antiguos *líos.* Un retoño de amor. Ahora se alegraba mucho de no haber ido. *Un ángel se lo habia aconsejado.* ¡Qué escena tan violenta de lo contrario, al presentarse *la otra!* Duquesa ó condesa. Sabe Dios. Volvió á ser Morán el brillante meteóro, el fragmento de astro desprendido de los cielos del lujo, de la elegancia, de la riqueza, de una esfera superior, de las alturas aristocráticas. No; ir figurarse, al faltar á la cita, la soledad del amante, la sobreexcitacion nerviosa en que le pondrian las dos horas y media de espera; durante el paseo estuvo contenta,

envanecida. «Sufre, se desespera. En este mome to estoy vengándome de la manera mejor y más completa.»—Ni sufria, ni se desesperaba. Otra, quizás más bonita, de seguro con mayores atractivos, ocupaba su puesto. Morán, el elegante Morán, tuvo la avilantez de confesarlo, devoró su racion de caricias como todas las tardes.—«¿Cómo ha pasado Vd. la tarde de hoy, Sr. Morán?»—«Deliciosamente.»—¡Infame!

Formó su plan. No se detuvo á pensar que pensaba de un modo distinto, diametralmente opuesto á sus decisiones de la víspera. ¿Para qué? Todo aquello probaba que pasó veinticuatro horas tratando de engañarse á sí misma. Que la reaccion de ternura conyugal era falsa. ¡Enrique! No podia dejar de quererle. ¡Cada dia más! Pues claro. Lo urgente era salir de dudas. Vestirse. Ir al barrio da Salamanca, al estudio, á la habitacion de hombre soltero *(chambre de garçon)*, cuando Morán estuviese en la oficina, y registrar muebles y ropas durante su ausencia. Enrique era muy descuidado, y ella, *la otra*, tambien en aquel trance... Seria posible que hubiese en la salita... ó en la alcoba, en la alcoba, sobre todo, algo delator de la visita. Un guante olvidado,

una pulsera, una flor, cualquier cosa. Y sobre todo, si nada habia, sus propósitos tenian otro resultado. Le esperaria, esperaria á Enrique, y ella misma le abriria la puerta. «Vamos á tener una explicacion,»—pensaba decirle. Una explicacion, una escena terrible. ¿Aquel hombre por quién la tomaba? ¿Qué se habia figurado? ¿Acaso es tambien de última moda vivir á lo sultan y tener un harem repartido por Madrid? Pues ella se declaraba en contra, protestaba, preferia ser toda su vida una cursi.

Se vistió y acicaló con tal esmero, y con tan amañadas solicitudes atendió al tocador, que tardó en él cerca de dos horas. La condesa, duquesa, ó lo que fuera, podia resultar mejor vestida, más elegante, pero lo que es ella, con la última mirada de consulta al espejo, pudo decir, como dijo: «Soy hermosa.» Iba á salir, pero se acordó de que restaba por hacer una cosa importantísima, y la hizo, vestida ya como estaba. Volver á colocar la tela turca en su sitio, el regalo de Morán, sobre el espejo. En lugar de preferencia. Dió un beso á su hija, y bajando la escalera, se encaminó resueltamente hácia la Puerta del Sol, á reanudar sus antiguas costumbres del adulterio; á ser la viajera del tranvía, conocida ya de los cobradores, que al verla subir sonreian maliciosa-

mente. En los barrios de ensanche de Madrid, ya saben ellos que el amor ha ido á tomar en alquiler una porcion de agradables retiros, buscando las casas nuevas, las habitaciones empapeladas bonitamente, el sol que alegra entrando hasta la alcoba y el aire más puro que dilata los pulmones.

Llegó. Eran las tres en el peñasco del atleta de bronce. Hasta las cinco que volveria Enrique, tenia tiempo sobrado. Sentóse en un confidente, no por cansancio, sino para dominar su agitacion. Sí. Tenia fiebre. Por eso al mirarse al espejo pudo decir: «Soy hermosa.» Lo era y estaba más linda que nunca, por el brillo de la fiebre en los ojos, por el arrebatado color de las megillas. *La otra*, si no tenia tambien esta calentura de los celos, era una rival de belleza poco temible. Podia presentarse cuando quisiera. Renovando el juicio de Páris, la manzana hubiera sido para María. El beso de Morán para ella, para sus lábios.

Se levantó nerviosa. «¡Oh! Pero no le dejaré. ¡Besarme! Antes tendrá que pedir perdon de rodillas.»—Empezó el registro más minucioso que pueda imaginar el lector. ¿Dónde estaria el guante, la pulsera, la flor, lo que en la tarde anterior indudablemente habíase dejado allí por olvido ó como recuerdo. En la salita no encontró nada. Miraba mueble por mueble, atenta, concentrando su sér, su curiosidad en los ojos. Bastaba con una horquilla, que de seguro seria distinta de las que ella usaba. ¡Ni una horquilla! Entonces se extremeció. Era preciso apurar el sufrimiento. Entrar en la alcoba. Habia tenido la esperanza de... no sabia de qué... pero ello es que hubiese preferido no hacer el hallazgo allí.

¡Allí lo hizo! Sobre la cama, entre los revueltos pliegues de la colcha, lo encontró. No se veia otra cosa. ¡Un postizo! Un rizo rubio. Entonces aquel año usaban postizos jóvenes y viejas, todas, porque el peinado lo exigia así. Y aquel rizo rubio debia ser de una mujer jóven. ¿Cuánto tiempo estuvo inmóvil mirando el desórden de ropas, el rizo en medio del desórden, mirándolo todo estúpidamente, sin ideas en el cerebro y como paralizada la circulacion de la sangre? No pudo saberlo. Sólo cuando oyó que la llave entraba en la cerradura inglesa, la llave del piso cuarto, igual á la que ella tenia, una llave pequeña, una monada, sólo entonces volvió como despertando al sentimiento de la realidad. Volvióse y vió á Morán.

—¡Ah! ¡eres tú!

¿Qué habia pensado decirle? «Vamos á tener

una explicaclon.» No. No le dijo eso. Estaba pálida como una muerta.

—Mira, Enrique, quita eso de ahí (y extendiendo el brazo, señalaba al rizo). He venido á fuerza de fuerzas. Estoy enferma. Antes de volver á casa, quiero echarme un poco. ¡Tengo frio! Tengo calentura. Quita eso (el rizo) para que yo me acueste.

¡Pobre mujer! No era romántica, no. Realmente estaba mala.

Morán sintió lo que habia hecho; la cogió en sus brazos. Todo aquello no era más que una solemne mentira fraguada y dispuesta por él. La queria con toda su alma.

—Escucha: no tendrás que sufrir mucho. Ese postizo no es de nadie. Lo compré yo esta mañana.

—No te creo.

—Lo suponia, pero tambien lo he previsto. Hice que en la tienda me dieran una factura. Mírala, aquí la tengo con la fecha de hoy, extendida á mi nombre.

¡Oh! ¡cómo se la arrebató de las manos, cómo la leyó!

—Luego, ayer, ayer tarde...

—Estuve sólo esperándote y desesperado. Ahora te toca á tí. ¿Por qué no viniste?

Era difícil la respuesta.

—¿Qué locura te dió? ¿Conque es verdad? ¿Conque quieres á tu marido?

Y al decirlo, se olvidó de que estaba enferma, de que lo habia dicho, y no habia más que mirarla para conocer que era verdad.

—Habla pronto. ¡Contesta!

A no tenerla abrazada, hubiese caido al suelo. Antes de desmayarse, dijo:

—¡Acuéstame!... de veras, tengo fiebre...

Lo suplicó como podia suplicarlo un niño. Morán se irritó, al par que le conmovia aquel acento. Se irritó, porque si en realidad el desmayo y la fiebre acusaban la aparicion de alguna enfermedad era un contratiempo horrible. Podia suceder que la señora de Lopez no tuviese despues fuerzas para volver á su casa. ¿Y Lopez? Cómo decirle que su mujer estaba allí, en su habitacion, en su cama, sin que llegase á sospechar lo cierto. Ya en una ocasion habia demostrado que era celoso. María hubo de contarle á Enrique el episodio. Acostarla. ¿Para que luego no se pudiese levantar? ¡De ningun modo! Lo preciso, lo urgente, era hacerla volver de su desmayo. Habíase sentado y la tenia sobre sus rodillas. Estando así no podia hacer nada; puso el desmayado cuerpo en un confidente, y ya libre, acudió al armario. Recor-

daba tener un frasco de sales. Allí estaba. Volvió con él é hízola aspirar el fortísimo olor. Al mismo tiempo rociábala el rostro con agua fria. La señora de Lopez, á pesar de estos cuidados, no recobraba el conocimiento.

Lo que es la humana naturaleza no está hecha de acero, para no romper ó doblar sus decisiones, las más arraigadas en el corazon ó la cabeza, cuando en contra de ellas parece que combate la fatalidad. Por lo ménos, la naturaleza de Morán sintióse vencida. Todo lo que experimentó y todo lo que dijo el dia anterior, cayó desbaratado y destruido ante aquel desmayo, ante las consecuencias que pudieran sobrevenir. ¡Qué tontería! Estaba equivocado de medio á medio. Habia obedecido á las inspiraciones de un momento de alucinacion. Él, ahora, estaba seguro de sus gustos, de sus afectos. Los pesaba bien, los media exactamente. Aquella criatura que cometia tal insensatez, viniendo á buscarle, sin cuidarse de que estaba sintiendo los comienzos de una fiebre intensa, aquella criatura que no reparaba en que podia comprometerle, cayendo allí, presa del delirio calenturiento, porque el delirio no tardaria en presentarse, María, en fin, no era la mujer de

quien se habia enamorado. ¡No! Era un capricho. Más profundo quizás que sus anteriores devaneos, pero devaneo tambien. No era amor, sino amorío.

Esto pensaba ahora, el volante de plumas de colores que una torpe mano arrojó fuera del círculo de frívolas y juguetonas bellezas aristocráticas. ¿Quién dice que volvió á su sitio de procedencia? Y si volvió ¿quién asegura que por este sólo hecho recuperaba su pristino estado? Volvió á la clase media, y de ella procedia, pero despues de vestir el frac cuatro ó cinco años, el que milagrosamente escapa de una pulmonía, no se vé libre de haber adquirido, cuando ménos, un enfriamiento. Nada contagia tanto como el egoismo, sobre todo, cuando el que se acerca á los egoistas va predispuesto á la admiracion de esta cualidad, considerándola *de buen tono*. Un movimiento pasional de celos, vino á ser afrodisiaco, pero nada más que momentáneo. No tenia potencia para amar á la señora de Lopez.

Hizo una canallada.

Cuando María recobró el conocimiento tuvo valor suficiente para amonestarla á que no permaneciese allí ni un minuto más.

—Has hecho mal en venir, puesto que te sentias mala. Por fortuna, aún es tiempo para reme-

diarlo todo, pero lo antes posible. Necesitas un poco de ánimo, muy poco; pídele fuerzas á tu voluntad, á esa misma energía que te sostuvo y te trajo aquí. Ya ves; no he querido acostarte, porque tal vez hubiera sido peor. No tengo más interés que el de salvarte. Figúrate lo que sucederia si no pudieses salir de aquí. Eres casada. Lopez es mi amigo. El escándalo resultaria terrible, espantoso. Bajarás la escalera apoyada en mi brazo. El primer coche que pase subes á él, y vuelves á tu casa. Aún es temprano. Tu marido, con seguridad, no está. En cuanto llegues te acuestas, y que Manuela avise al médico, porque es cierto, tienes fiebre, estás enferma de veras. Yo iré esta noche más temprano, mucho más temprano, porque me quedo intranquilo, como puedes figurarte. ¿No me contestas?

Le habia escuchado, primero con sorpresa, luego con resignacion.

—Me es igual. ¡Haré lo que tú quieras!

Y apoyándose en los brazos del sillon, quedó en pié.

—¡Vamos!

¡Oh! ¡qué innoble salida de la casa del amante, como arrojada por él, por Enrique! Tenia fiebre; estaba enferma. ¡Fuera! ¡fuera de allí! Volveria á entrar, si la salud recobraba sus fueros, y con

la salud tambien los suyos la hermosura. No de otro modo los amos crueles echan á latigazos al perro fiel, á quien pocos dias antes colmaron de caricias. Así la trató, como á un perro sarnoso.

No. Morán no amaba á la señora de Lopez. Cuando la dejó en la berlina de alquiler, cuando ésta partió, nuestro elegante respiró con desahogo.

—De buena me he librado.

Y pensó en su compañero de oficina.

—¡Tiene razon! A veces no convienen los líos. Cuando se tropieza con mujeres románticas y *ridículas*.

La palabra famosa. La muletilla. Morán pudo decir al pronunciarlo: «Vuelvo á ser quien fuí. Me reconozco.»

Estuvo grave. La ciencia médica se desesperaba á veces luchando con las tendencias de todo organismo hácia la muerte. ¿Qué fué aquello? El mismo doctor llegó á declarar que lo ignoraba; no pronunció más que un fallo, no dió más que una denominacion: «calenturas nerviosas.» Pero no bastaba. En la medicina, como en la antigua Roma, todavía no se ha derribado el único altar que queda, para poner en su lugar un axioma. «A lo desconocido.» El misterio liga cada vez

ménos, pero liga el pasado con el presente. ¡Oh! si se poseyera el secreto de la vida, inmortales los hombres, seria Dios el único cadáver disponible para la autopsia. ¡Calenturas nerviosas! Frase de comodin para decirlo todo y no decir nada. La naturaleza guardaba como la esfinge su enigma, sin despedazar al que no supo descifrarlo.

Cuando María pudo entrar en el período de convalecencia, el médico estorbó las frases de gratitud que iban á salir de los lábios del marido. «Yo no he podido hacer nada. Mi presencia ha sido tan provechosa como la de Vd., señor de Lopez. No he recetado más que para combatir la fiebre, que era lo único que conocia.»—«Pero la curacion.»—«Esa ha tenido mejor médico que yo. Su juventud, su robustez y su temperamento.» Era un hombre leal, en lo que la lealtad suele ser difícil, en lo que á veces es insuperable para toda sinceridad; confesaba su ignorancia. Es verdad que cuidó de añadir: «A todos los médicos en este caso les hubiera pasado lo mismo.»

Morán se portó cumplidamente. Debe decirse más en su defensa. Se portó como el amante más tierno, como el más rendido galán. Extraña y caprichosa es aquella naturaleza humana, cuyos músculos no son resortes de acero, segun que dije poco há; inclínase á lo débil y á lo mezquino,

como si la tendencia del sér fuera empequeñecerse. Miedo ante el peligro y sonrisas, inmensos regocijos de cobarde, despues que el peligro hubo pasado. El temor, único móvil de arrepentimiento, la garantía de impunidad, gérmen bastante para convertir los más virtuosos, quizás en los mayores criminales.

María volvió á tener sus anteriores prerogativas, á disfrutar de las ventajas que procura el cariño, el primer cariño de un hombre que no ha querido nunca. El compañero de mesa en la oficina, no tenia razon. «El lío es bueno... cuando no se convierte en verdadero amancebamiento, cuando la mujer soltera, casada ó viuda, tiene casa propia ó de su marido, vive en ella, y el amor se cultiva por visitas.» Sintetizamos así las reflexiones que más duraron en el entendimiento de aquel desertor del cotillón, tránsfuga de los salones, esclavo que rompió las trabas del guante blanco. Sí. El amor de las mujeres de la clase media es mucho más positivo, se siente mejor y resulta más duradero.

Él no analizaba, pero gustábanle sus nuevas cadenas, y las preferia á las antiguas. Eran el contraste y un cambio radical ventajoso. Amaba á la señora de Lopez, porque concurrian para esta pasion, aparte del sentimiento, razones en

pró, razones poderosísimas. ¡Una cursi! No. Ya no era cursi, era lo mismo que él, puesto que con él se habia identificado. Una aristócrata de aficion, una mujer casi artista á la par. Y aun en esto último, por la delicadeza de gusto, propia de su sexo, llevábale superioridad. Veia más y sabia ver mejor todo lo que con el arte se relaciona. Morán suponia aquí preeminencias de los sentidos, y éranlo del sentimiento. Él era frívolo, ella... se lo hemos oido muchas veces... *No queria ser romántica.*

No queria serlo, y no lo era. Habia en la señora de Lopez fuerza vital, poderosísima humanidad, pero humanidad tan desarrollada, que la belleza sólo resultaba de la verdad en aquella criatura. Nada fingia, nada exajeraba; sentimientos y formas, todo tuvo en su cuerpo la admirable línea de proporciones, cuyo secreto saben sólo los maestros. Era una carne que sentia, y así el sentimiento dijérase una funcion. Estaba en actividad y movimiento constantes. Y esclavizaba lo espiritual hasta embutirlo en lo material de los sentidos. La tristeza, por ejemplo, era que el sentido de la vista miraba al cielo, y se le llenaban de lágrimas los ojos; la alegría, que el sentido del olfato aspiraba el perfume de una flor, de una flor casi en capullo, y si el sentido

del tacto abrazaba á su hija, ó detenia en la calle para besarlo á otro niño cualquiera, se producia como fenómeno orgánico tambien la ternura, el enternecimiento. El amor á Enrique, llegaba al exceso de sentimiento, era pasion. ¿Por qué? Porque funcionaban entonces todos los sentidos para el goce ó para el dolor.

Morán sabia esto, y aquí hallaba la ventaja, aquí el contraste. Acusado está de egoismo; acusado, convicto con pruebas y confeso en sus declaraciones. ¿Pero quién no tiene los egoismos que en el exámen de bondades optan por lo mejor? ¿Pues qué, Enrique Morán, aquel jóven de la clase media podia vacilar entre adorar mujeres ó ser adorado por una sola? Eso, en resúmen, fué base de su decision. Antes, en el piso cuarto del barrio de Salamanca, en la habitacion de muchacho soltero, la hembra que entraba, la viciosa blasonada, la aristocrática holgazana, hacia su aparicion como un astro. Y si en las sombras de la alcoba, y durante el besar en silencio, accedia á la súplica del artista y del erótico, cuando ella desceñia sus ropas no se le antojaban á Enrique sus ademanes los de una mujer que deja caer la camisa, sino los de una diosa que se desenvuelve de una nube. Antes de abrazar era forzoso decir «gracias,» y antes de besar ponerse de rodillas.

Luego todas iban á eso, á ser besadas, á ser abrazadas, á dejarse amar. Aquello le ofendia como varon.

La señora de Lopez besó, abrazó y amó. Fué la primera que tuvo para él estas iniciativas. De las otras, de las imitadoras de una divinidad tal que no parecia tener siquiera sexo, habíale quedado, como por contagio, la crueldad con que los dioses suelen tratar á los mortales, crueldad que puso en práctica cuando expulsó á su hembra del nido á picotazos, porque habia llegado hasta él arrastrando las alas, enferma, pero despues... ¡bah! lo diré en pocas palabras, pero con todo el vigor de lo sintético. En aquellos amores, lo agradable para Morán, lo atractivo, lo encantador, y más gráficamente adjetivado, lo extraordinario y nuevo, era que parecian como trocadas las prerogativas y hasta los sitios que ocupan los cuerpos para producir el desarrollo de la sensacion. La señora de Lopez hacia de macho, Enrique saboreaba con delicia todas las pasividades de lo femenino. Síntesis. Morán usando el mismo lenguaje con que se habla de estas cosas en las oficinas del Estado, entre copistas y escribientes, Morán no estaba *liado* con la hermosísima morena, estaba *abarraganado*.

¡Pobre calenturienta, cuyos ojos eran los únicos puntos brillantes allí, entre lo blanco de la almohada, y en la culebreante cabellera suelta, undosa, desordenada y destrozada, formando como largos brochazos negros que corrian por el embozo de las sábanas! ¿Cómo no acudir todas las tardes, aprovechando las ignorancias del marido su tribulacion misma, su deseo de no estar solo? «Vengo á hacerle á Vd. compañía. ¿Qué hay de de nuestra enferma? ¿Qué tal está hoy? ¿Qué dijo el médico?» *Nuestra enferma*. Claro. «El médico no dijo nada» ¡porque nada sabia de esto! Si lo hubiera sabido, quizás daria el grito del descubridor: «¡Ah! Por fin. Ya sé lo que tiene. No son calenturas nerviosas. *Vuestra enferma*. A esa criatura la habeis enfermado los dos. La declaro incurable.» Un médico de esos que conocen la ciencia nueva. *La Fisiología de la voluntad*, de Hertzen, y la *Introduccion al estudio de la medicina experimental*, de nuestro jefe, de Cláudio Bernard.

Muchos dias, el amante quedábase á comer con Juan. Por fin, el deseo, venciendo todo temor, arrollando vacilaciones, hizo la oferta. «Amigo Lopez, no debe Vd. velar esta noche, va Vd. tambien á caer malo.»—«Ya he pensado en que me sustituya doña Dolores.»—«¿Para qué? Debe estar rendida. Llevan Vds. unos dias de prueba.»

—«¿Q ué remedio tiene?»—«Muy sencillo, ¿para qué estoy yo aquí?»—«¿Cómo? ¿Vd.?»—«Nada, nada, esta noche me quedo; Vds. se acuestan; desde hoy entro en turno.»

El Sr. D. Juan Lopez y García, aceptó. El sueño hace concebir como naturales los que sólo resultan absurdos al despertar, y el futuro ministro estaba *atrasado de sueño*, segun su misma frase. No es cosa de dormir poco cuando no está justificada ni retribuida la molestia con seis mil duros, que es como se paga el insomnio ministerial; hízose la distribucion y arreglos propios del caso. Fué un verdadero programa. Rita y su padre, dormirian en el comedor, que era la habitacion más distante de la alcoba. Así, el reposo resultaba absoluto, no llegando á sus oidos las quejas de la enferma, las frases y gritos que articulaba y en los que prorumpia durante el delirio, ni el ir y venir del enfermero. La criada se acostaria temprano y vestida, por si á media noche era preciso avisar al médico ó acudir á la botica. En cuanto á Morán, bastábale con una de las butacas del gabinete, cuya puerta cerraria, un libro para distraer los ócios de la velada, y por toda luz la misma lamparilla de noche que alumbraba el cuarto de la enferma.

El médico habia encontrado aquella tarde, en

su última visita, síntomas de mejoría, disminucion de la fiebre, más libre y desahogada la respiracion, mayor reposo de todos los nervios y del sistema muscular que ya no luchaba, pareciendo entregarse al descanso alegre del triunfo. Doña Dolores se marchó á su casa, Juan se acostó. Enrique llevó en peso la butaca desde el gabinete hasta la alcoba, púsola junto á la cabecera, se sentó en la actitud más cómoda para que fuese duradera, abrió el libro por la primera página, vió que éste era una novela de Paul de Kock, autor favorito sin duda del señor de Lopez, del marido que cobraba celos cuando su mujer estrenaba medias, y que aumentaba los salarios de las cocineras; sonrió, y sin leer una línea, dejó el libro abierto, y prefirió las distracciones de su pensamiento. Lo dejó en libertad, para que vagabundease á su antojo, para que fuera por donde le diera la gana.

¡Qué diferencia y qué cambio! De carácter, de costumbres, de aficiones y de afectos. Consultó su reloj. ¡Las doce! La hora del *buffet!* en algunas partes, del té en las reuniones semanales, del cotillón en los grandes bailes. La hora del último acto en el teatro Real, cuando se da el postrer aplauso á la *diva* y se la visita en su cuarto, donde cambia con sus admiradores el apreton de ma-

nos, medio desnuda. ¡Las doce! La hora de las cenas locas, en el restaurant que protegen los gomosos, de las cenas locas no, de las que sirven para destapar botellas lacradas de Burdeos, en cuyo fondo está el talento para la embriaguez de muy pocos, la imbecilidad para la mayoría. La hora en que huye de casa de la cortesana el amante-capricho, porque vá á presentarse el amante-dinero; la hora en que el chulo se separa de la prostituta, á cuya costa vive, para que empiece á cobrar de los transeuntes, la de las *juergas* en las tiendas de montañés; la de las imitaciones que hace la sosería señoril madrileña de la gracia con que realiza sus zambras la juventud casi árabe de Andalucia; ¡con cuántas palabras de extrañeza y de asombro se estaria pronunciando su nombre en todos aquellos sitios; en la *Primera de Cádiz*, en el *Puerto* y *La Taurina!* y en algun lupanar una infeliz lo recordaria con maldiciones, en algun tocador el aburrimiento haria pensar en el ausente, y en el escenario del Real la diva, en los salones las aristócratas *que sabian las señas de su domicilio,* en el restaurant los amigos; en todas partes la misma pregunta: «¿Qué ha sido de Morán? ¿Dónde estará Enrique?»

Enrique Morán estaba muellemente sentado

en un sillon, junto á la cabecera del lecho, donde una fiebre que la ciencia no acertó á calificar, postraba á la señora doña María Rodriguez de Lopez, mujer que no ostentó en su hermosura ni blason, ni talento artístico, ni vicios que fueran como los de Atenas, más grandes que las virtudes de Esparta. ¡Una burguesa! El campo de hazañas donde el conquistador luchaba ahora, ni recibia los reflejos de las luces en los prismas de la araña de cristal y bronce, ni se poblaba de armonias, ni resonaban en él las exclamaciones discordes, las palabras inesperadas que á veces dominan en el tumulto. El batallar, era con la muerte, la luz tan débil que no alcanzaba sino á muy corto rádio, y allá en el techo formaba un círculo de claridad, con rayas de sombras tembloroso é incierto y era la queja constante, porque hasta dormida quejábase la víctima, y el elegante Morán no consultó su reloj para evocar los aquelarres de la vida del placer, sino por cuidadosa consulta que le mostrara cuándo seria preciso acercarse á la mesa de noche, destapar el frasco y propinar la dósis medicinal. Morán deseaba cumplir á conciencia su cometido de enfermero.

¡Oh! á toda costa era preciso que la pobre mujer se curase. Era la única que le habia querido. Por eso, por egoismo, pensaba en la curacion,

porque este cariño, único, lo necesitaba ya para seguir viviendo. «Véte, puesto que estás enferma no puedes quedarte aquí.» —«Bueno. Haré lo que tú quieras.»—¡A quién no conmueve esta obediencia! Llegó á su casa y se acostó; el perro fiel no queria morirse, sino vivir para volver á los piés del amo.

Cuidar mucho de todo. No perdonar detalle de solicitud. ¿Estaba bien abrigada? Sí. El desórden de sábanas no podia arreglarse. El médico recomendó la quietud. De diez en diez minutos la medicina. El papel Rigollot, renovarlo, si hiciera falta, para los sinapismos volantes en las pantorrillas, ¡qué rosetas le habian hecho! ¡Ah! Las botellas de agua caliente á los piés; una tenia y otra estaba preparada, ¿bajaba la calentura? A Morán le parecia que sí. ¡Si al fin se declarase el período de convalecencia! Volvió á la butaca, cerró el libro, puesto que no le gustaba Paul de Kock, y esperó. A las doce y diez la cucharada. No se le pasaria la hora de seguro.

Llegó á ser tanto el silencio que, no sólo oyó Morán la respiracion de la señora de Lopez, sino allá en el comedor, los ronquidos con que amenizaba su dormir el futuro ministro. Poco tardó en oir algo más extraordinario, el andar de unos piés descalzos. Pensó en la criada que se habia

acostado vestida.—«Vendrá aquí.» Pero se equivocaba, los pasos cesaron y los ronquidos tambien.—«¡Eh! ¿Quién es?»—gritó la voz de Juan. —«Yo. Soy yo, señorito.»—Luego nada, los piés descalzos, sin duda, no estaban ya en el suelo, y el roncar se sustituyó con cuchicheos y risas ahogadas. Morán se encogió de hombros con desdén, e hizo un gesto de repugnancia al enterarse del innoble detalle de la vida burguesa. ¡Y aquella criatura que estaba en el lecho forcejeando por asirse á la vida! ¡Oh! Nada sabia y era mejor que no lo supiera nunca.

Morán, por primera vez, como poniéndose (y permítaseme la frase) apartado de sí mismo, evitando las parcialidades que produce el juicio del *yo*, hecho por el *yo*, distanciándose de su personalidad, repito, que por primera vez estableció entre el marido y el amante, comparacion y paralelismo. Cierto, ninguno de los dos era bueno; para los fines espirituales, quizás fuese tan nulo *el de la permuta* como quien con él permutó, mas para la union sexual, Enrique era mejor. Para la union sexual, para el diálogo, la conversacion amena, el escogido lenguaje, la frase culta que disfraza la obscena, la limpieza corporal que hace más tolerables las porquerías del instinto, para todo lo que es de este mundo, él, Enrique,

estaba á la altura de los últimos adelantos, en lo carnal y humano. Le enseñaron las otras, las del corro, y así el volante cuando volvió á caer en la superficie más baja, en aquella, desde donde empezó á describir su parábola, la señora de Lopez, la cursi, la burguesa, lo recibió en su falda, dando gritos de júbilo, palmoteando de alegría.—«¡Dios mio! ¡qué bonito!» ¡Morán el elegante, Morán el aristócrata, el artista Morán! Todos estos postizos entre los profanos, no pasaban por obra de artificio, sino de naturaleza.

La mano de la víctima se posó acariciadora en la cabeza del enfermero, y con voz muy apagada, con la ronquera de la fiebre: «Enrique, Enrique. Tengo sed.»—Morán experimentó una sorpresa tan inenarrable como la alegría. ¡Ah! El pronóstico del doctor. La señora de Lopez, reconociéndole, hablando sin la insensatez del delirio, entraba aquella noche en la convalecencia. Aquella noche y en aquel instante preciso. Morán se incorporó, vió el brazo desnudo que salia fuera del lecho, cogió la mano tan pronta á la caricia, y la besó. «Vida mia, estás mejor, no es eso, ¿te sientes mejor?»—Ella frunció el ceño. Dijérase que recogia y amontonaba ideas entre

las redes de las cejas. «¿Mejor? ¿Pues qué tengo?»—«¡Oh! nada. Ya no será nada.»—Repitió su gesto.—«Me parece que he dormido mucho.» —Y notando cada vez mayor la sequedad de los lábios.—«Tengo sed,—insistió,—ya te lo he dicho. Dáme agua. Agua fresca, muy fresca y mucha.»—La trató como á una chiquilla.—«Agua no. Te haria daño. El médico dispuso que te se hicieran naranjadas. ¿Quieres una?»—Le miró con asombro.—«La vas á hacer tú.»—«Ya lo creo. Sin salir de esta alcoba. Verás.»—Se levantó acercándose á un velador; le seguia la mirada de la enferma. Allí estaba la naranja, el esprimidor, el azúcar, el agua. Morán empezó por levantarse un poco las mangas de la levita, cortó la fruta en dos mitades iguales. «¿Y Juan?»—Morán estaba de espaldas. Le irritó la pregunta. Contestó con sorna:—«Pasa buena noche.»—«¿Duerme?»—«Por lo ménos en la cama está.»—Hubo, tras estas palabras, silencio en que se oia el gotear del ágrio zumo en el cristal del vaso. María siguió coordinando sus ideas, dándose cuenta de aquella vuelta á la vida de la salud, y de lo que en este retorno encontraba.—«¿Conque Juan duerme? ¿Y eres tú el que me vela?»—«Ya lo ves.»—Morán, el elegante, el aristócrata, haciendo una naranjada. Hay cosas que conmueven mucho. «¡En-

riquel»—«¿Qué? ¿Tienes sed? Espérate un poco, mujer. Enseguida lo tomarás, no falta sino diluir el azúcar.»—Movia la naranjada con la cucharilla. Estaba muy atareado. «Si no es eso,—arguyó la enferma,—ahora quiero otra cosa.»—El jóven se volvió. Quedóse mirándola. Le sonreia. «Que te acerques y que me des un beso.»—Dejó prontamente aquellas manipulaciones, llegóse á la cabecera y se inclinó para besarla. Los dos brazos desnudos le ciñeron, rodearon el fuerte cuello del amante, y la mujer le besó en la boca, un beso largo, en que la gratitud fué el comienzo de la caricia, y el cariño, la ternura, la pasion, sus gradaciones de intensidad y de fuerza. Por fin esquivó los lábios. «¡Cuánto te agradezco lo que estás haciendo por mí!»—Pero él habia cegado con todas estas intimidades, que tenian el ácre sabor del verdadero adulterio; allí, en la alcoba que fué nupcial, en el hogar mismo de los cónyuges. Habia cegado con lo propicio del silencio y la ocasion, con el despertar de la enferma, de *su María*, de *su primer lío*; todo le excitaba, las penumbras del cuarto por la mortecina luz de la lamparilla que seguia reflejando en el techo su círculo de claridad, con rayas de sombra, confuso y vacilante, un nimbo de temblorosos rayos, y ahora el más poderoso incentivo de la carne, era aquel

olor de la carne misma, penetrante, distinto, acusador del caliente desnudo bajo las sábanas. A juventud y á sexo era á lo que allí olia. Repugnante vaho despues de la posesion, pero fisiológicamente excitante del sensualismo. Ella conoció lo que Enrique experimentaba. «No, no. Enrique, no.»—Y se quiso oponer á la accion del hombre, cogerle las manos que apartaban ya el embozo. «No puede ser.»—El, tercamente, sólo hizo una pregunta: «No es por eso,—contestó la convaleciente,—me siento muy bien. Empeorarme no. Conozco que voy á la mejoría como llevada por un impulso irresistible de todos mis anhelos de vivir, pero déjame.»—La resistencia no tuvo razones. «No quiero, Enrique, no quiero.» —Y ya, ante lo imposible, opuso al tenáz deseo su único argumento de pulcritud, argumento inútil para las groseras abyecciones de lo genésico. «Mira, no. Estoy sudando; á mí misma me da fatiga.»—«¿Y qué?»—Morán besó los sudores de la fiebre, abrazó los vahos de la calentura. ¡Bah! ¡Siempre resultaria aquello más aseado que lo que ocurria en el comedor, donde al mismo tiempo volvieron los piés descalzos á pisar en los ladrillos del suelo, dejando una mancha en cada pisada, y se cerró á poco por allá dentro la puerta del cuartucho inmediato á la cocina.

Manuela volvia á su camastro. María y Enrique nada pudieron oir en la abstraccion de su caricia.

Abrieron la puerta de la alcoba, la que daba al pasillo, *la de escape*, como generalmente se llama, abrieron esta puerta con gran sigilo las manos torpes todavía por el desvelo de un sueño profundo.

Juan Lopez destacó en el umbral su figura grotesca que resultaba trágica por la ocasion. Puesto que estaba despierto, puesto que *le habian despertado*, su mala ventura quiso ponerle en mientes el deseo de levantarse. Nada le costaba, y era ante el extraño, ante el amigo que se quedaba á velar á la enferma aquella noche, una bonita demostracion tanto de que á los futuros ministros no les rinde el sueño nunca, como de cariño marital al mismo tiempo.

Iba á entrar, y ante lo que vió, quedóse inmóvil. La enferma, al apercibirse de su presencia, lanzó un tremendo grito. Enrique se lanzó fuera de la cama de un salto. Los dos hombres quedaron frente á frente mirándose. El que primero se hizo dueño de sí mismo, fué Morán, el elegante, el aristócrata.

—¡Señor de Lopez! Estoy á sus órdenes.

La frase aprendida allá arriba en la otra clase; pero en esta se trataban las cosas de modo distinto.

—¡Es Vd. un canalla!—contestó el linfático.

—¡Juan! ¡Juan por Dios!—suplicó María, desde el lecho, tratando de incorporarse, cayendo sin fuerzas.

Juan tambien era un volante que recibia impulso desordenado y fuerte. Tambien cayó más allá, más bajo, en la soez palabra del pueblo. No dijo más que una, y solo dió esta órden:

—Calla, ¡puta!

Volvióse á Morán.

—Lo dicho. ¡Es Vd. un canalla!

Enrique se adelantó y cogió al otro fuertemente por las muñecas.

—No podré dominarme. Vístase Vd. y vámonos. Estoy en la casa de Vd.

—Sí, á la calle, es lo mejor.

Así salieron de la alcoba. Oyó la adúltera que llamaban á Manuela, oyó abrir la puerta, bajaron. ¡Y ella sin poderse mover, rendida por la emocion, por la debilidad! Creyó volverse loca. Gritó; los llamó.

—¡Juan! ¡Enrique!

¡Oh! ¡Dios mio! Aquellos dos hombres iban á

matarse. No llevaban armas, pero ¡qué importa! Como las fieras, á dentelladas, á zarpazos. Tenian uñas y dientes.

Por la calle de la Justa llegaron á la Cuesta de Santo Domingo, hasta el Teatro Real, y se detuvieron en la plaza de Oriente.

Allí estuvieron hablando, sin luchar. ¡Hablando! Morán y Lopez. Tal para cual. El uno era digno del otro.

Lopez se sorprendia de lo pasajero que es el arrebato de cólera; ahora todo lo que decia con furor era fingimiento. Ampulosidades teatrales.

—Es preciso que nos rompamos el alma. Pero de veras ¿eh?

—¿Aquí? ¿Ahora mismo? ¿A puñetazos como dos mozos de cordel?—objetaba Enrique.

Les temblablan un poco las voces de los dos.

—No sé. ¿No sé cuándo ni cómo, pero tiene que ser?

—Ya he dicho que estoy á sus órdenes. Ha hecho Vd. mal en salir conmigo. Debió quedarse. Marcharme yo.

—Será un duelo á muerte. Pero á muerte ¿eh? Me entiende Vd. bien; á muerte.

Lo repetia. Le gustaba repetirlo. Además quizás el otro cobrase miedo ante la insistencia que manifestaba una resolucion irrevocable.

—Sea. Mi deber es aceptar en este caso toda clase de armas y condiciones.

El marido fué quien se atemorizó. ¡Cielos! Estaba hablando con un inteligente. De fijo que no era aquella la primera vez que el otro acudia al terreno. Y ahora se acordaba.

—Me matará Vd.; Vd. sabe tirar á las armas. Usted lo ha dicho.

—No lo niego.

Entonces la expansion de sentimientos fué distinta. Se colocó frente á frente; le puso una mano en el hombro.

—Confiese Vd., Morán, que todo esto será...

Estuvo vacilando entre decir: «será muy triste, ó «será infame,» pero se contuvo.

Luego la explosion pudo más que los valladares de la voluntad; salió de otro modo expresado, pero salió el sentimiento que le dominaba.

—¡Ah! ¡Morán! ¡Qué pago me dá *esa!* Y usted. ¿Qué le hecho yo á Vd.?

Conoció el amante que la cuestion iba derecha á las soluciones absurdas, pero humanas, de la cobardía.

Al apercibirse de un miedo que era mayor que el suyo, sosegó la excitacion nerviosa. Sonrió.

—Sentémonos.

Lo expresó invitándole cortés, con insinuante tono; recuperando casi los modales del amigo.

El otro insistia en sus lamentaciones de marido á lo Molière.

—¡Qué horrible es todo esto! ¡Era yo tan feliz!

—¡Sentémonos!—repitió Morán.

Y fué el que habló primero. Procuró al principio ir rebuscando las palabras y cogiéndolas como con pinzas, eligiendo en el castellano todo lo más nímio, lo que ménos suena, para que el caso resultara cosa llana, insignificante. Tratábase de reducir, de quitar importancia; hacer el adulterio imperceptible, atómico. Con la seguridad de no batirse, se portó como el más cumplido caballero. Además, inspirábale conmiseracion el estado de abatimiento, espectáculo miserable que daba aquel pobre diablo.

—Escúcheme Vd., no ha sido ella. He sido yo. Ella se resistió cuanto pudo. Yo me olvidé de mí mismo. Uno de esos momentos de locura, de arrebato. Vd. que me conoce, que sabe mis cualidades de carácter, comprenderá qué trabajo me está costando confesar la verdad, porque esta verdad me parece increible en mí, y resulta cosa inaudita. Me avergonzaré de esta accion toda mi vida. ¿Batirme yo con Vd.? ¿Hablaba Vd. de batirse? Pues bien; eso no sucederá nunca. Estoy dispuesto á dar cuantas satisfacciones se me exijan. Ahora le pido á Vd. perdon de rodillas. He tratado de abusar de una enferma. ¡Soy un canalla!

—¿Cómo?... Mi mujer... ¿Pero Vd. no era su amante?

—Está Vd. casado con una mujer honrada—contestó Enrique, dando á la mentira acentos solemnes.

Entonces el marido respiró con desahogo.

—¡Ah!

Era la ocasion de acudir al desenlace.

—Lo que siento es no poder dar estas explicaciones en público.

—¡Oh! Por Dios, no faltaba más que eso, Morán. El escándalo.

—Es verdad. Despues de todo, en estas cosas es lo principalísimo. Ha sido, pues...

—Si Vd. me asegura...

Morán se adelantó al ruego. Recordó á tiempo la frase que le servia de talismán, allá arriba, en los salones, cuando alguna de las del corro se resistia. La que empleó siempre con éxito. La repitió.

—Nadie sabrá nada.

El efecto no se hizo esperar.

—Entonces...

Enrique continuó, sin necesidad de ser adivino, adelantándose á expresar cuanto el otro iba pensando.

—Estamos de acuerdo. Esta es la última conversacion nuestra. Por el qué dirán si nos encontramos en la calle, el saludo. Yo vuelvo á mi vida antigua, á los bailes, á los teatros.

Fué recibido este programa, y sobre todo, la última parte, con indecible alegría.

—¡Eso, hombre, eso!

Y familiarmente, llegando hasta ponerle la mano en la rodilla, así, sentados como dos amigos, añadió el Sr. de Lopez, dándole una palmada:

—¡Eso! ¡A ver si se casa Vd.!

Por fin se separaron. Odio, dignidad, todo se lo habian dejado en aquel banco de la plaza de Oriente, y andaban ya en direcciones contrarias, más sueltos, más desembarazados, sin aquellos estorbos. Casi una vez que volvieron la cabeza al mismo tiempo para mirarse, hubo risa, principio de risa por la coincidencia de pensamiento. Estuvieron á punto de quererse más.

Cuando María vió entrar en la alcoba á su marido, palideció. Pero Juan la tranquilizó de los

temores de trajedia con que alimentó la ausencia.

—Ese canalla, me ha prometido no volver á poner los piés en esta casa.

¡Ah! ¿No habia más noticia que esta? ¿Ninguno de los dos mató al otro? ¿No se habian pegado siquiera? ¡Dos hombres!

XI.

En cuanto estuviese completamente restablecida, ya sabia ella lo que tenia que hacer. Vida nueva, puesto que nuevas eran las ideas, y ciertas, reales, tanto como las anteriores fueron erróneas y románticas. Románticas, sí, por más que se pasó los años protestando de que no tenia tales gustos. Ella entendia por romanticismo, algo que era á las almas lo que es á los rostros el agua de Barcelona, los afeites, y por eso negaba el suyo, como niegan que llevan mejunges las mujeres que se pintan. Pintarse y ser romántica, antojábansele dos cosas muy feas, que no son del agrado de los hombres. Quiso enterarse bien de lo ocurrido en la plaza de Oriente. Sometió á su marido á un interrogatorio. Primero preguntó con recelo: ¿Qué habria dicho Morán? Pero cuando supo lo hábil de la solucion, tuvo que agradecerle aquel rasgo de caballerosidad.

—Tales cosas le dige,—exclamaba el molieresco D. Juan,—que cantó de plano. Eres víctima de un atropello. Es de sentir, pero no tanto como lo seria de otro modo, porque no pierdes mi consideracion. ¿Tú que culpa tienes? ¿Qué podias hacer? ¡Ah! se me olvidaba, no era posible batirse. Morán se negaba, me pedia perdon, ¿qué vá á hacer uno con un hombre así? Hemos quedado en que nos saludará, siempre que nos encuentre por la calle, para cubrir las apariencias.

—Está bien.

No podia decirle, «mientes;» pretextó sueño, y la debilidad general, propia de su estado convaleciente, convirtió el pretexto en motivo fundado. Se quedó dormida.

No fué el delirio de la fiebre, pero hubo en aquel soñar de la enferma raras visiones y como desprendimientos de cosas que hasta entonces estuvieron muy pegadas á su espíritu. Cosas que eran bellas en fuerza de su misma singularidad y extrañeza, que tenian formas, colores, y naturaleza, si se me permite la frase rudimentaria. Formas como de arborescencias, que sólo existen allá en el fondo de la gran masa líquida, árboles de color de sangre, de los cuales la ciencia dice que pertenecen á la flora y á la fáuna, animales-plantas. Zoófitos como el coral y como la esponja. Este fué su sueño. Soñó que dentro de

aquellas curvas adorables que en el exterior formaban su cuerpo, un cuerpo de mujer, no habia músculos y entrañas, sino que era cavidad de sangre y llanto; sangre fuera de las rotas venas; lágrimas todas las que restaban por llorar á sus ojos; que así era ella por dentro, algo como uno de los mundos estelares, la carne convertida en astro; y dentro, dentro del astro ó de la carne, la masa líquida; el océano, las olas de sangre, sus deseos, y las de lágrimas, sus desengaños. Y sólo allá, en el fondo, en el sitio del corazon, una roca, como las submarinas, de la que se iban desprendiendo los corales para sumergirse más, para que quedase la roca sola, escollo en que naufragaria todo el que quisiera pasar por allí, como explorador, como navegante.

Despertó conociendo que necesitaba consolarse de tanta catástrofe, porque la señora de Lopez interpretó su sueño, no de otro modo, sino viéndose en los caminos de la desesperacion. Queria salir de ellos. Consolarse con algo. ¡Ah! ya sabia con qué, con el lujo. ¿Pero el lujo? ¿Cómo? Con 18.000 reales que recibia de salario el Sr. D. Juan Lopez por el buen desempeño de sus funciones públicas, para que su mujer pensara en el lujo como cosa fácil, era necesario haber perdido el juicio. No. ¡La vergüenza! María estaba segura

ya de conseguirlo todo, absolutamente todo. Tuvo intenciones de llamar á Lopez y darle el alegron. —«Escucha, ¿tú quieres ser ministro? ¿Cuándo? Desde ahora cuenta conmigo. Lo serás.»

La cartera ministerial. Lo que quisiera. Entonces recordó una de las historias escandalosas que Morán contaba. No con nombres supuestos, sino con los verdaderos. Sabíalo toda la córte, Madrid, la nacion entera; tratábase de un hombre público, del mismo jefe de Lopez, del ministro de la Gobernacion. Habia llegado desde los últimos escalones hasta allí, hasta la altura, no en fuerza de sus puños de luchador, no abriéndose paso con lo indomable de la voluntad y del mérito, sino siendo el querido, porque esta era la frase, el *querido* de las mujeres que estaban casadas con la vejez de algunos hombres de Estado. Mujeres jóvenes todavía, ó en la línea de separacion de los treinta años que querian despedirse de la juventud, con alguno que en ella hiciera su entrada triunfal; y en la orgía de caricias echaban una cana al aire. Su primera cana. Agarrándose á todas aquellas camisas de mujer, habia ido subiendo, ascendiendo, desde auxiliar, como Lopez, á oficial; de oficial de secretaria; á jefe de negociado. Su último destino fué el de Gobernador de Madrid, en el que se distinguió

no como autoridad civil, sino como moralista. La moral suya, una moraleja como las de las fábulas de Esopo. Esopo, de quien tenia únicamente las jorobas y estas no visibles, sino dentro, en el corazon y en la cabeza. Un hombre falto de cerebro, aniquilado y esprimido entre los robustos muslos de las jamonas. Pues bien, al ser ministro, al conseguir este afán, esta ambicioncilla de casi todos los españoles, que muchos realizan, tiró la escalera, como gráficamente se dice, abandonó y negó á sus protectoras. Optó por recuperar el tiempo perdido. Ahora, él buscaba la juventud, porque no siendo viejo, hallábase avejentado. En su despacho, en un gabinete que inmediato al despacho, estaba dispuesto con arreglo á la usanza y modas de la tapicería moderna, que pudiera llamar de *galanteos*, ocurria y resultaba un escándalo. La procesion de mujeres no se interrumpia. Habia allí de enaguas almidonadas que se levantan y recogen hasta la cintura, un ruido constante. Y luego cada visita salia arreglando el desórden del traje, y estrujando en sus manos un papel con la rúbrica del ministro. La credencial. Cuando en el gabinete reservado no sonaba el amor, sonaba algo ménos moral todavía. El dinero. Allí se pagaba todo en especie ó en metálico. Pues bien; si precisaba, la señora de

Lopez iria á comprar, puesto que la tienda estaba abierta y ella, ¡bah! ella, para un ministro así, era rica.

Estaba resuelta á emprender aquel género de vida, que tanto se generaliza en los países que se degradan hasta la empleomanía; en España, sobre todo, donde puede calificarse de empleofobia. Seria una de las busconas de ministros. Sus faldas harian ruido en los ministerios, y más ruido que la seda, el almidon de sus enaguas; y el papel de la credencial que estrujaria entre sus dedos al salir nerviosamente.

Era muy fácil que el Sr. D. Juan Lopez y García llegase de ascenso en ascenso, sabe Dios hasta dónde. ¡Ah! qué suerte es para la mujer adquirir el convencimiento de que está casada con un hombre que no se bate nunca. Sí. Habia sido, á pesar de todas sus protestas, romántica; muy romántica. ¡Morán y Lopez! dos muestras de cómo son todos los hombres, todo el sexo masculino. En adelante los trataria como se merecen. Darles lo que pedian y tomar ella lo que necesitase. Eso de adulterio existe en los países donde existe el alma; en paises que no están en el mapa. En la tierra, prospera entre civilizadas y salvajes, prospera cada dia más la poliviria. Los dioses no se van, no han muerto, no murió más

que uno en el Calvario, los otros, los de la antigüedad vuelven. Las saturnales se celebran ya, y el triunfo de Baco pasa cantando en otoño por las vides, exprimiendo en las copas los racimos, sátiros y bacantes.

No quedaron en la señora de Lopez más purezas que las de su cariño á Rita. El amor maternal. Pero éste contagiándose por la proximidad de la podre que habia invadido los sentimientos restantes. Su hija, la educaria tambien con arreglo á lo que prescribe aquel mismo lujo de que queria la mísera ser esclava. En cuanto tuviese la edad de esta educacion, Rita seria alumna del *Sacre-Cœur*, ó del colegio de San Luis de los Franceses, ó iria al extranjero, á París, para que no resultase como ella, una cursi española, sino una elegantísima francesa, una señorita lo menos nacional posible. No perdonaria ningun gasto para dotarla de todos los conocimientos de adorno. Rita hablaria dos ó tres idiomas, entre ellos el inglés, puesto que empezaba á estar de moda, y el italiano, porque tiene dulcísimos acentos; aprenderia á tocar el piano como una profesora; montaria á caballo, dibujaria, seria artista, y cuando hubiese aprendido á bailar, á saludar, dando las dos manos y con ellas una sacudida á la inglesa, á enloquecer á los hombres, á vestirse bien y

excitar la envidia de las mujeres. Rita regresaria á España, ó saldria del colegio afrancesado de España en que estuviese; haria su entrada y presentacion en el gran mundo; y antes de esto, ella, la señora de Lopez, la prepararia suficientemente. La desengañaria como madre, diciendo su credo, que consistia ya en no creer en nada. «No hay amor, no hay amistad, no hay delicadeza. Finge todos estos sentimientos, y serás dichosa. Yo he sido muy desgraciada por haber hecho lo contrario. Existe el dinero. Haz un matrimonio de conveniencia. Si ningun rico cae en tus redes, permanece soltera á mi lado; seremos esas dos mujeres, madre é hija, hermosas las dos, que se presentan solas en todas partes y se quitan, sin ningun reparo, una á otra los novios y los amantes. Estos últimos ya veremos cómo los tienes, sin que padezca tu reputacion, sin deterioros de la buena fama cobrada, que es lo único que se puede y se debe evitar.» Esto pensaba decirle.

Por de pronto, lo principal era ponerse buena. Rita cumpliria en breve nada más que tres años, y para llegar á los de su entrada en la pension interna faltaban otros tres por lo ménos. Quedaba resuelto, pero forzosamente aplazado. Ahora, realizar sus gustos, ocuparse de esto únicamente.

Ella tambien queria ser egoista, muy egoista. ¡Morán! necesitaba volver á verle. No le amaba. No podia el amor que muere por desilusion, por desencanto, tener fuerza bastante para llegar hasta las maravillas de la resurreccion. Le agradecia su rasgo de caballerosidad, pero sin deslumbrarse por ello. Cobardia era, lo mismo que la de su marido. No habian esgrimido ningun arma, por amor á la vida. No se habian pegado, por temor de hacerse daño. Eran dos caballeros que tenian muy arraigado el instinto de conservacion. Y lo mismo serian todos los demás. De vez en cuando, aparece en el mundo un sér que ama y que se bate. Aquello se publica hasta en los periódicos. Es un caso rarísimo. Los siglos suelen tener sus grandes hombres; pero ninguno de éstos se escoge entre los elegantes, segun la opinion de la señora de Lopez.

Queria verle para experimentar, para poner á prueba su nueva naturaleza, para ver si en efecto, no tenia ya entrañas y el corazon se le habia petrificado. Saber si era realidad el sueño. Ponerse en presencia de Morán, tomándolo, considerándolo como un reactivo.

¡Oh! volver á sentir, amar de nuevo, lanzar el grito delirante de la pasion, llegar como habia llegado hasta la enfermedad, hasta la fiebre, la

fiebre de los celos, que la ciencia no conoce ó no clasifica todavía. ¡Qué disparate! Desear sí, gozar, pero humanizándose: gritos, los del contacto carnal, los de la sensacion: sobreexcitaciones de los nervios, boca que masculiaria los besos como la comida, y besar cuando fuera preciso para el desempeño de una funcion orgánica; considerar el beso y el amor así, como todo lo que en el cuerpo tiene su aparato, el digestivo para la nutricion, el generador para la reproduccion. No era otra cosa. No habia que pensar en Morán bajo otro punto de vista. ¡Morán el epicúreo! En esto prosperaba, seguia prosperando la asimilacion con el amante. En la parte filosófica que pudiéramos llamar. Rita seria francesa. Ella fué una cursi española. Pero desde aquella revolucion, desde aquel trastorno, se convertia en adoradora de lo que es forma é impresion puramente de los sentidos, una romana de la decadencia ó una griega del apogeo. El desnudo, convertido en dios. El placer, en necesidad primero, en vicio despues. ¡Materialista! ¡Ya lo creo! ¡Epicuro! No hablaba de Epicuro á ciencia cierta, sino por la fama; representábaselo como un *bon vivant* de los tiempos en que no se hablaba francés por ninguna parte, y por eso decia: «debió ser un grande hombre. Se adelantó á su época.» Pero sin ne-

cesidad de Epicuro, si la señora de Lopez hubiera sido conocedora de la Biblia como lo son las mujeres protestantes, y más todavía las hebreas, el estado de su alma hubiéselo visto reflejado en el que acusan estas palabras del Eclesiastés.

«El suceso de los hijos de los hombres y el suceso del animal, el mismo suceso es; como mueren los unos, así mueren los otros; y una misma respiracion tienen todos; no tiene más el hombre que la bestia. ¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres suba arriba, y que el espíritu del animal descienda debajo de la tierra?»

¿Pues, qué es lo que estaba ella diciendo? Eso. Lo mismo que dijo Salomon. Tan verdad como la Biblia. Mucho más, como las verdades de Pero-Grullo. La estética en adelante iba á ser el amor en ella. No, amaba á Morán. Queria volver á verle. Le abrazaria y le besaria, se entregaria á él. Pero no como antes. No por enamoramiento, sino porque Morán, bajo el aspecto estético, era un animal hermoso de su misma especie y de sexo distinto.

Considerándolo así, en la pérdida total de ilusiones, estaban los actractivos. Sufrir. ¿Qué es sufrir? Ya no sufriria nunca. Como que sintetizó la fórmula de reto á la adversidad con esta frase:

—*A mí no me importa nada de nada.*

Y erguia la frente, no como la inocencia, sino como el descaro. Mucho más alta. Si no se lanzaba á la prostitucion, á la verdadera, á la que puede llamarse oficial, á la que tiene cartilla, era por dos razones que no eran de moralidad, sino de conveniencia. La primera, porque no lo necesitaba. La segunda, porque aun en el caso de necesidad, no lo haria obedeciendo á la única aspiracion de su espíritu, que acababa de nacer con la rebeldía. Por el goce mayor que perseguiria en adelante. El de eludir todas las leyes. «¡Ah! esto no puede hacerse, ¿está prohibido? Pues esto es lo que yo hago.» Retrato de cuerpo entero de la señora de Lopez, tomado del natural durante su convalecencia. La infamia iba á ser para ella lo preferido. No concebia lo humano de otro modo, y ya lo sabemos, tenia formado el propósito y adoptada la resolucion de humanizarse todo lo más posible.

¡Cuánto extrago habia hecho en la señora de Lopez la fiebre aquella, que la ciencia no pudo clasificar! Lo cierto es que una tarde, *á la caida de la tarde*, como decia en sus tiempos de romántica, á la hora en que antes veia al amante, á la

hora de las tristezas (cuando no es la hora de los amores) de las tristezas y de los recuerdos. María, que estaba resistiéndose á llorar, no pudo reprimir el llanto. Y se lo enjugaba restregándose los ojos con verdadera furia, irritada contra este desconsuelo. Las lágrimas continuaron saliendo, y vencida, vencida por fin, dejólas correr por sus morenas megillas, echando la cabeza hácia atrás y apoyándola en el respaldo de la butaca, y sus lábios dijeron tambien, á pesar suyo, pero lo dijeron, porque si no pronuncian esta frase, la señora de Lopez creia muy posible quedarse muerta de repente, dijeron suspirando:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Dios de mi alma!

¡Bah! No tenia sentido. Una exclamacion como otra cualquiera, pero tan precisa como todos los anhelos inexplicables. El alma y Dios. Bueno. El que dijo que si no existiera Dios habria que inventarlo, conoció que en la humanidad viviria alguna vez la señora de Lopez.

Fué restableciendo su salud y recobrando fuerzas, poco á poco. A los ocho dias ya se levantaba, y aunque no salia á la calle, iba de una á otra habitacion de la casa; pero tan débil, que se la encontraba á veces en el comedor, sentada descansando del trabajo de haber ido hasta allí desde la sala.

Tenia la mirada más profunda, más negros parecian sus ojos, más sombríos, tristes. Quebrada la color é indolentes los movimientos. Queria la salud cuanto antes, y la salud parecia conspirar contra su paciencia, con la tardanza. Dormíase de dia, cayendo en una especie de sopor que duraba tres ó cuatro horas, y así por las noches, con estas largas siestas, pasaba muchas insomne, agitándose en el lecho, pensando siempre en lo mismo. En que no habia amor, en que reinaba el placer material y la carne tan sólo, la animalidad, era la dominadora del mundo. Pensando en que no existe el alma, negando á Dios y exclamando en las crísis del llanto:

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¡Dios de mi alma!...

¡Oh! Queria ponerse buena, poder salir, ver á Morán, y decirle: «Escucha, ahora sí que no soy ridícula.» Y si Morán (porque esto era humano y estaba por ende en lo posible), si Enrique, que no la queria, cuando ella estaba loca de amores, ahora se enamoraba, ahora enloquecia á su vez con la frialdad, con el egoismo, con la frivolidad de sus nuevos besos y de sus nuevas carcajadas, que sonarian á hueco, tener la inmensa satisfaccion de decirle: «Es inútil y tarde ya para todo.» Repetirle su frase: *Hijo, á mí no me importa nada de nada.* Abofetearle con ella. «Estás loco. Lo que

nosotros tenemos no es una pasion. *Es un lío.*» ¡Ah! Eso. Eso era lo que habia que repetir. Hacer daño, el mismo daño y con las mismas armas con que á ella se lo hicieron.

Una noche, la medida que ella viera llena hasta el borde y que no lo estaba, se colmó. Fué durante uno de sus desvelos. Por ellos, y por exigencia que Lopez no pudo vencer, el marido habia vuelto á dormir á la antigua usanza de los tiempos de pelea; en la sala, sobre los colchones puestos en el suelo.

María acababa de despertarse, que era en su imaginacion y en su pensamiento como empezar á sufrir del pesimismo, pero no pudo entregarse á sus filosofías. Oyó. ¡Dios mio! Sí. Lo mismo que oyera Enrique la noche famosísima de la velada. Los ronquidos de su marido, antes; luego, el andar de los piés descalzos, el despertar con susto del Sr. Lopez. «¡Eh! ¿Quién es? ¿Quién es?...»—«¡Psh! Soy yo, señorito...» Luego nada, sino el besar záfiamente en lo oscuro, chasqueando los besos, la risa sofocada de mujer que se siente cosquilleada, porque hay carnes bastas, para quienes la sensacion es una cosquilla, verdaderos cueros humanos, y á poco, el andar de los piés descalzos saliendo otra vez de la sala, alejándose por el pasillo hácia el cuartucho in-

mediató á la cocina. Manuela volvia á su camastro. ¡El detalle de la vida burguesa!

Tuvo María suficiente dominio sobre todos sus gritos para que ninguno de ellos saliera, interrumpiendo y cortando el silencio de las altas horas; dominó el grito y la náusea. Todo. ¿No queria realismo, humanidad, naturaleza? Ya tenia un maestro de estas cosas. El Sr. de Lopez, su marido, que no retrocedia ni siquiera ante confundir su aliento con el erupto de ajos con que estaria impregnada la voluptuosidad de aquella boca. Se indignó y estuvo largo rato diciendo: «Ya es demasiado... esto sí que no... esto sí que no.» Despediria á la fregona en cuanto amaneciese. Luego cambió de idea. «¡Bah!... no parece sino que me duele el suceso.» Se acordó de lo convenido en sus filosofías: *A mí no me importa nada de nada.*

Además todo aquello... todo aquello... ¡Dios mio! Hay que vivir en este mundo, y acostumbrar el olfato á la porquería. Respirar bien en medio de los hedores. ¡Lo que haria en cuanto amaneciese!... Nada. Absolutamente nada. ¡Ah! Sí. ¿Para qué esperar? Guardar consideraciones ¿á qué y á quién? ¿A Juan? ¡Al que llegaba, no sólo á incurrir en el adulterio, sino á ser adúltero con las cocineras! Juan. Juan Lopez. *Juan La-*

nas. Cogeria un plieguecillo de papel de cartas y un sobre. Una pluma. Escribiria á Enrique. Puesto que ella no podia ir, llamarle. Ya sabemos que no le amaba. Pero queria verle á toda costa.

XII.

Escribió tres cartas. Leyó la primera, que tenia cuatro carillas, y la rompió. Era muy larga. Decia muchas cosas, *se le habia escapado* decir muchas cosas. Rompió tambien la segunda, por si *él* descubria lo que sucedió al escribirla. Habia caido una lágrima. Era un papel mojado. La tercera estaba bien. Héla aquí: «Querido Enrique: ¿Dejarás hoy de asistir á la oficina á la hora en que mi marido está en la suya?—María.» No puede ocurrirse nada más tonto. Ordenó á Manuela que llamase á un mozo de cordel, y dió á éste el encargo de llevar su misiva. Hecho aquello, quedó satisfecha. Volvió á llamar á Manuela. «Coja usted un cubo de agua, estropajo y bayeta. Hay que fregar el suelo del pasillo.» Y cuando la vió arrastrándose de rodillas, zarandeando el cuerpo en aquella ruda faena que por extraordinario la encargaba, quedó más satisfecha todavía. La

mandó despues que limpiara la espetera. Luego que vertiese lo del orinal. *Lo del suyo,* y que lo enjuagase bien, porque solia no hacerlo, y á la señora de Lopez no le gustaba tener en su alcoba malos olores. Con este motivo, gozó extraordinariamente. La pudo llamar *puerca.* Obedecia la otra refunfuñando, pero á las tres ó cuatro órdenes, pareció como si sospechara el orígen de todo. Entonces sonreia; gozaba ella tambien. Záfia, pero supo encontrar la réplica, y la dió con cierto retintin. «Haga usted las camas.»—«¿Todas?»—«Sí.»—«Ménos la del señor, porque como se va á deshacer á la noche, *¿verdá usté?*»—Ama y criada quedaron mirándose con insolentes iras. No hubo más que las intenciones, pero las hubo. Intenciones y voluntad de agarrarse del moño. Yo creo que si llega á suceder estando Juan en casa, ó si Juan las hubiera irritado más, presentándose en la oportunidad de aquel momento, se agarran. ¡Ah! es que las mujeres son otra cosa. Las mujeres sí que se batirian.

¡Bah! La carta habia llegado á su destino. Enrique estaria ya en la calle, quizás en el tranvia, acaso bajándose en aquel momento, en la Puerta del Sol, corriendo, porque de seguro que corria, ó por lo ménos andaria con paso apresurado para salvar la distancia que le separaba de la calle de

la Justa. Llamaron: estaba segura de no equivocarse. Ella misma fué la que abrió. ¡El! ¡Era él!

—Entra.

Enrique oyó el tuteo, dicho en voz alta.

—¿Estás sola?

—No. Está la muchacha. *Esa.* Manuela.

Se sorprendió, se maravilló de la audacia. María sonriendo insistió.

—Entra. Entra. Cuando yo te digo que puedes entrar...

Lo que expresó el semblante de Morán, no fué más que esto: «¿Qué habrá pasado aquí?»

Nada. No habia pasado nada de particular.

Queria verle.

—¡Pero aquí, en tu casa! ¡Despues de lo ocurrido!

Contestacion que le dejó estupefacto.

—¡Tonto! Siéntate.

La entonacion decidida, los ademanes resueltos, cuanto hacia y decia la convaleciente, era para Enrique extraordinario. Hallábase en presencia de una mujer nueva. No pudo contenerse más y se lo dijo.

—Nueva. Sí. He variado mucho, tienes razon. Pero no es culpa mia, hijo, todo es obra de la vida. ¿No te gustará verme sin preocupaciones ni sentimentalismos..... *ridículos?*

—¡Oh! ¡Ya lo creo!

—Variacion para mejorar. Ya verás en adelante más novedades.

El quiso hablar de amores, pero la señora de Lopez le interrumpió. No le habia llamado para eso. Queria ponerse buena muy pronto y no era cosa de retrasar la convalecencia, haciendo locuras; le sonreia picarescamente. Le excitaba. Pero poniéndose séria.

—Quiero consultarte. Se trata de una consulta. Tú eres hombre de gusto y te necesito para que me aconsejes. Mira, quiero en primer lugar, mudarme á otra casa mejor, en una calle de buen tono, comprar muebles, y hacerme yo alguna ropa. Esto por de pronto.

La miró. Su marido tenia diez y ocho mil reales. ¿Se habia vuelto loca?

—Todo eso...

—Ya sé lo que vas á decirme, que cuesta mucho. Tengo dinero.

—¡Ah!

—Ya ves. Empiezan las novedades por ahí.

Y soltó una estrepitosa carcajada. Sonó como en el arpa al estallar y romperse todas las cuerdas. Se le desgarró la risa.

Entonces, obligados por el interés de la salud á ser juiciosos, hablaron con juicio. Enrique de-

mostró sus conocimientos, su ciencia, porque era toda una ciencia la que poseia y dominaba. Habló de alfombras rojas de este sólo color, de terciopelo; éstas se ponen en las antecámaras, en los pasillos, de paredes de comedor, cubiertas, literalmente cubiertas de bargueños, y los muebles de roble, y las sillas de cuero de Córdoba labrado.

—Quita, quita. Yo quiero algo, pero no tanto... por ahora. No soy millonaria.

Y explicó su pensamiento. Ellos pagaban poco de alquiler, pagarian bastante más, pero no esos delirios de miles de reales. Un piso segundo ó tercero, que costase 25 duros al mes.—«Por 6.000 reales se encuentran habitaciones bastante capaces. Sobre todo para tres personas.»—«Y la criada.»—«Eso, para cuatro.»—Luego la compra de muebles que corriese parejas con una casa de ese precio. Nuevos, bonitos, elegantes, *elegantitos*; dijo la señora de Lopez para clasificarlos mejor; armarios y mesas de 25 á 50 duros á la sumo, sillas de 60 ó 80 reales; una sillería de sala seria lo más caro, y no queria que excediese de 1.000 pesetas, decente, poner una casa decente.

—Figúrate, que en total podré yo gastar en todo esto.

—¿Cuánto?

Calculó mentalmente.

—De 2 á 3.000 duros.

A Enrique le resultaba el fenómeno cada vez más extraordinario.

—¿Le ha tocado á Juan la lotería?

—Ni á Juan ni á mí, hijo. No jugamos.

Y añadió dándole en la cara con el pañuelo jugueteando.

—No seas curioso, ó mejor dicho, no seas impaciente.

Manuela entró en la sala.

—¿Qué quiere Vd.?—exclamó con brusca transicion encolerizada.

—Creí que me llamaba la señora.

—Pues no. En la cocina es donde hace usted falta.

Enrique, al quedar de nuevo solos, aprovechó la oportunidad del incidente para manifestar sus temores. Aquella muchacha, que no sabia nada de lo ocurrido, podia hacer mencion de su visita delante de Lopez, como la cosa más natural del mundo.

—¿Y qué? ¿Tú crees que me importará mucho?

Entonces Morán no pudo disimular por más tiempo.

—¿Pero qué es esto? ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿Qué ha sucedido aquí?

—¡Ah! ¿Quieres saberlo?

—Sí, es posible.

—Ya lo creo. Ningun drama. Lo más cómico.

Y contó lo ocurrido la noche anterior.

—Tú debias saber algo. Cuando te quedaste á velarme... porque debe ser antiguo. Anoche no era la primera vez.

Enrique hizo ademán de asentimiento. La señora de Lopez ya no disimuló. ¡Ah! Conque Enrique lo sabia. Sabia que ella estaba casada con un hombre así.

—¿Has visto nada más cochino?

Y entró á detallar minuciosamente las intimidades de la vida conyugal. Desnudó al marido, lo puso en cueros para que el amante lo azotara, si queria. Contó su falta de aseo, lo de lavarse los piés cada ocho dias nada más. Los piés, y gracias. Tenia callos como los segadores. La ropa interior cuando se la mudaba, era cosa de cogerla con unas tenazas y llevarla así al saco de lo súcio, tapándose por el camino las narices.

—Un dia,—exclamó,—le pongo una cadena y *me lo doy* un lavatorio en el Retiro, en el baño de los perros. Cuesta diez céntimos.

Con estas condiciones no le extrañaba que gustase de Manuela y Manuela de él. Eran dos cuerpos que competirian en sudor y en repugnancias.

—De todas maneras, es tu marido.

—¡Oh! lo que es eso. Hace tiempo que me venia resistiendo, ahora me negaré en absoluto. Con él me pareceria uno de esos caprichos monstruosos que tú me has contado. El de aquella vieja rica. Un caso de bestialidad.

Y resumió sus decisiones.

—Escucha, volveremos á vernos sin trabas, sin ocultaciones. ¿Para qué? Que lo sepa y que lo aguante. Si lo quiere así bueno, si no yo me voy á casa de mi madre. Rita y yo, á vivir solas.

Enrique llegó á extremecerse. Iba comprendiendo el trastorno; un huracán habia pasado, tronchando las flores, arrancando los árboles más sagrados. ¿Estaria él tambien, en tierra, tendido y maltrecho? Con angustia que se disimulaba por acentos de broma, se lo preguntó:

—¡Nó! Tú eres un muchacho muy fino, y me gustas. Me sigues gustando.

Se convenció, porque, ¿de qué le hubiera servido su esperiencia en asuntos de faldas? «Me sigues *gustando.*» Sí. Tambien él. Jamás ha sido más sombría la frente que de pronto llena de arrugas una impresion penosa, ni se vieron nunca facciones más desencajadas.

—¿Te vas ya?—le dijo al ver que se levantaba, —adios, hijo, que vengas mañana.

—¿A esta misma hora?

—O por la noche, á la que tú quieras.

—¿Pero?

—No pases cuidado. Yo queria hablar antes contigo; ahora cuando venga Juan, todo quedará arreglado. No lo dudes, puedes venir aunque él esté.

La contestacion fué desesperándose hasta el sollozo.

—No, no. Todavía tenemos que hablar... los dos solos.

—Pues hablaremos solos; desengáñate, se guardará muy bien de estorbarnos, si está en casa.

Era horrible. Salió. Iba pálido. Pálido, mucho más que la convaleciente.

Ella, al oir cerrar la puerta, se desplomó más en la butaca. ¿Otra vez? ¡Otra vez, sí! Es inútil resistirse. Se contiene y se domina todo, ménos el llanto. Vence á los héroes, á los asesinos cuando van á morir, y á los verdugos cuando van á matar.

En aquel instante, Rita, la niña, se presentó en el umbral del gabinete. Empezaba *á caer la tarde*, y no se veia allí dentro. Estaba oscuro.

La señora de Lopez continuaba llorando. Pero en silencio.

—¡Mamá! ¡Mamá!—gritó la hija para cerciorarse de que su madre estaba allí.

Fué un salto que la puso de pié, y con terror, con el terror que sentiria ante un fantasma, cruzó las manos al ver la mancha del trajecillo claro, en la figurilla que se dibujaba apenas, y contestó suplicante:

—¡No entres! Vete, vete. ¡Por Dios, hija mia!

La niña era muy dócil, ya lo hemos dicho. Molestaba, creyó que el presentarse era una travesura, y dió sus razones, ó su disculpa.

—Bueno. Es que queria darte un beso.

—¡Oh! no. ¡Ahora no!

Rita se alejó. Volvióse á la cocina, con la criada. ¿Qué iba á hacer?

A la hora de comer se presentó Juan. Habia dado su paseito de todas las tardes, venia un poco cansado, deseando quitarse las botas para calzar las zapatillas. Ponerse á sus anchas. Traia apetito.

—Comeremos pronto ¿eh?

Se lo preguntaba á Manuela, que le abrió la puerta.

—¡Juan!

Su mujer le llamaba ¡vaya un grito! Entró.

—¿Qué ocurre? ¿Estás peor? ¡Me has asustado!

¿Dónde estás? No te veo, no se vé aquí. ¿Por qué no enciendes luz? ¿Vamos á comer?

—Todavía no.

—No está la comida ¡carambal Tengo hambre.

—Espera. Tenemos que hablar antes.

Fué una manera de decir aquello, anunciando la reyerta, que el marido palideció. ¿Sin saber por qué?

—¿Hablar?

—Sí.

—Deja que encienda, para que siquiera nos veamos las caras. Además me aprietan las botas. Puedes empezar mientras me pongo las zapatillas. Te oigo.

—No. Enciende, haz todo lo que tengas que hacer; quiero hablar en voz baja, sin gritos, y habla tú lo mismo. No demos un cuarto al pregonero.

Era grave. ¿Qué seria? Prefirió descalzarse y calzarse á oscuras, y encender la luz lo dilató hasta que ya no hubo otro remedio. Positivamente temblaba.

—Ea, ya estoy. Vamos á ver... ¿qué es ello?

¿Qué era? Se lo dijo sin rodeos, sin miramientos.

—Morán ha estado aquí.

—¿Cómo? ¡Se ha atrevido!

—Le he llamado yo...

—Tú.

Necesitó levantarse de la butaca. ¡El miedo! No lo podia remediar; pero él, que tenia tan mala memoria, cuando pensaba en Morán, se acordaba siempre de que *el de la permuta*, sabia tirar á las armas. Sin embargo, tuvo que decir lo que dicen los maridos en un caso así, ¡qué diantre! despues de todo, lo que es Mariquita, en su vida habia cogido un florete.

—¡Ah! ¿conque tú? ¿Tú le has llamado? ¡Está bien! Me parece bien.

—No he pensado en pedirte pareceres.

Esta vez habia empezado á pasearse y se quedó parado, frente á ella.

—¿Qué has dicho?

—Lo has oido ya. Y no levantes la voz, porque hemos quedado en eso.

—Es que yo tengo derecho..... además en mi casa estoy..... no faltaba más.

Rita, la niña, habia entrado trás de su padre; no comprendia más sino que reñian los dos y de pié apoyando los bracitos en el asiento de una silla, puesto que no llegaba á más su estatura, abria mucho los ojos, y empezaba á hacer pucheros. Ahora sí que era ella la que se hubiera ido antes de que la echaran, de buena gana. No

se iba á poder contener. Lloraria. ¿Y si la pegaban?

—¡Yo soy el amo aquí!—repetia el hombre.

Entonces se apercibió María de la presencia de su hija y de los temores y apuros que estaba pasando.

—Niña, vete. Vete á la cocina.

Salió con sus pasos menuditos. El puchero, el gesto del llanto se fué pronunciando cada vez más durante el trayecto, y al llegar se abrazó á las faldas de Manuela, faldas que tenian el calor de las hornillas, pringue de las sartenes, y grasa de los platos. Allí se decidió á llorar.

—Pero criatura, qué tienes, déjame estar.

—¡Papá!... ¡mi papá!

Y á pesar de sus tres años, no quiso dar á la curiosa fregatriz más explicaciones. Siguió llorando hasta que la distrajo ver cómo se freian unos picatostes.

—Ahora te contestaré á eso,—decia entre tanto la señora de Lopez;—tú aquí no eres el amo más que de quien mereces, y de quien has querido serlo, de la cocinera.

¡Diablo! Decididamente no podia reanudar sus zancadas por la habitacion, y eso que con las zapatillas, con la holgura le daba gusto. ¡Diablo! Su mujer lo sabia todo. ¡Ah! Pero negaria.

—No te entiendo. No sé qué quieres decir.

—Es una tia indecente, y tú... tú más indecente que ella. ¿Me entiendes ahora?

—¡Mujer! Te aseguro.

—¿El qué? ¿Que no? ¿Lo niegas? ¿Te atreves á negarlo?

—Que no te entiendo, lo repito.

—¿Que no me quieres entender?... pero yo no me apuro; más claro. Manuela va á buscarte á la cama por la noche... Lo sé, sin que nadie me lo tenga que venir á contar... ¡so... cochinos! ¡Os he oido!

Quedó atolondrado. Volvió á pensar lo mismo. Decididamente hizo mal en encender la luz. Tenia gran deseo de volverse de espaldas.

Por último, pudo pensar algo. ¿Qué tenia que ver todo aquello con la ida de Morán á su casa? ¿Le pedian cuentas? Pues él tambien... sobre todo, que así se cambiaba el tema de conversacion. Iba á hablar, pero la señora de Lopez no le dejó:

—Comprenderás... levanta la frente, ¡hombre!.. ¿A qué viene eso ahora?... Naturalmente al decírtelo se me fué una palabra... pero no es... no lo dije con intencion de insultaros... es lo que me pareceis ella y tú.

—¡María! ¡Basta!... despide á esa mujer si quieres... es lo que se hace en estos casos.

—¡Divino! Me parece divino. Pero hijo, yo no tengo nada que ver en eso... eso tú... cuando te canses de ella... vas á casa del memorialista... y que te traigan otra. Pero tú, ¿te has figurado, que esta es una escena de celos?... ¡hombre, por Dios!

Allí el inciso, que en adelante iba á usar como *muletilla* tambien á cada instante.

—*A mí no me importa nada de nada.*

—Pues á mí me importa... Confieso todo lo que tú quieras... con arrepentirme, con no volver á cometer tales sandeces, me parece que basta... pero, en fin, no hablábamos de eso...

—Es cierto. Hablábamos de Morán.

—Justo. ¿Por qué ha venido? ¿Por qué le has llamado?

Fué implacable.

—Enrique Morán es mi amante.

Y al decirlo se puso en pié bruscamente como apercibida á todo, hasta á cogerle la mano si la levantaba para abofetear. No tenia fuerzas, ¿pero y los nervios?

¡No! Se puso muy pálido, temblon, tuvo que sentarse.

—¡María! ¡María! ¡Dí que eso no es verdad!

María calló.

—¿Pero no ves que me estás matando?

Era en verdad, sentimiento, pesar. No. El terror, el miedo, una locura, que le llevó hasta el punto de exclamar:

—¿Por qué me lo has dicho?

¡Ah! Lo último de lo último. La señora de Lopez continuaba de pié, y se acercó para hablarle más bajo y con más cólera, con mayor crueldad.

—¿Por qué? Porque te conozco muy bien. Porque á tí te se pueden decir estas cosas.

Y luego más bajo todavía:

—Porque eres un gallina.

No hizo caso de que se extremeciera.

—Sí. La otra noche ¿á mí que me cuentas? Le tuviste miedo. Preferias creer todos los embustes que te dijo. Te iba bien con la farsa.

Habia llegado el momento en que el hombre no supo contestar.

—Escucha. Te irá mejor conmigo y sin fingimientos, ni disimulos. No tienes tú talento para eso.

Y como le viera que se llevaba la mano á la frente (el futuro ministro estaba sudando) se la cogió, la separó, creyendo que trataba de taparse la cara.

- Déjate de vergüenza. No te esfuerces en llamar en vano el valor que no tienes, ni á la desesperacion que no tendrás nunca. Ya te lo he

dicho, te conozco muy bien. Tú no eres de los que se desesperan. Tú no sientes ni padeces. Ahora óyeme. Vamos á hablar de algo más importante. De dinero.

—De dinero.

—Sí. Es préciso que asciendas, que te den lo ménos, lo ménos, treinta mil reales.

—¡Imposible!

—Y que no te dejen cesante.

—¡Oh! cuando caiga el ministerio.

—Vendrán otros. Y yo tendré influencia con todos.

—¡Tú!

La miraba asombrado. Habia continuado el nuevo giro de la conversacion, sin darse él mismo cuenta de lo que hacia, arrastrado por lo brutal de aquella franqueza.

Era, en realidad, como si estuviera atontado, despues de tan rudos golpes como los que acababa de recibir en el cráneo,

Ella continuó. Hizo una pregunta, que fué para el empleado de la secretaria particular, toda una revelacion.

—¿Qué hora será la mejor para que yo vea al ministro? ¿A tu ministro?

Ya no era posible que el señor de Lopez se maravillase de nada.

—A la una, es cuando van,— contestó maquinalmente.

—Bueno, entonces no es esa la mia, mi hora.

Lopez llegó hasta dar instrucciones y poner al servicio de su mujer, su experiencia adquirida en los maliciosos cuchicheos de pupitre á pupitre.

—Es verdad. Tú debes ir por la noche.

—¿Cuándo?

—El ministro vuelve á trabajar á las nueve, pero hasta las diez no se presenta en el despacho. Hasta las diez no llama. Eso lo ménos.

—Estará...

—En el gabinete reservado.

—Descuida, en cuanto me restablezca, que será pronto, dentro de dos ó tres dias, iré á pedirle tu ascenso.

Y aquello llegó á su colmo con esta frase del marido.

—¡Dios quiera que te lo dé! Ves bien vestida. A propósito, ponte las medias de seda.

La comida estaba pasándose de su punto.

D. Juan Lopez y García pudo, por fin, saciar su apetito, de garbanzos.

Rita, la niña, logró al cabo dar á su madre, al sentarse á la mesa el codiciado beso.

Manuela servia, y á hurtadillas al servir pellizcaba el cogote del futuro ministro.

Alguien, que sin duda no habia podido esperar hasta el dia siguiente dió un campanillazo.-Era un modo de llamar conocido.

—¡Calle! ¡Morán!—dijo la señora de Lopez al verlo entrar,—siéntese Vd.

—¿Cómo está Vd.?—exclamó el amante tendiendo su mano á Lopez.

—¿Bien y Vd.?

La señora de Lopez soltó la carcajada ante la ceremonia. La misma de antes, la de las cuerdas rotas. Otra vez se le desgarró la risa.

—Pero hombre, qué cumplimientos. Vamos á ver, siendo tan amigos, ¿por qué no se tutean ustedes?

Y despues de reir, se enjugó los ojos, como por la tarde, con furia. Ya no era más que una gota de llanto. La última.

FIN DE LA NOVELA.

APÉNDICE.

LA CRITICA Y EL PUBLICO.

De un notable estudio hecho en Francia por Mr. Paul Alexis, acerca del jefe de la escuela naturalista francesa, conviene, para que se conozcan las semejanzas que existen en la lucha que riñe el naturalismo en todas las naciones; conviene, repito, entresacar algunos párrafos que se refieren á la actitud distinta que guardan frente á la nueva escuela, la crítica y el público.

«Hablemos,—dice el autor francés,—por última vez, de ese reclamo que la malevolencia y la envidia le acusan de buscar. Como ya he dicho, se produce por sí mismo á consecuencia de su actitud de porta-estandarte de un grupo. Jamás es él quien provoca ese barullo; son los otros, los que con su obstinacion no quieren comprenderle y prefieren escandalizarse. En cuanto á él, en el profundo retiro en que vive, es el primero á quien

le sorprende, cada vez que uno de esos imbéciles tumultos le obliga bruscamente á interrumpir su trabajo para escuchar.

—»¿Pero, qué les pasa para que griten de ese modo?—dice entonces.

»Esos dias, á veces son amargos. Siéntese acometido de la repugnancia de la humanidad. Hasta su pasion única, la literatura, parécele un vacío. Las frases, en el cerebro no se desenvuelven como de ordinario; se producen á cada instante nudos y enredos que obligan al cordelero á detenerse, so pena de romper de improviso el hilo del pensamiento. Siente tentaciones de confundir á los que le insultan. ¿Pero, para qué? Seria prolongar inútilmente el desórden. Mejor es no ceder á los nervios. Hoy que ha dejado el periodismo, háse jurado á sí propio no contestar jamás. Además, quince años de lucha lo han curtido, es raro que le conmueva un artículo, y acaba por volver á su trabajo con serenidad, despues de tirar los periódicos que le cubren de fango.

»En Medán, en un gabinete especial inmediato á la biblioteca, sobre grandes tableros, colecciona todo lo que dicen de él. Elogios, críticas, calumnias, ultrajes, chistes y frases de ciertos paseantes en córte, burradas, todo se halla amontonado en gruesos paquetes atados. Aquello duerme allí esperando que alguien se entretenga en el trabajo considerable de una clasificacion y arreglo definitivo. A veces se le ocurre la idea de jugar á la crítica una buena pasada. El, á quien tantos *plumífobos* injurian, acusándole de ser violento, no tendria más que hacer sino cortar párrafos de sus artículos, y estas muestras de la urbanidad de la prensa, fechadas y firmadas con el nombre de los autores, compondrian un grueso volúmen, titulado *Sus Injurias*, precedido todo ello de un sereno prefacio. ¿Podría componer otro volúmen con los juicios y opiniones de buena fé, con las páginas justas escritas acerca de su personalidad literaria? Lo dudo, y me figuro en todo caso, que este otro volúmen seria muy pequeño. Hay que preguntar, en vista de esto, si poseemos hoy dia una crítica séria.

»¿Cuál ha sido, pues, hasta ahora la acogida que ha hecho á Zola la crítica contemporánea? Tenemos varias clases de críticos. Se pueden clasificar en algunos grupos principales, los que están obligados á examinar con desinterés las obras y aportar á ellas juicios fundamentados. Pasemos revista á estos diferentes grupos, indicando cómo se ha portado cada uno de ellos ante Zola.

»En la cúspide se encuentra la crítica llamada científica, poco numerosa, cuenta con dos ó tres

personalidades de órden superior. Pero el más notable representante de esta crítica parece no interesarse por nuestra época, y se consagra exclusivamente al estudio del pasado. Con respecto á la literatura contemporánea y á Zola en particular y á sus teorías naturalistas, no resuelve nada, guarda un silencio prudente. ¿Es acaso indiferencia? ¿Es quizás la espera y la reserva momentánea de una cuerda circunspeccion? Lo ignoro. Me basta con dejar anotado el hecho; y por otra parte, estoy convencido de que si los representantes actuales de la crítica científica, se callan por una razon cualquiera, esta crítica la continuarán mañana inteligencias más atrevidas, que producirán la verdad acerca de nuestra situacion literaria.

»Bajando un poco llegamos á la crítica normal. Son entendimientos cultivados que tienen experiencia. Pero «la escuela» les dejó marca indeleble, como arruga imborrable de pedantería y medianía. Sólo que su medianía tiene brillo y tiene union. Estos sí que se han ocupado de Zola de una manera enorme. Alternativamente lo descubrieron, lo negaron, lo discutieron, lo aplaudieron con restricciones, y se convirtieron á él, cuando el éxito vino del extranjero; despues trataron de demolerlo cuando este éxito llegó á

ser inmenso en Francia. Y en todo tiempo, tanto en sus alabanzas, como en sus injusticias, en sus tímidas aceptaciones como en sus restricciones alambicadas, no se han mostrado más que como profesores, juzgando con la estrechez de una crítica pedagógica. Ni uno solo se ha elevado á una gran opinion de conjunto, algo preciso, claro, completo, una síntesis de vuelo elevado.

»Más abajo todavía, llegamos á los críticos dogmáticos, republicanos en su mayoría. Despues de las medianías brillantes, las medianías sin brillo. Detrás de los alumnos de retórica, las nulidades que han caido en la política, los malogrados que han hecho de la república su carrera. Estos, profundamente indiferentes á las cosas del entendimiento, pensando siempre en recalentar sus candidaturas, no echan su cuarto á espadas en las letras, más que cuando esperan cosechar en ellas algunos votos de electores. Zola les ha parecido siempre un obstáculo y un peligro. Sin embargo, en los comienzos, algunos le alababan sin comprenderle. Despues quisieron tambien destrozarle, y con motivo de *L'Assommoir*, le acusaron «de calumniar al pueblo.» ¡Malicia electoral cosida con hilo blanco!

»En el mismo nivel, á veces con más talento como escritores, pero con tan escaso análisis é

imparcialidad, la crítica católico-romántica, constantemente arrastró á Zola por el lodo. Le ha combatido, naturalmente, con sus procedimientos atrasados, que son la negacion de toda crítica, reemplazando el razonamiento con frases empenachadas, creyendo atravesar de parte á parte al enemigo moderno con sus viejas alabardas sacadas de la guardaropía, esperando enfermarle con maleficios de brujería.

»Por fin, y siempre más abajo, sin autoridad, sin erudicion, sin literatura, ciertos payasos de callejuela, los graciosos de la crónica ligera (1), se han dado un alegron á cuenta de Zola, luciendo un ingénio descompasado acerca de cosas sérias, contestando á un hermoso libro con una mueca, huyendo de una potente polémica, con una pirueta, sacando eternamente á relucir las mismas insulsas cuchufletas; chascarrillos de la hora del ajenjo que pasan por el ingénio francés. Han disfrazado sus intenciones más rectas, se han esforzado en ponerlo á su nivel, hánle prestado sus propios cálculos, le han acusado tambien de no buscar más que el dinero, y de especular con la depravacion de costumbres, como ellos especu-

(1) No parece sino que M. Alexis, retrata en este punto, además de los criticastros de Zola y del naturalismo en Francia, al distinguido desconocido Andrés Corzuelo.

lan con la del sentido comun y la del ingénio.

»Pero no atendamos al volteo de estas celebridades que no existen ni lo son más que desde la esquina de la calle Druot á la plaza de la Opera. Si se levanta acta de los juicios formados acerca de la obra de Emilio Zola, por los diversos grupos de nuestra crítica contemporánea, se demuestra, en resúmen, la mucha malevolencia, pero muy pocos estudios concienzudos. Protesto ménos contra la severidad de las deducciones que contra la ligereza del análisis. Voluntariamente ó no, por mala fé, por ceguera natural ó por pereza, dijérase que los que han escrito acerca de él, apenas han ojeado sus libros y hasta no los leyeron jamás. Cierto, ¡es mucho trabajo! No es poca tarea conocer por completo á un escritor que ha amontonado volúmenes sobre volúmenes; seguir paso á paso los desarrollos de su pensamiento; notar si ha sido siempre consecuente con sus ideas; saber de dónde viene y á dónde va, quiénes son sus antepasados intelectuales; y por último, no analizarlo aisladamente, sino envuelto en cierto modo en el ambiente de una época, de manera que se le pueda comparar con sus contemporáneos y limitar con alguna justicia el lugar que ocupa. Esto es lo que espero de una crítica verdaderamente digna de este nombre.

Creo haber leido todo lo que se ha escrito en Francia acerca del autor de *Les Rougon-Macquart*, y me veria muy apurado para hacer notar un sólo estudio de alguna importancia, de severas conclusiones ¡sea! pero concebido por lo ménos bajo esta inspiracion de investigacion séria. Y no obstante, ¡cuánta tinta se ha gastado ya! ¡Informes superficiales de noticieros! ¡Insulsos pasquines é ineptas calumnias de la crónica ligera! Luego todas las miserias jadeantes de la crítica vulgar; alabardadas de los católicos-románticos, acusaciones interesadas de los políticos, brillante mediania de los normales. Por último, en la altura, el silencio obstinado de la alta crítica científica, y su poco interés hácia la literatura contemporánea. Hé aquí por qué deduzco que actualmente no tenemos crítica en Francia.

»Todo lo que precede es relativo á Francia. Pasemos las fronteras. ¿Cuál es la actitud de la crítica extranjera con respecto á este escritor francés, tan maltrecho por sus compatriotas? ¿Se juzga con más parcialidad y rigor? Al contrario. Grandes estudios, pacientes, profundos, se le han consagrado en todas partes; en Italia, en Rusia, en Alemania. En Rusia, sobre todo, uno de estos estudios ha tomado las proporciones de un tomo voluminoso. En Italia, conozco más de quince libros ó folletos dedicados á esto mismo. De él se ocupan los periódicos contínuamente. Las discusiones acerca de «*il verismo,*» casi han creado una nueva literatura italiana. Además de Mr. de Amicis, cuyos notables estudios han llegado á nosotros traducidos al francés, un importante hombre político, M. de Sanctis, que ha sido ministro de Instruccion pública, ha escrito largos estudios y ha dado en Nápoles conferencias acerca del autor de los *Rougon-Macquart*. ¿Habeis visto en Francia á M. Jules Simon ó á M. Jules Ferry hacer otro tanto? En Italia nadie se maravilló de esto; España quedóse atrás al principio, pero siguió á Italia. Cierto es, que Inglaterra, por razones de puritanismo, gusta poco de Zola; hasta ahora, casi no lo lee, y no parece haberse formado de esto una idea muy clara, por más que un arreglo de *L'Assommoir*, con el título de *Drink*, se ha representado quinientas noches en Lóndres, y otras tantas en las provincias; total, mil representaciones. De América estoy mal informado, ignoro las apreciaciones de la prensa; pero sé que un editor de Filadelfia ha vendido cien mil ejemplares de *Nana*, traducida, venta sobre la cual, por otra parte, el autor no ha cobrado un cuarto de derechos. En el Haya, monsieur Jan Ten Briuk, profesor de la Universidad,

ha publicado un compacto en 8.º, acerca de Zola y el naturalismo. La docta Alemania no se ha quedado atrás, y ha producido igualmente extensos estudios. Todo esto más justo, mejor equilibrado, mucho más sério que en Francia, hasta cuando se combate al novelista. De manera que, si comparamos la actitud de nuestra crítica con la de las extranjeras, es preciso reconocer que nosotros no brillamos. Y además, esto se explica: el alejamiento en el cual la crítica extranjera hace sus juicios, suple hasta cierto punto á lo lejano de los años, que permite á la posteridad ver mejor el conjunto de los hombres y de las obras. Racine, dice en el segundo prefacio de *Bayaceto*: «El alejamiento de los países repara en »cierto modo la demasiada proximidad de los »tiempos; porque el pueblo no establece diferen»cias entre lo que está, si se me permite la frase, »á mil años de él y lo que está á mil leguas.» Lo que Racine decia de la opinion del pueblo acerca de los personajes de tragedia, puede aplicarse con no ménos verdad á las opiniones de la crítica acerca de los mismos autores. Sí, en crítica tambien el alejamiento de los paises, repara la proximidad de los tiempos; de manera que los juicios del extranjero, tomando el conjunto y teniendo en cuenta el temperamento particular de cada

nacion, contienen una especie de anticipo de los juicios de la posteridad. . . . . .

. . . . . .

»Afortunadamente, el público, el gran público, que compra, lee y juzga en última instancia, está detrás de la crítica, ligera ó solemne. Él es el que acaba siempre por irse con los audaces, con los innovadores, con los originales. Sólo que, engañado por la crítica corriente, extraviado por las medianías que se abrogan la mision de guiarle el público necesita á veces de un espacio de tiempo muy largo para romper y contravenir los decretos injustos, y poner de manera definitiva cada cosa en su sitio. Las malevolencias caen por sí mismas, algun dia; pero ese dia puede llegar tan tarde, que las víctimas estén desalentadas ó muertas.

»Por parte del público del libro, sobre todo, esta justicia es á veces muy lenta en llegar. Hé aquí cómo suceden las cosas, casi siempre. Un escritor original, que aporta una nota suya, nace y debuta. Su primero, su segundo, su tercer esfuerzo, casi siempre no dan resultados. La crítica corriente, ocupada en otras cosas, ni siquiera sospecha su existencia. El público la ignora. Luego llega el momento psicológico, en que de improviso, la banda de las medianías, advertida por su

ódio instintivo á todo lo que sale de lo ordinario, empieza á odiar al recien venido, y á pregonar su ódio en la plaza pública. Es un desencadenamiento. El innovador, salpicado de lodo, hállase de la noche á la mañana objeto de ludibrio y de escándalo públicos. Pero á lo ménos, hélo ya fuera de la oscuridad. Al par sus enemigos le han hecho este favor. Las ediciones sucédense á las ediciones. Entonces, un trabajo sordo, lento, pero contínuo, empieza á operarse en las capas profundas del gran público. Cada lector, creyendo en la leyenda, habia comprado el libro, esperando monstruosidades.—«¡Calle! pero si este famoso »X... á quien mi periódico acusa de no poder es»cribir dos líneas sin poner una palabra obscena, »escribe pulcramente, no deja de tener razon, y has»ta tiene mucho talento.»—Y á la misma hora, en mil sitios, en las clases sociales más diferentes, cada nuevo lector es como un juez que revisa á su manera la inepta sentencia de la crítica, á medida que pasa el tiempo; todas estas simpatías, al principio aisladas, encuentran otras, acaban por establecer una corriente de reaccion, cuya violencia está en razon directa de la violencia del ataque. Así, con los años y el amontonamiento de las obras, el público reacciona completamente: entonces la banda de detractores, impotente, sin

conviccion el fondo y conquistada á su vez, se humilla ante el escritor original que triunfa. No habiendo podido ahogarle veinte años antes los mismos hombres, le colman ahora de una banal admiracion, y se sirven de su nombre consagrado para probar de nuevo á ver si pueden aplastar, hundir con él á algun debutante de gran porvenir.

»Tal es la funcion negativa y la utilidad involuntaria de la crítica rastrera. Pues bien; Emilio Zola precisamente ha llegado al momento en que, habiéndole hecho sus adversarios el favor de dar publicidad á su nombre, el público se pregunta quién tiene razon, si esos hombres ó él. Hay mil indicios que no engañan. Está empezado ese trabajo sordo, lento, pero contínuo, de que yo he hablado. Para convencerse de ello, no hay más que revisar todas esas cartas de desconocidos que recibe diariamente. Esas cartas se las envian del mundo entero. Las hay en todos los idiomas. A veces he pasado una tarde hojeándolas curiosamente, con una sensacion particular de cosmopolitismo, no sabiendo ni siquiera la procedencia de algunas de ellas, descifrando con trabajo algunos nombres propios en las rusas, las inglesas, las suecas, las americanas, las alemanas, las españolas, y traduciendo medianamente las ita-

lianas, llenas, todas ellas, del enfásis meridional.

»En cuanto á las cartas de franceses, son mucho más numerosas. Las hay de jóvenes muy conmovidos, que en su ciudad pequeña, deben soñar con París y la literatura. El fragmento de un manuscrito que no se atreven á enviar, resalta en aquellas frases respetuosas. Hay jóvenes soñadoras, sentimentales, que no sospechan que sus efusiones pasarán bajo las miradas de la señora de Zola. Sacerdotes conocedores del mundo, acostumbrados por la confesion á penetrar en el fondo del corazon humano, y que van con gran secreto á confesarse ellos á su vez con el novelista á quien tratan como á una especie de hermano en sacerdocio. Profesores de la Universidad que le plantean temas y le buscan querellas de pedantes. Hay tambien gentes que no son de letras, que divagan, originales que tienen ingénio, tontos que le injurian. Las cartas de locos y de locas no son ménos numerosas. Pero lo que, á pesar de todo, se desprende del conjunto de esta correspondencia universal, diversa como la muchedumbre, es una simpatía desinteresada, y tambien la indignacion á veces elocuente de gentes que, habiendo leido sus libros sin prevencion, se ven heridos por las injusticias y la ligereza de la crítica contemporánea.

»Despues de todo, nada es eterno, ni siquiera las leyendas. Todo lo que es posible hacer para ahogar la reputacion de un escritor, cierto crítico lo ha hecho con respecto á Zola. Afortunadamente, el público, conquistado por las obras, se apercibe poco á poco de las calumnias, y olfatea la injusticia. No hay más apelacion que la suya. El tiempo hará lo demás. En cuanto á mí, he querido sencillamente dar en este estudio notas sinceras, que podrán servir algun dia de documentos á un crítico científico de talento y de conciencia, si es que ha de salir alguno en nuestra literatura.»